

**SECRETARIA DE EDUCACIÓN PÚBLICA**

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL**

**UNIDAD 095 AZCAPOTZALCO**

**METAMORFOSIS DOCENTE: VOLAR HACIA LA  
TRANSFORMACIÓN EDUCATIVA**

**TESIS**

**PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRÍA EN EDUCACIÓN BÁSICA  
CON ESPECIALIDAD EN ANIMACIÓN SOCIOIOCULTURAL DE LA  
LENGUA**

**PRESENTA**

**LIC. LAURA SALAZAR JUÁREZ**

**DIRECTORA DE TESIS**

**DRA. LINDA VANESSA CORREA NAVA**



Ciudad de México, a 8 de noviembre de 2023

## **DICTAMEN APROBATORIO**

**Lic. Roberto Carlos Martínez Medina**  
**Encargado de Servicios Escolares de la**  
**Universidad Pedagógica Nacional**  
**Presente:**

En relación con la tesis de Maestría en Educación Básica con Especialidad en animación sociocultural de la lengua: **Metamorfosis docente: volar hacia la transformación educativa**, que presenta Laura Salazar Juárez, a propuesta de la Dra. Linda Vanessa Correa Nava, los abajo mencionados, miembros del jurado comunican que cumple con los requisitos necesarios para presentar el examen de grado correspondiente.

**Presidente: Dra. Lucía Santiago González**

**Secretaria: Dr. Eduardo Santiago Ruiz**

**Vocal: Dra. Linda Vanessa Correa Nava**

Por lo anterior, se dictamina favorablemente y se le autoriza a presentar su examen de grado.

Atentamente  
"EDUCAR PARA TRANSFORMAR"

**MARGARITA BERENICE GUTIÉRREZ HERNÁNDEZ**  
DIRECCIÓN DE UNIDAD UPN 095

MBGH/CEC/pzc

**S.E.P.**  
**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL**  
**UNIDAD 095**  
**D.F. AZCAPOTZALCO**



## Agradecimientos

---

A mamá,

Porque cuando miro al cielo pidiendo ayuda, la vida me responde que, al tú existir, ya lo tengo todo. Tu amor es y será, mi mejor impulso para volar.

A papá,

Porque tu compañía amorosa y paciente, siempre es el apapacho que necesito para continuar.

A To,

Porque tu amor y apoyo incondicional es la forma en que Dios me dijo que no estoy sola.

A Dani y Angy,

Por el regalo de su compañía y lo maravillosa que se transforma mi vida, al vivirla a su lado.

A mis amigas animadoras,

Porque con ustedes aprendí que la docencia, el lenguaje y la vida misma se magnifica cuando se comparte.

A la Dra. Vane,

Por inspirarme a que mis alumnos amen mis clases, como yo amaba las suyas.

A la lengua,

Por brindarme la oportunidad de conocerme, y al mundo, a través de ella.

## **Índice**

Cual mariposa	<b>4</b>
Capítulo 1. Prófuga de la docencia	<b>11</b>
1.1 Deconstruir para reinventar	<b>14</b>
1.2 Hermani-To	<b>18</b>
1.3 No siempre odié leer	<b>27</b>
1.4 Uno, dos, tres... por la docente que quería desaparecer	<b>41</b>
Capítulo 2. Cuando aterrizamos las teorías	<b>46</b>
2.1 El camino de buganvillas	<b>53</b>
2.2 Levanta la mano si estás en contra del maltrato animal	<b>60</b>
2.3 Las horas de vuelo hacen la diferencia	<b>72</b>
2.4 Una forma diferente de valorar lo aprendido	<b>88</b>
2.5 Porque leer es maravilloso y ya	<b>92</b>
Capítulo 3. Cónicas de una metamorfosis	<b>97</b>
3.1 Las tres lecciones	<b>98</b>
3.2 Escritura a fuego lento	<b>102</b>
3.3 Al fondo del librero	<b>112</b>
3.4 Cuando de abre el capullo	<b>115</b>
Emprende el vuelo	<b>117</b>
Referencias	<b>124</b>
Anexos	<b>128</b>

## **Cual mariposa**

Hace poco más de dos años mi vida era diferente a lo que es ahora, mi bebida favorita era el jugo de mango y no la extraordinaria limonada de fresa que descubrí hace unos meses, mi libro favorito era *Mujeres de ojos grandes* de Ángeles Mastretta y no *Salón destino* de Carlos Vález. Pero sobre todas las cosas que pueden cambiar en este tiempo, puedo ver que la palabra lenguaje, tiene un significado diferente, que en conjunto con asimilarme como una animadora sociocultural de la lengua se han convertido en referentes indispensables en mi actual pensamiento y labor docente como profesora de primaria.

Cursar la Maestría en Educación Básica (MEB) me permitió observar desde el análisis, la objetividad y el amor al trabajar colaborativamente con mis alumnos, cada parte de mi labor docente, los compañeros con quienes comparto, directivos así como la comunidad en general a través del cobijo, la calidez y el apoyo de diversas metodologías; el Enfoque Biográfico Narrativo (EBN), la Animación Sociocultural (ASC), la Animación Sociocultural de la Lengua (ASCL), la Pedagogía por Proyectos (PpP), la Literatura infantil y juvenil (LIJ) y la Intervención socioeducativa.

Las palabras que aquí presento, tienen como objetivo hacer tangibles mis vivencias, darles una organización a mis pensamientos, logros, errores, sueños y frustraciones, de modo que sean el medio por el cual pueda realizar el análisis de lo ocurrido durante mi transformación docente. No de una forma cerrada, punitiva o castigadora, misma que lamentablemente predomina en las actuales aulas de educación básica, en donde el aspecto cuantitativo sin que haya un análisis posterior de los resultados obtenidos, sea el único que se considera para valorar el desarrollo académico de alguien tan complejo y cambiante como es el ser humano.

Durante mi vida escolar, el desempeño, acciones e incluso aspiraciones futuras eran cruelmente medidas desde una mirada bilateral, juiciosa y cerrada. Es por ello que ahora reconozco, y fue a partir de estudiar la MEB que la mirada cualitativa, es el complemento ideal para poder valorar esta metamorfosis docente. Quien me permitió hacerme

consciente de las condiciones que enfrenté y reconstruir a través de las palabras el camino para mirar con claridad todo aquello que me permitió cambiar el rumbo y, por ende, el horizonte de mi docencia. Desde una visión amorosa, compasiva conmigo misma, en donde comprendo mis propios procesos y al mismo tiempo, los analizo para determinar aquellos aspectos que aún puedo mejorar.

Fue a partir del EBN como dio inicio mi transformación docente, ya que “El pensamiento narrativo puede constituir así una forma de enseñar y aprender. Una manera en que la misma ciencia puede aprenderse como historia de personas y su situación” (Sánchez y Arciga, 2019, p.57). Plasmar lo vivido durante el recorrido en la MEB siempre el firme objetivo de transformar la realidad en la que me encontraba, para ello tuve que enfrentarme al doloroso, pero necesario, proceso de deconstruir aquellos pensamientos limitantes sobre la docencia y sus arraigadas prácticas tradicionales para transformarlos en otros más amorosos, actualizados, cercanos y funcionales a aquellos con quienes comparto. Brindando así, la oportunidad de que la escuela se pueda convertir en un espacio donde podamos fortalecer el trabajo colaborativo, la solidaridad, la lectura, escritura y oralidad (LEO) en el grupo, escuela y comunidad.

Realizar un trabajo reflexivo a partir del enfoque biográfico narrativo, me permitirá vislumbrar con claridad mi presente, pasado y futuro, pues “Las narraciones autobiográficas consisten en dar un orden al conjunto de sucesos pasados, encontrando un hilo conductor que establezca las relaciones necesarias entre lo que el narrador era y lo que hoy es” (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001, p. 92). Romper el espejo el cual he utilizado para mirar mi reflejo durante tanto tiempo, cuestionarlo y comprenderlo; pues ello apoyará a la transformación de mi vida y docencia, al visualizarlas como aspectos permanentemente relacionados, que influyen e intervienen entre sí.

Aunque parezca complicado de comprender para muchas personas, los maestros tenemos una vida fuera del plantel, en donde debemos enfrentarnos como cualquier otra persona a circunstancias personales, económicas y sociales en las que vivimos, mismas que influyen en nuestra labor, lo queramos o no. Es por ello que, encontrarán en el

recorrido de mi vida, un vínculo que une y explica la relación que tiene mi vida personal con la forma en cómo me he desarrollado en la docencia; el hilo conductor. Mismo que me ayuda a explicar cómo se relaciona quien soy, las decisiones que he tomado, los problemas que he enfrentado con mi trabajo en el aula.

A partir del análisis de mi práctica docente, pretendo contribuir a la destrucción del mito de que los docentes debemos ser personas diferentes dentro y fuera del aula, que nuestra vida o sentimientos deben quedar aislados del trabajo. Estoy de acuerdo con Bolívar, Domingo y Fernández (2001) cuando afirman que “La investigación biográfica parte de que el profesor es una persona [...] la dimensión personal es un factor crucial en los modos como desarrollan su trabajo” (p. 57). Hoy soy gran parte de lo que he vivido, la misma persona que experimentó cada situación, es quien llega al aula día tras día, lo que vivo hace a mi docencia del mismo modo que ella influye en mi vida.

Es por ello que el título de este trabajo resalta las palabras metamorfosis docente como un renacer en mi pensamiento y actuar. La vía principal que encontré para que la realidad que padecí mientras fui alumna de educación básica, pueda transformarse en una que permita a más alumnos que quizá comparten mi aberración por estudiar en ambientes aburridos, fríos y solitarios, como generalmente la escuela tradicional plantea, en un espacio cálido, amoroso y de colaboración, a partir de la oportunidad que tuve de indagar, reflexionar y aplicar en la realidad todo aquello que descubrí sobre mi actuar a través de lo aprendido en la MEB.

Comprendí que se trata entonces de cuestionarse, de realizar una introspección que permita comprender qué es lo que sucede en nuestras aulas, escuelas y contexto en general para que a partir de ello, decidamos qué rumbo deseamos tomar. Ahora sé que existen más y mejores formas de ejercer la docencia, que transformar la realidad no es algo utópico de las investigaciones educativas, o que le competan a una única persona en un único momento, pues estar frente a grupo me da la oportunidad de traerlas a la realidad y hacer en conjunto con la comunidad que funcionen con base en nuestras necesidades.

Creo fervientemente en la posibilidad de que, en cada escuela, los docentes, alumnos y padres pueden transformar juntos la realidad en que viven y así modificarla de modo que se ajuste mejor a las personas que son y la vida que desean vivir. Que a través de metodologías cálidas y amorosas como la ASCL, la PpP, las técnicas Freinet y los proyectos comunitarios es como podremos aprender a comunicarnos y organizarnos de una manera más eficiente para salir adelante juntos.

Pero sobre todo aprendí que un viaje maravilloso, lleno de aprendizajes, cambios positivos y calidez humana, puede iniciar desde que una docente llega a casa después de terminar su jornada y se pregunta; *La docencia que ejerzo hoy, ¿Tendría satisfecha a la alumna que alguna vez fui?*

Cada uno de los subtítulos que presento, tiene la finalidad de dar breves pero interesantes visos de lo que encontrarán en el contenido del texto, que mantienen un orden mayoritariamente cronológico para descubrir como fue el proceso que tuve que atravesar para deconstruir mi pensamiento y posteriores acciones, que dieran como resultado la transformación de la realidad en que ahora vivo y disfruto mi docencia.

Narro de inicio en *Prófuga de la docencia*, aquellas experiencias que me hicieron llegar a la docencia en primer lugar, pues las considero el punto medular de mi encuentro con el posgrado. De las decisiones que he tomado, las circunstancias que he enfrentado y cómo ese cúmulo de experiencias, sentimientos, me han traído hasta aquí; como el viento en el que la hoja se deja llevar. Desde la negativa que tuve a ser docente, la resistencia que enfrenté para acercarme a ella y del cómo terminamos juntas hasta ahora, considerándome una prófuga que finalmente se quedó enamorada de la docencia.

Continuo con el desarrollo de mi lenguaje, que parte en la oralidad, cómo aprendí a relacionarme con la cultura escrita y el apoyo tan importante que mi familia representó en ambos procesos. Desde mis primeras palabras y trazos hasta la actualidad, donde al narrar pude analizar, con el apoyo de metodologías y autores diversos, la forma en cómo acerco a mis alumnos al lenguaje y determinar entonces, cómo se han modificado mis prácticas en el aula que corresponden a LEO.

El primer capítulo culmina con una reflexión en extremo personal sobre la vocación docente, un tema controversial entre el magisterio y la sociedad. Pues fue que, gracias a las dudas que tuve sobre continuar en la profesión, que tomé la decisión de continuar mi actualización docente y la MEB apareció en el horizonte.

Al comprender que se trata de un trabajo reflexivo pero amoroso, resulta en consecuencia que el método de intervención que empleamos para abordar nuestro trabajo, fue el que propone la Animación Sociocultural (ASC) así pudimos trabajar colaborativamente por, en y para nuestra comunidad, al buscar la transformación de cada uno de los integrantes y potenciar sus capacidades (Colectivo por una educación intercultural, 2010.) Una forma de aprender en colectivo, donde el protagonismo no lo tiene el individuo sino el grupo, el resultado y el proceso. Donde se transita de la información aprendida y usada de forma superficial e individual, al aprendizaje en construido en colectivo, funcional y dirigido a una sociedad real con necesidades reales.

Para entonces llegar a la Animación Sociocultural de la Lengua (ASCL) la metodología que empleamos para dirigir y definir los objetivos del proyecto, al utilizar estrategias de LEO de una forma funcional que no solo atendió las necesidades del grupo, sino sus intereses al buscar en todo momento la transformación de cada integrante de la comunidad en lo que respecta al lenguaje. Esa metodología de acción e intervención amorosa, que construye desde y por la comunidad diferentes estrategias para abordar el uso del lenguaje, en la que cada uno de sus participantes desarrolla prácticas funcionales, reales, innovadoras y disfruta cada parte del proceso (Jiménez, 2019).

Todos aquellos recuerdos, análisis de mi vida previos al posgrado y nuevos aprendizajes, toman un lugar importante en el siguiente capítulo *Cuando aterrizamos las teorías*, en el cual realicé a la narración de las intervenciones que hice con mis alumnos, sus padres y comunidad para su posterior análisis al ser estudiante en la MEB. Mismos que dan cuenta de partes medulares de mi transformación docente, todo aquello que aprendí y apliqué durante mi trayecto formativo. Encontrarán el recuento y análisis de cada intervención

realizada desde el primer trimestre, sin embargo, priorizo el análisis del último proyecto comunitario que trabajé con mis alumnos, escuela y comunidad en general, bajo elementos de PpP e intervención socioeducativa.

Se trata de una intervención que me permitió observar, de una forma más cercana, las dificultades, retos y posibilidades que existen como animadora sociocultural de la lengua que trabaja en una escuela pública de educación básica. Dada la magnitud de los objetivos planteados al involucrar a la sociedad más allá de las paredes escolares y requerir de los padres de familia algo más que apoyo económico o asistir como público, así como solicitar apoyo a las autoridades escolares. Descubrí entonces que trabajar en comunidad, significa algo más que compartir un mismo espacio. Concluyo con una reflexión sobre los cambios observados en mis alumnos en aspectos como la lectura, la importancia de emplear la evaluación auténtica y el trabajo por proyectos comunitarios en las aulas de educación básica.

Para ello, recurrimos a una pedagogía diferente a lo que anteriormente mis alumnos y yo conocíamos, una que nos ayudó a alcanzar los objetivos que la ASC y ASCL proponen; la PpP y la intervención socioeducativa. Se trata de un cambio en el paradigma tradicional de la educación, “Una estrategia permanente de formación, destinada a permitir a los niños tomar poco a poco las riendas de su vida escolar y sus aprendizajes” (Jolibert y Sraiki, 2009, p. 30).

En el último capítulo *Crónicas de una metamorfosis* encontrarán la remembranza que da cuenta de mi desarrollo como alumna del posgrado. Lo que me ha implicado estudiarlo tanto de forma personal, como profesional, los beneficios de los que puedo disfrutar e incluso sentirme orgullosa, así como las dificultades que sembraron una latente duda si debía o no continuar. La forma en cómo se ha visto nacer mi transformación docente, el proceso de alfabetización académica que he transitado, la maravillosa experiencia de pertenecer a esta cálida especialidad, así como las reflexiones sobre los procesos de LEO que pude reconocer al finalizar mi trayecto formativo.

Finalmente, en *Emprende el vuelo* se encuentran mis reflexiones finales sobre todo el documento, los compromisos que asumo como animadora sociocultural de la lengua, porque finalmente, como dice Galeano (2018): “Somos lo que hacemos para cambiar lo que somos” (p.57) Por lo tanto, este conjunto de ideas, sentimientos, pensamientos y reflexiones no tienen otro objetivo que reflejar quién soy y lo que hice por transformarme, algunos podrían llamarlo aprender, a mí me gusta llamarle hacer metamorfosis, cual mariposa.

## CAPÍTULO 1

### PRÓFUGA DE LA DOCENCIA

La docencia nunca estuvo ajena a mi vida, mi mayor ejemplo en el mundo fue mi mamá quien trabajó 30 años como profesora de primaria. Viví una experiencia de admiración y aversión con la profesión. Miraba a mi madre amar su trabajo como maestra, me gustaba su compromiso, su creatividad, el amor por lo que hacía, pero al mismo tiempo odiaba que esa profesión no me dejara tenerla cerca, pues tenía que compartir el poco tiempo con el que contaba con sus alumnos.

Gran parte de mi niñez deseé que mi mamá se hubiera dedicado a un trabajo, según mi pensamiento, menos demandante, uno que le permitiera tener más disponibilidad de tiempo para estar juntas.

Al pasar el tiempo y ser una estudiante a quien le desagradaba mucho la escuela y poco entendía de sus prácticas tradicionales, jamás pensé hacer de la docencia mi carrera de vida. A veces pienso que si regresara el tiempo y platicara con Lau de 10 años, al decirle que soy maestra me dedicaría una cara de fastidio aunado a la frase:

— ¿En serio? —A lo que ahora respondería:

— Lau, antes de que te enojés, déjame explicarte cómo paso todo.

Tengo la fortuna de contar con unos padres interesados en la sociedad, en sus cambios e injusticias. Frecuentemente los escuchaba debatir, hablar de autores, libros, tendencias sociales, económicas y políticas. Por lo que desde muy pequeña acuñé términos como burguesía, capitalismo, socialismo, lucha de clases, entre otros. Llegó un momento en que empezó a apasionarme descubrir por qué vivíamos como vivíamos y actuábamos como lo hacíamos. Así que muy joven comencé a preguntarme *¿Cómo es que podríamos cambiar la realidad en que vivimos? ¿Cómo podríamos hacer que los trabajadores explotados del sistema fuéramos conscientes de nuestras terribles condiciones de vida para poder mejorarlas?*

La conciencia social y el ideal de cambio empezaba a sonar en mi cabeza, pero cómo hacerlo, ¿Sería acaso la docencia el camino? ¿Estábamos hablando de la misma profesión que me quitaba el tiempo con mamá? En ese momento pensaba que eso no podía ser posible, así que no era una opción viable, debía haber otra forma.

Por esos años dónde estas preguntas invadían mi cabeza, ingresé al Colegio de Bachilleres, donde al cursar la asignatura de Estructura *Socio-Económica de México*, encontré *respuestas* a muchos de mis cuestionamientos que, cambiaron mi panorama por completo. Fue ahí donde mis pensamientos, objeciones y dudas fueron en su mayoría respondidas.

En el marco de esta asignatura pude profundizar sobre la situación socio-económica actual del país, ya que revisamos muchos autores que paso a paso exponían sus teorías y propuestas que me hacían mucho sentido, de la misma forma encontré al cursarla a compañeros con quienes compartía ideas. El maestro Franco, encargado de tan significativa asignatura, en algún momento nos preguntó sobre cuáles serían nuestras acciones futuras al terminar la educación media superior. Frecuentemente respondía que me gustaría estudiar sociología, historia o incluso arqueología.

Así era mi usual respuesta hasta que un día en clase, el tema de las desigualdades sociales invadió la sesión y el maestro mencionó que solo la educación podría cambiar a las personas que cambiarían el mundo. Recuerdo haberme molestado y pensé que estaba equivocado, que debía haber otros caminos, la educación no podía ser la única respuesta.

Al terminar la clase me acerqué a platicar con él, quería preguntarle si de casualidad no habría otro camino que haya olvidado mencionarnos. Y recuerdo que con una voz muy tranquila y amable me dijo:

—Las ciencias sociales son importantes Lau, básicas e imprescindibles, pero aquí, al trabajar y estudiar con ustedes es que los cambios suceden. No se quedan en papel, trascienden, ustedes mis alumnos las hacen trascender.

Salí del salón hundida en mis pensamientos, en la poderosa realidad. Tal vez había sido muy dura con la docencia, lloré un poco al recordar lo benévola que la profesión había sido conmigo, todo lo que a través de mi mamá me había permitido experimentar, aprender y crecer.

Sequé mis lágrimas y fue entonces que decidí seguir el ejemplo de la extraordinaria, comprometida y maravillosa mujer que siempre había estado conmigo. Supe entonces que haría todo lo posible por mejorar mi entorno, ser esa maestra que nunca tuve la fortuna de tener en el aula, pero sí en casa. Que sería tan inteligente, comprometida y creativa como mamá. Tan paciente, divertida como papá; valiente y consiente como ambos

Fue entonces cuando decidí ingresar a la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (BENM). No fue sencillo, fue un duro camino de reglas estrictas, en donde desconocía por completo conceptos tan básicos como planeación o diagnóstico donde parecía que todos los dominaban menos yo.

Durante las prácticas profesionales me daba la impresión de que todos los docentes querían una réplica de ellos al trabajar con el grupo, así que mis ideas de salir al patio, jugar, ensuciarse, pintar con manos y pies, decir chistes, platicar y comer en clase, no eran aceptadas.

Existieron un mar de quejas sobre mi trabajo con los maestros encargados de evaluar mi desempeño. Fueron muchas veces las que estuve en dirección, explicaba una y otra vez cada una de mis actividades, aunque justificaba mi trabajo, la única respuesta que obtenía era que eso no les gusta a los padres. Escuchaba atenta las indicaciones, aunque en mis adentros me repetía que les gustaría si me permitieran orientarlos, si supieran porque se hace. Salía fastidiada, enojada, triste y sobre todo decepcionada; me habían mentido, la educación no cambiaba el mundo. Por lo menos no esa educación.

Cuando todo parecía perdido, ya no tenía ganas de argumentar o explicar mi trabajo y pensaba que la docencia no sería mi compañera de vida me encontré con la maestra Gaby. No solo me enseñó sobre lenguaje y su importancia en el desarrollo del ser

humano, sino que abrió un panorama de posibilidades, de estrategias, me dio una bocanada de aire fresco y un

—Lo que haces tiene mucho valor

Que no sabía cuánto necesitaba escucharlo, hasta que fue pronunciado. Con ella aprendí que la docencia no *debe de ser* de tal o cual forma. Que siempre hay espacio para poner en práctica diversas estrategias, que la socialización y las habilidades lingüísticas tienen fundamental importancia en cómo y qué aprendemos.

Así que hice mi proyecto de titulación asesorada y cobijada por ella. Fue un trabajo que adoré realizar, no solo logramos que los alumnos tuvieran un acercamiento amoroso a la cultura escrita, sino que la relación con los padres de familia mejoró en el grupo, se involucraron en cada una de las actividades propuestas y fortalecimos el trabajo colaborativo. No hubo planas, lecturas forzadas, revisión extenuante de la ortografía o del estilo o textos que se quedaron inservibles en la carpeta de evidencias, mucho menos sometí a los niños a pasar horas sentados viéndome exponer algo; pero sobre todo los regaños de la dirección al argumentar mi trabajo fueron disminuyendo.

Haberme titulado como licenciada en educación primaria, fue una experiencia sumamente bella, pues tuve la oportunidad de cambiar algunas prácticas y dejar a un lado aquella educación tradicional que me había acompañado cuando era estudiante. Fue así como inició mi aventura docente en la Secretaría de Educación Pública (SEP), en la cual enfrenté miedos, dudas y grandes tropiezos, sin embargo, ahora comprendo que vivir ese caos, me llevó a despertar la necesidad por transformar mi realidad.

La historia de como el lenguaje y mis condiciones de vida me hicieron encontrar la MEB para ayudarme a transformar una docencia abrumada, cansada y aletargada, está por iniciar.

### **1.1 Deconstruir para reinventar**

El olor a café de olla en la estufa llegaba hasta el cuarto donde estaba acostada, mientras dormía la siesta en casa de Hilda. Una maravillosa señora que me cuidaba cuando tenía no más de dos años. A petición de mi mamá, me quedaba con ella durante todas las

mañanas pues su trabajo en la escuela, le hacía imposible estar conmigo, como ambas lo hubiésemos deseado. Pasé días maravillosos con Hilda y Abel, su esposo, quienes me querían como una hija y yo a ellos como unos padres. Recuerdos borrosos llegan a mi mente ahora, cuando adulta trato de recordar lo que sucedió un cierto día de mis dos años.

Dormía mi usual y amada siesta cuando Hilda salió a la carnicería, pensó que no despertaría hasta su regreso. Para mi desgracia, desperté antes de lo esperado y como acostumbraba hacerlo la llamé, pero esta vez no respondió. Así que descalza, aún con la vista borrosa, recuerdo bajar de la cama para buscarla en la cocina donde encontré la olla de barro con café en la estufa, la televisión prendida en la telenovela que Hilda acostumbraba ver y las llaves con un zapatito azul colgando pegadas en la puerta, pero ella no apareció por ninguna parte.

Asustada comencé a llorar y mientras sentía el corazón palpar con rapidez en mi garganta, decidí salirme de casa para buscarla. Giré las llaves de la puerta para ambos lados y sin saber exactamente cómo, la puerta se abrió de repente. Corrí al patio que compartía con la casa de su suegra, la hermosa abuela Cata quien gritó preocupada y rápidamente me tomó en sus brazos para consolarme. La abracé con tanta desesperación y fuerza que recuerdo no haberla querido soltar en un buen rato, ni siquiera cuando Hilda apareció en la puerta con la carne que había ido a comprar.

No podría saberlo entonces y fue hasta varios años después que descubrí que quedarme sola significaría para mí, algo imposible de procesar en cualquier ámbito de mi vida y durante muchos años a partir de ese día. No lo soportaba ni un segundo.

*Nena, mañana te vas a quedar sola un ratito porque tengo que ir al banco*, a veces decía mi mamá tratando de prevenirme, creyendo que eso aliviaría mi ansiedad, sin embargo, inmediatamente sentía que el corazón me salía del pecho y las piernas se paralizaban.

Mis papás estaban desesperados, no sabían con exactitud qué me sucedía y a los seis años no podía explicarlo. Hubiera deseado abrirme el pecho, la cabeza y decirles *Miren esto pasa, esto siento*; pero solo podía limitarme a llorar y suplicarles que no me dejaran

sola por ningún motivo. En la escuela no sucedía algo muy diferente pues, aunque estaba de alguna forma acompañada por mis compañeros o maestra, el trabajo individual y en completo silencio, aunada a mi dificultad para hacer amigos por ser tímida, resultaba en otro tipo de soledad, más soportable, pero igual de amarga. Encontrar la cura, no fue sencillo. Pasó mucho tiempo antes de encontrar la forma en que estar sola ya no congelara mis piernas o sacara el corazón de su lugar.

El alivio inició en casa, leía mientras mis papás no estaban, controlaba mi respiración y acurrucada en el sillón escuchaba el audio cuento de *Pedro y el lobo* que mi mamá me compró. Encontré en los cuentos, en los audiolibros y en las amigas que hice al compartir esas historias, el antídoto al veneno de mi soledad. La literatura, las historias fantásticas y compartirlas con alguien representan en mi vida más que la forma en como inició mi camino en la alfabetización y en el desarrollo de mi oralidad. Son una solidaria amiga que ha estado presente, me ha consolado, extendido sus brazos cuando la vida se pone difícil y la soledad se queda sentada junto a mí.

Mirar al pasado me ha enfrentado a la dificultad de romper mi propio espejo, reconstruirlo al afrontar lo vivido e incluso tocar con miedo, las cicatrices de viejas heridas, esas que había ignorado por muchos años, pero que han estado ahí y sin que antes fuera consciente de ellas, me doy cuenta que hay sucesos que han marcado mi existir, y sobre todo han influido, no solo en mi relación con el lenguaje sino en mi forma de ser docente. Fue gracias a ese trabajo que pude descubrir el hilo conductor que une todas las partes de mi vida con la forma en cómo trabajo en el aula, que como menciona Jiménez (2021)

Éste se refiere a la relación que los autores de estas tesis construyen entre su experiencia personal y su práctica pedagógica. Un leitmotiv en todo el documento, que nace de su historia personal y se convierte en una necesidad en su trabajo docente (p.200).

Se trata del vínculo que une mi vida con la docencia. Aquellas huellas que contribuyen a definir quién soy y en consecuencia lo que trabajo en el aula, porque finalmente soy un

cúmulo de tejidas experiencias y la forma en como trabajo en la escuela, es solo un reflejo de todo lo que fui, soy y pretendo ser.

Es por ello que compartir en comunidad la calidez de un texto, es uno de los principales objetivos de mi actual práctica. Transmitir a mis alumnos ese apapacho cariñoso que nos brinda el lenguaje, que puedan encontrar en él y al compartirlo, el abrazo cálido, amoroso que todos necesitamos de vez en cuando, saberse y sentirse acompañados aún en soledad, “Pues son las historias y relatos comunes, transmitidos por tradiciones culturales las que crean comunidades de sentido” (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001, p. 94). Generar en mi aula, un espacio de cercanía, unión y solidaridad puede brindarle mis alumnos la oportunidad de desarrollarse en un ambiente amoroso, cálido, cercano, algo totalmente diferente al que me tocó vivir. Lograr entonces, que nadie que pise mi aula, se sienta solo.

Sé, que se trata de objetivos que no dependen exclusivamente de mi y la intervención que hago en el aula, sino de un trabajo en colaboración con mis alumnos, sus padres y la comunidad escolar. Sin embargo, considero que en cada docente existe la posibilidad, con la colaboración de todos, de mejorar la realidad en donde se encuentren, que aquella transformación anhelada, pueda dar inicio si en el pensamiento, corazón y acciones de los maestros existe una reflexión, cuestionamientos y nuevas definiciones sobre nuestra labor. Deconstruir todo aquello que pensábamos que era y como debía ser la docencia para generar otro concepto, acciones, pensamientos y sentimientos que nos acerquen a ser los docentes que quizá necesitábamos en la infancia, pero que ahora tenemos la oportunidad de ser.

Tengo la certeza que a través de mirar el pasado y reflexionar sobre mi vida personal - laboral al emplear el EBN, el conocimiento a metodologías amorosas como la ASCL y pedagogías activas, así como haber pasado gran parte de mi infancia sintiéndome sola, son el impulso que necesitaba para que, con apoyo y colaboración de mi comunidad, podamos resignificar la escuela, modificar aquellas prácticas tradicionales, y brindarle al lenguaje una forma de aprendizaje menos academicista y más humana. Para transformar

nuestro tiempo en la escuela, en un espacio amoroso, cercano, unido; para aprender con y en comunidad.

En ese sentido, lo que presento a continuación, es el análisis y reflexión que hago en torno a los procesos en los cuales desarrollé mis habilidades orales, así como mi acercamiento a la cultura escrita. Las dificultades en el proceso y la transformación de ideas o prácticas que he tenido gracias a la MEB.

## **1.2 Hermani-To.**

Sí de algo mi mamá está orgullosa, es que su hija Laura haya pronunciado sus primeras palabras a una edad muy corta. Recuerda con gran ternura que desde mi primer año en este mundo podía entonar algunas palabras con sentido y coherencia. Expresaba mis ideas con gran claridad y fue como pude ingresar a la educación preescolar a los dos años y medio, dejé así la casa de Hilda para siempre y la escuela se convirtió en mi nueva segunda casa hasta la actualidad.

No lo supe entonces y fue hasta hace poco que, al recordar con mi familia, hice consciente el cómo inició mi proceso en la oralidad a tan temprana edad. Hubo un actor principal, compañero inseparable que justo ahora, entra a casa mientras escribo de él; mi hermano. *Corre hijo, ve con tu hermanita, háblale, dile que no llore ahí voy*, decía apurada mi mamá a Armando, mientras terminaba de secarse las manos y podía ir a darle de comer a la bebé de cinco meses llorando en su cuna.

Armando es mi compañero de vida, aventuras y penas quien además de ser uno de mis mayores ejemplos, fue de quien yo escuché las palabras por primera vez, asomado de puntitas en mi cuna, tomaba uno de mis peluches y empezaba a hablar conmigo:

—No llores hermanita, ya viene mi mamá a darte de comer—decía con la dulce voz de un niño de 3 años, mientras movía un osito de un lado a otro para distraerme.

A partir de escucharlo, fue que intenté tan pequeña que las palabras salieran de mí, para llamarlo a él.

—Háblale hija: ¡*Hermanitooo, hermanitooo!*— Decía mi mamá mientras me enseñaba a llamarle, hacía especial énfasis en la sílaba *to*.

Conseguí entonces referirme a él de esa forma, To. Desde mi primer año de vida hasta el día de hoy, todo invitado en casa ha escuchado el origen del nombre cariñoso por el que la familia y amigos cercanos lo llaman, nombre que vino de mí, pero es él, es nuestro vínculo e inicio con mi oralidad; somos nosotros. Estoy de acuerdo con Meek (2018) cuando dice que “Cuando hablamos, sentimos que existimos en medio de otros como nosotros” (p. 25). Fue en ese momento en que empecé a existir con otros a partir del habla; al nombrar a mi hermano.

Considero que el desarrollo de la oralidad es importante, por eso inicio dando cuenta de ella pienso que comprender que las palabras dicen mucho más que lo que nuestra boca puede expresar, olvidamos que el lenguaje corporal, gesticulaciones o tono de voz también proyectan al interlocutor información relevante sobre la conversación que sostenemos, ya que “Para comprender la cultura escrita debemos asumir que el lenguaje hablado abarca un amplio rango de actividades y que está entrelazado en la textura de todos y cada uno de los aspectos de nuestra vida” (Meek 2018, p. 26). Porque finalmente, hacemos al lenguaje del mismo modo que él, nos hace a nosotros. Nos desarrollamos como seres humanos a través de su uso y socialización, así como él, se modifica y adecua a las necesidades que nosotros sus usuarios tenemos, en una versión más apegada a la que la sociedad requiere.

La oralidad es la habilidad nata que nos distingue de cualquier otra especie sobre la Tierra, la cual empleamos fundamentalmente para comunicarnos, comprender cómo funciona el mundo y nosotros con él. Que, aunque podemos utilizarla desde nuestros primeros años de vida, es necesaria la práctica y el análisis metacognitivo para desarrollarla con mayor fluidez y seguridad. Pues su uso eficiente dependerá de conocer el contexto donde la emplearemos y las diversas necesidades que pretendamos cubrir. Comprendo entonces, que el simple hecho de emitir palabras no refleja por completo la complejidad que conlleva desarrollarla.

En este sentido, entiendo que la oralidad se modifica a través del tiempo y los cambios sociales, pues si bien es cierto que fue una de las primeras formas de comunicación entre los seres humanos, actualmente pertenecemos, la mayoría de personas en el planeta, a comunidades grafolectas, en donde se emplea la cultura escrita del mismo modo que el habla. Ong (2016) la nombra como “oralidad secundaria, [...] en la cual se mantiene una nueva oralidad mediante el teléfono, la radio, la televisión, y otros aparatos electrónicos que para su existencia y funcionamiento dependen de la escritura y la impresión” (p. 47). Ambas formas de comunicarse coexisten ampliando así, nuestras posibilidades comunicativas.

Es decir, que la cultura escrita y el habla permanecen actualmente cercanas, sin pretensiones de poner alguna por encima de otra, sino que en su conjunto sean el medio para desarrollarnos como seres humanos, “La escritura no redujo la oralidad sino que la intensificó” (Ong, 2016, p. 45). Como lo fue para mí estar con papá.

Contrario a lo que pudiera parecer, *To* no fue la primera palabra que entoné; fue *Papi*, pero la causante mi mami. Ella siempre me impulso a que pudiera nombrar el mundo y a quienes me rodeaban.

—¡Traidora! — dice mi mamá riendo al recordar que no fue ella mi primera palabra.

Papá siempre llegaba del trabajo a comer a casa las 4:00 pm. Usualmente mi hermano y yo lo esperábamos con la mesa puesta para que él calentara la comida que mi mami había preparado un día antes para los tres. Cuando terminábamos de comer, iniciaba el momento de hacer tarea y normalmente papá me ayudaba a realizarla. Narraba para mí, leyendas, jugábamos con trabalenguas, adivinanzas, refranes y con la paciencia de un santo, me explicaba todas las dudas que tenía del mundo por más extrañas o absurdas que pudieran parecer.

—Papi, ¿Algún día las personas podrían apagar el sol? — Preguntaba sentada en el sillón, mientras miraba a la ventana.

—No hija, el sol es una estrella a la que no podríamos ni acercarnos sin quemarnos vivos— Respondía mi papá.

—¿Ni llevando a él millones de bloques de hielo? — Volvía a insistir.

—No, es más, la nave se quemaría—Contestaba y reíamos juntos.

Siempre tuvo tiempo para mí y respondía las preguntas que me acompañaban, siempre paciente y amoroso. El diálogo que manteníamos abría las posibilidades para una pequeña de cinco años que descubría el mundo con papá.

—¿Tú sabes por qué las zanahorias son buenas para la vista? —Me preguntaba con una cara muy seria.

—No papi, ¿Por qué? —Respondía con los ojos abiertos, lista para descubrir alguna razón científica.

—Pues, ¿Cuándo has visto un conejo con lentes? — Respondía y ambos reíamos acaloradamente.

Hablar con él significaba para mí, volar hacía otros mundos llenos de posibilidades, en donde podía encontrar por medio del juego, significado a todo aquello que me rodeaba, pero sobre todo saberme escuchada al emplear una de las habilidades y necesidades natas de los seres humanos; el habla. Pues si bien es cierto que expresarnos de forma oral es algo que las personas hacemos por naturaleza, también es cierto que ello parte de nuestra necesidad social de sentirnos en sintonía con otros, pues la oralidad “proviene del deseo de ser escuchados, contenido en el recinto psíquico de todo sujeto humano” (Cabrejo, 2020 p.19) al reconocernos parte importante del mundo en que habitamos y del grupo de personas con quienes compartimos.

La relación con mi mamá era diferente, ella trabajaba dos turnos en la escuela primaria y además llegaba a hacerse cargo de la casa. Sin embargo, siempre encontró tiempo para me acercarme a la literatura desde sus posibilidades, todo iniciaba con *Cofy* que fue el compañero canino de nuestra familia durante once hermosos años, era un perrito salchicha desobediente, travieso y juguetón. Cuyo ladrido ensordecedor desesperaba a todo el edificio cuando oía llegar a mi mamá del segundo turno, sin falta cada día a las 7:30 pm. Los tres atropellábamos a mamá en la puerta; To, el perrito y yo. Cansada dejaba su bolsa en la mesa del comedor, colgaba sus llaves, acariciaba al ansioso perrito, nos daba un beso a mi hermano y a mí para dirigirse a su cuarto a cambiarse los zapatos.

Era entonces cuando el tercer turno de mi mami comenzaba; lavar la ropa, cocinar para el día siguiente o planchar. Actividades que muchas veces impedían que pudiera estar, como me hubiera gustado, pegada a mi mamá. Ella lo sabía y sé que en el fondo se sentía igual que yo, así que un buen día cuando llegó a casa trajo para mí un regalo que cambió mi vida. Dio el primer paso para aliviar mi ansiedad y miedo a estar sola, la posesión más preciada que tuve durante la infancia; el audio cuento de *Pedro y el Lobo*.

La historia trata sobre un niño travieso que, jugaba en el patio trasero de la casa de su abuelo y miente al decir que ha visto al lobo acercarse, lo que ocasiona que su abuelo preocupado acuda en su auxilio solo para darse cuenta que su travieso nieto solo bromeaba. Varias veces sucede la misma situación, hasta que el lobo realmente aparece y Pedro tiene que hacerse cargo solo pues ya nadie cree lo que dice. Escucharlo recostada en el sillón era lo que más amaba entonces, lo disfrutaba cuando era niña, adolescente y ahora, adulta, encuentro un lugar seguro al acurrúcame en ese espacio, me hundo en mis pensamientos y disfruto de mí, por un momento.

Lo conocía tan bien que podía casi mirar cada parte del cuento en mi mente, los efectos musicales eran el complemento perfecto para que mi imaginación hiciera de las suyas y me permitiera sentirme a un lado de Pedro, riéndonos del abuelo al salir y enojado regresar a casa o derrotar triunfantes al lobo gracias al increíble plan que habíamos diseñado, ya que “Mientras leemos podemos abandonar nuestra propia conciencia y trasladarnos a la conciencia de otra persona, de otra época. *Transmigrar* un término del teólogo John Dunne” (Wolf, 2008, p. 23).

Transmigrar a otros espacios con personajes de historias maravillosas, me ayudó en gran medida a desarrollar mi oralidad, desarrollar un bagaje que me prepararía para enfrentar al lenguaje en sociedad posteriormente, con más experiencia de la que hubiera tenido sin esos apoyos; mi familia, su calidez y los cuentos. Los audiolibros han sido no solo potenciadores en mi vocabulario y grandes apoyos en la forma en cómo asimilaba las historias con las que más tarde me encontraría, sino compañeros incondicionales cuando en casa las ocupaciones cotidianas hacían imposible que mis papás compartieran de viva

voz alguna historia conmigo. Y aunque sé que Lau de cinco años hubiera preferido su compañía por encima de cualquier audio o libro de cuentos, sé que era la forma que mi mamá encontraba para estar conmigo, arrojarme a la distancia con maravillosas historias de las que más tarde conversaríamos y podría escuchar más de una vez acurrucada en el sillón.

Me parecía entonces que el lenguaje era un todo del cual podía aprender y disfrutar, que las lecturas, canciones, juegos de palabras, bromas, preguntas extrañas y audio cuentos eran parte de un hermoso todo que podía gozar con mi familia para explorar el mundo con ellos. Porque finalmente disfrutábamos el lenguaje desde perspectivas diferentes, ya sea la oralidad o la cultura escrita, cuando lo considerábamos una práctica social, una herramienta que, a lo largo de la existencia de los seres humanos por este mundo, hemos utilizado para comprender lo que nos rodea y a su vez, comprender a aquellos con quien compartimos nuestra existencia.

Siendo así, me es natural ahora pensar que utilizarlo tenga la imperiosa necesidad de ser socializado, expuesto, descubierto por otros para que su primordial funcional social sea completada, como menciona sobre los textos Meek (2004): “Necesita un lector para darle vida del mismo modo que una partitura musical permanece en silencio mientras alguien no la toque” (p. 56). El lenguaje necesita de otra persona, alguien que le dé significado a las páginas que escribimos, las palabras que enunciamos o los textos que leemos y compartimos con otros como quien ha encontrado un tesoro. Encontrar por medio de la práctica y análisis funcional del lenguaje, el aprendizaje significativo que en las escuelas nos esforzamos en que cada alumno lo logre, aunque lamentablemente se intenta sin mucho éxito la mayoría de las veces.

Ahora sé que la oralidad, la escritura y la lectura se relacionan principalmente por ser habilidades lingüísticas que usamos para comprender el mundo y comunicarnos como seres sociales, que, aunque su estudio generalmente y su puesta en escena en este documento está dividida para fines explicativos, puedo reconocer que “La escritura nunca

puede prescindir de la oralidad” (Ong, 2016, p. 43). Se encuentran entrelazadas en las páginas de mi vida, del trabajo que realizamos en el aula y en la sociedad en general.

Pienso que para comprender la complejidad que representa la cultura escrita y el alcance que podrían tener los objetivos que nos proponemos en las escuelas de educación básica con respecto a los aprendizajes de los niños, es primordial entenderlas como un todo que da inicio en la oralidad. “Nuestra comprensión de la cultura escrita debe iniciarse con el reconocimiento de la oralidad y de su continua presencia en nuestras vidas” (Meek, 2018, p. 27) no fragmentarlo y dejarlo sin funcionalidad social como innumerables ocasiones sucede en las aulas y he de reconocer con un poco de pesar, que en la mía sucedió muchas veces.

La oralidad había sido hasta entonces una gran amiga, compañera inseparable con quien contaba para comprender a quienes, y todo aquello que me rodeaba. Nunca me habría imaginado que algún día pensaría que hablar, estaría mal hasta que entre a la primaria.

—Laura, ¡¿Ya acabaste tu trabajo?! —Gritaba la maestra desde su escritorio, en la bonita aula de 1ºA.

—Ya casi— Respondía mi voz preocupada desde un lugar que no era el mío.

—¿Y qué haces ahí platicando entonces? Ven con tu cuaderno— Respondía la maestra mientras sacaba su caja de sellos.

Sabía entonces que el sello del perico con el enunciado *Platica en clase*, esperaba a ser puesto en mi plana a medio terminar. A los cinco años, pensaba que a la maestra le molestaba que hablara, no lo relacionaba con el hecho de no haber terminado mi trabajo, así que aprendí a no hablar en clase. Callaba en todo momento, no participaba en absolutamente ninguna actividad que vino después y cuando se me solicitaba recitar la respuesta que mi maestra esperaba, fallaba. Pues al decir lo que pensaba, imaginaba o sentía, no coincidía con lo esperado y la mirada de fastidio de mis maestros aunadas las risas burlonas de mis compañeros, provocaba sentirme más insegura, tonta y cada vez con menos ganas de hablar.

Pase gran parte de mi escolaridad creyendo que era tonta, que no podría aprender nada o que no valía la pena lo que yo tuviera que decir, por lo menos no en la escuela; era como estar sola, pero con gente alrededor. Paso mucho tiempo, hasta que pude demostrarme que lo que había asimilado como verdad absoluta, no era cierto, que el que no quisiera participar no significaba que no entendiera o pudiera hacerlo.

Tuvieron que pasar muchos años para que esto cambiara. Fue en el Colegio de Bachilleres, en la clase del maestro Franco, que decidí que no era tonta, que entendía perfectamente de lo que hablaba el maestro y daría mi opinión. No fue para nada sencillo, la voz me temblaba y las manos me sudaban mientras decía porque no estaba de acuerdo con lo que un compañero había expuesto. Entonces no solo me aventuré a hablar, sino a estar en desacuerdo. Recuerdo al maestro mirándome mientras sonreía y asentía con la cabeza al escuchar lo que dije, fue ese gesto el que me dio la dosis de confianza que necesitaba para terminar mi argumento, la huella emocional que permanece hasta el día de hoy.

Los días subsecuentes en clase, varias compañeras se acercaban para platicar conmigo, nos sentábamos, comíamos y reíamos juntas. Dio inicio una amistad que, hasta el día de hoy continua. Parecía entonces que regresar a mi voz y pensamientos me mantenían conectada a las personas, el lenguaje me mantenía cercana.

A partir de ese momento, no volví a silenciarme a propósito, expuse aún con miedo mi punto de vista en todos los ámbitos de mi vida, a veces sin la prudencia que correspondía a la situación, pero siempre dispuesta a aprender cómo hacerlo mejor, no volver a silenciarme, expresarme a través de las palabras y usando el lenguaje como una forma de aprender de y con los demás.

Al analizar mi vida, entiendo porque es tan importante para mí que la oralidad este presente en mi docencia en todo momento, que las voces de mis alumnos no sean silenciadas, que puedan expresar todo aquello que sus mentes y corazones tengan para decir, brindándoles la oportunidad de tener un lugar seguro para hacerlo, en donde puedan confiar que su comunidad respetará lo que dirán y alentándolos a construir

discursos cada vez más complejos y adecuados para los contextos en donde vayan a aplicarlos.

Claro que el panorama que tengo ahora no siempre fue así, ha sido una deconstrucción complicada el comprender que no solo soy yo quien tiene el derecho a ser escuchada, sino cada uno de los miembros que componemos la comunidad. El miedo a escuchar alguna situación de abuso o duelo y no saber cómo actuar en consecuencia, aunada a la falsa creencia que un grupo en silencio es uno donde permanece el orden y el aprendizaje, hizo por algún tiempo que no diera la apertura a que el salón fuera un espacio donde mis estudiantes pudieran expresarse.

Sin embargo, ahora que reconozco el papel primordial de la oralidad en el desarrollo de los seres humanos, me llena de esperanza poder ayudar a mis alumnos a que puedan reclamar el derecho a desarrollar su lenguaje, a expresarse en la escuela, pero con la firme convicción de que puedan hacerlo en cada espacio que ocupen a lo largo de su vida.

Procuro en mi aula emplear la literatura infantil para realizar lectura en voz alta, externar lo que aquello les hace sentir, generar un espacio donde al mismo tiempo que leemos puedan expresar cualquier recuerdo que el texto en cuestión traiga a sus mentes, pues ahora reconozco que “Mientras leemos en voz alta es posible también dar paso a la palabra de los niños: a sus afirmaciones, preguntas y descripciones. Esta ida y vuelta permanente entre la voz del texto y la voz de los lectores sirve para ampliar las lecturas que estamos haciendo” (Cirianni y Peregrina, 2018, p. 25).

Aprender en comunidad que podemos hacer crecer los textos al socializarlos, relacionándolos con nuestra vida y aprendizajes. Que no existe una única versión para poder comprenderlos, que, si bien es importante reconocer lo que el autor nos quiere comunicar, es igual de importante la interpretación que le damos al asimilarlo, que existen más significados que solo el que puedo darle en la lectura solitaria.

Reconozco que tengo frente a mí, el reto de ampliar cada vez más los espacios para la oralidad y su desarrollo, no solo de forma natural y sin estructura. Sino fortalecer mis habilidades de diseño de proyectos, estrategias de modo que aspectos como la seguridad, entonación, dicción u ordenamiento de ideas se vean fortalecidas en el trabajo en el aula de forma conjunta con el aprendizaje de la lectura y escritura.

### **1.3 No siempre odié leer**

La lectura y escritura no siempre han sido las grandes amigas que actualmente acompañan mi vida. Algunos de nuestros primeros encuentros estuvieron rodeados de grandes desafíos, profundas inseguridades y tediosas tareas a resolver. Recuerdo que uno de mis primeros acercamientos fue la ocasión en que, metida debajo de la mesa, escondida de los regaños usuales por pintar las paredes, empecé a garabatearla con mis crayones favoritos, trataba de escribir mi nombre. Tenía cuatro años.

Cuando mamá salió de la cocina, se encontró con la mesa completamente rayada y yo tirada de espalda mientras hacía mis primeros trazos. Algo cambió ese día, pues en lugar del usual regaño por rayar donde no debía, me pidió acostarme en el sillón, tomó un cassette con un gato en el estuche y empezó a sonar *El gato con botas* en el estéreo de la sala.

Recuerdo que inicié a escucharlos un tanto distraída, conocía el cuento de *Pedro y el lobo*, pero no me era tan fácil acoplarme a un cuento nuevo, sin embargo, cuando llegó la parte en que el ogro aparece en la historia, la voz que lo interpretaba atrapó mi atención y empecé a entender el cuento. Le pedí a mi mamá escucharlo cada noche durante varias semanas. Me imagino que mi mamá un poco harta de escuchar siempre el mismo, compró algunos otros, así se le sumaron: *Caballito volador*, *Los tres cochinitos*, *Ricitos de oro*, entre otros. Cada noche escuchaba los audio-cuentos que aliviaban mi ansiedad por quedarme sola en casa. Hacía cartas a mis papás y hermano, dibujaba clandestinamente las paredes o muebles que dejaran descuidados.

Ahora al estudiar la MEB puedo reconocer, a través del modelo transaccional que propone Rosenblatt (1996), que el que mi mamá haya puesto frente a mí, esos audio cuentos, representaron el inicio del desarrollo de mis experiencias con el lenguaje. Estoy de acuerdo con Rosenblatt (1996) cuando afirma que “Cada quien llega a la transacción con una historia individual, que se manifiesta en lo que se ha dado en llamar un reservorio de experiencias lingüísticas” (p. 8). Así que cuando las letras llegaron a mi vida, no eran desconocidas pues, por lo menos su sonido, lo tenía grabado en mi mente a través de esas historias.

Disfrutaba del lenguaje en casa y en las actividades del preescolar, mismas que aumentaban sin saberlo, las experiencias lingüísticas que apoyarían mi conocimiento sobre el lenguaje escrito, hasta que llegó el momento de ir a la primaria.

El frío en la alcaldía Álvaro Obregón en la colonia Olivar de los Padres, se encuentra la escuela primaria donde estudié. En los meses enero – febrero es algo a considerar, las temperaturas pueden bajar hasta los 3° C sobre todo cuando el día empieza, que era la hora en que llegábamos mi mamá, mi mamá Pati, la increíble maestra de 5; To y yo Laura, la alumna que no se esforzaba mucho a pesar de ser hija de una maestra.

Recuerdo que caminábamos por una larga calle. El ruido de las campanas acompañaba nuestros pasos, pues la iglesia de San José, anunciaban la misa de las ocho de la mañana. Recuerdo pasar lento entre los puestos que apenas se iban instalando para observar con detenimiento cuál sería el dulce o juguete que le pediría con gran insistencia a mamá me comprara a la hora de la salida.

Aún puedo sentir el viento frío que traspasaba mis guantes y helaba mi nariz, que después de un rato se volvía roja y fría lo cual me encantaba. Ahora que lo pienso, aún me encanta.

—Buenos días Laurita, ¿Tienes sueño? —Me decía la maestra Jessi asomándose por debajo de mi gorro, sonriendo. Yo sin soltar la mano de mi mamá, respondía —Sí—con la cabeza.

El cambio fue por supuesto, algo drástico, pues hasta entonces estaba acostumbrada al juego, a fomentar mi oralidad a escuchar y ser escuchada, leer cuentos, escribir no convencionalmente y ser aceptada. Sin embargo, en este nuevo nivel, todo cambió. La primera actividad que hice fue, *escribe tu nombre completo en esta hoja*. Mi letra, como era de esperarse no era la más uniforme, trazaba algunas letras volteadas, omitía algunas otras y no sabía escribir *Salazar Juárez* así que, con mis conocimientos decidí reemplazar las letras y sonidos desconocidos por algunos otros más familiares.

A la maestra no le gustó. Después de un regaño más o menos intenso, tomó mi mano y dibujó las letras que me faltaban con una cara de fastidio.

— ¿Cómo es posible que la hija de la maestra Pati no sepa escribir? —Dijo mientras me alejaba.

Hasta ese momento supe que de mí se esperaba algo diferente en comparación con mis compañeros, cómo si la profesión de mi mamá me brindara mágicamente las habilidades necesarias para escribir como un usuario con más experiencia. Como dice Wolf (2008) “Aprender a leer es casi una historia milagrosa pletórica de procesos evolutivos que confluyen para dar acceso al niño a la prolífica vida oculta de una palabra” (p. 137) No se trata de un proceso sencillo que pueda desarrollarse sin más, necesita de un trabajo previo, experiencias lingüísticas y usuarios de la lengua que tengan más experiencia con quienes compartir, pero no lo sabía entonces.

En ese momento creí que lo que sabía hacer, no era escribir y he de confesar que fue la primera vez que me sentí apenada, sin las habilidades necesarias para lo que me solicitaba hacer. Si eso era escribir, no me gustaba hacerlo.

Iniciábamos el día con planas de la letra que estuviéramos abordando durante esa semana en conjunto con cada una de las vocales. El trabajo me parecía tan aburrido y repetitivo que más de una vez me levantaba de mi lugar asignado para visitar a alguna de mis compañeras y platicar un momento, otras tantas, simplemente me distraía con la ventana o al pensar qué juegos me esperarían al llegar a casa. Recuerdo que me encantaba leer clandestinamente el libro de lecturas de primer grado, el famoso libro del perrito, como disfrutaba las lecturas de: *La cucaracha comelona, El viaje, Los tres cabritos*

y el ogro tragón o *Saltan y saltan* durante la clase. Pero eso incomodaba mucho a la maestra, quien de un grito me hacía regresar a la realidad y terminar la plana en cuestión.

Cuando creía que en casa podría realizar otro tipo de actividades que me parecieran más interesantes, la tarea llegaba como enviada desde el infierno *Hacer 10 planas de la letra M y 100 veces su nombre completo*.

A los seis años aprendí a darle gusto a los adultos. Hacía lo que decían sin cuestionar, no porque estuviera de acuerdo, sino por miedo y creía que leer y escribir servían para que no me gritaran, pero, sobre todo, para cumplir con las actividades académicas. Cuando parecía que la relación con el lenguaje no hacía más que deteriorarse, regresó a mí, cierta compañera que avivaba mis muertas ganas de leer; la LIJ.

Cierto día mientras cursaba el tercer grado, llegaron a la escuela un grupo de editoriales a ofrecer libros a los niños. Nos sacaron al patio, grado por grado para poder ver los libros que habían llevado los cuales no podíamos hojear mucho si no íbamos a comprarlos. Ignoré las reglas y cuál biblioteca me puse a leer el primer ejemplar que llamó mi atención, *Ricitos de oro* en un formato totalmente diferente a la antología que mi mamá solía prestarme, pues éste era un libro mucho más pequeño que llamaban de bolsillo y que los dibujos eran considerablemente más animados y bonitos para mi gusto.

La historia de momento me fue muy atractiva, aunque era la misma, los detalles en la narración eran diferentes, utilizaban frases extrañas para mi vocabulario como *Fueron felices y comieron perdices*. *¿Qué es una perdiz?* Me preguntaba. Justo cuando estaba por leer la última página del cuento, la señorita que vendía los libros me interrumpió al preguntar si lo iba a comprar o no.

—¿Cuánto cuesta? — Pregunté. —Diez pesos —Respondió ella mientras extendía su mano. Supongo que para recibir el libro o el dinero.

Saqué el dinero disponible en mi suéter rojo vibrante que combinaba muy bien con la falda gris del uniforme escolar. Tres pesos salieron de la bolsa y puse en mi mano.

—No te alcanza — Dijo, al suponer que yo no sabía. Quitó el libro de mis manos con delicadeza y sin decir más, lo acomodó de donde yo lo había tomado. Corrí a todo lo que daban mis piernas por todo el patio de la escuela, crucé los enormes pasillos hasta el salón de mi mamá. Toqué la puerta y sin esperar a que me permitiera pasar, entré. Le expliqué, según yo recordaba, la situación del libro que quería comprar, pero me faltaban siete pesos y que era similar a mi cuento favorito de la antología. Ella ahora me cuenta que solo grité desde la puerta:

—Mami, ¿me das diez pesos para un cuento? — Mientras corría agitada en su salón, sin dar mayor explicación.

Sacó de su monedero la moneda brillante y dorada que necesitaba, me la entregó y salí corriendo al patio de nuevo esquivando al Sr. Raymundo que barría el patio y que al mismo tiempo gritaba:

—¡No corras, niña! — Cuando llegué al puesto y mientras mis ojos buscaban el bello libro, la señorita dijo:

—Se lo acaban de llevar. — La debí haber mirado con mucha tristeza, ya que casi de inmediato me ofreció una solución. — No te preocupes, al rato igual y me llegan más cuentos, te aparto uno.

Desanimada, regresé al salón. ¿Quién sería tan monstruoso para llevarse mi cuento? Molesta me senté, cuando de pronto Brenda, una compañera del salón, entró leyéndolo muy contenta. La miré furiosa, con ganas de arrebatarle mi cuento y decirle que yo lo había visto primero, cuando dijo:

—Mira lo que compré Lau. Es mi cuento favorito. —La miré incrédula, ese también era mi cuento favorito. No le dije nada de lo que molesta había pensado, solo se sentó a mi lado y comenzamos a leer juntas, ella leía una hoja y yo leía la siguiente.

A partir de ese momento, Brenda y yo nos sentábamos juntas a desayunar, me enseñó a jugar *Chocolate*, *Mesú* y *Marinero que se fue a la mari mari mar* en donde cantábamos al mismo tiempo que coordinábamos las manos. En ese momento solo disfrutaba de los juegos orales sin considerar su relevancia en mi acercamiento a la literatura, sin embargo

ahora puedo reconocer que así como la lectura, fueron un detonante en mi interés y gusto por seguir expresándome, aprendiendo del mundo y sobre todo a comunicarme, pues “El ser humano necesita del canto y el relato como necesita del alimento y del juego [...] como una alternativa de sana diversión e intensa comunicación que, además transmite de manera condensada los más altos principios y valores de la humanidad” (Rey, 2000, p. 1). Fue como empecé a comprender el mundo que me rodeaba, mediante el juego y compartiendo el lenguaje para acercarme a la literatura.

Llevé a Brenda el mayor tesoro hasta entonces oculto solo para mí, la antología de clásicos de la literatura que me prestaba mamá y la leíamos en el recreo. Poníamos en el piso nuestros suéteres, nos sentábamos sobre ellos para disfrutar de *Rapunzel*, *Caperucita roja*, *Cenicienta*, *Hansel y Gretel* y claro, nuestro favorito. Leerlos con Brenda se había convertido no solo en una actividad que disfrutaba, sino que, al tener este acercamiento, pude estimular mis sentidos, la capacidad verbal y mental al comunicarnos con cariño y alegría (Rey, 2000). Compartir con ella todo lo maravilloso que hasta entonces la literatura me había brindado, así como haber encontrado una nueva amiga.

Historias que ahora sé, son grandes clásicos de la literatura infantil, recuperados de la tradición oral que a partir de su recopilación es como su estructura se ha modificado adaptándose a las nuevas generaciones (Garraón 2001) por lo que pudimos disfrutar de versiones adaptadas especialmente para niños.

Sí habían pensado que olvidé mencionar lo que sucedió con el cuento de *Ricitos de oro*, no es así. La señorita finalmente consiguió otro para mí y cada una firmó el suyo con su nombre en las guardas del libro. Aún lo conservo como el bello recordatorio de cómo la literatura unió a dos niñas que pasaron de ser grandes desconocidas a grandes amigas.

La antología de cuentos clásicos y mi amistad con Brenda, marcaron un precedente en mi vida, sin saber que algún día los necesitaría para poder afrontar las dificultades que tendría con la lectura posteriormente. Que serían el recordatorio amoroso de que no siempre odié leer, que de hecho lo disfrutaba solo necesitaba volver a recordarlo y a vivirlo.

Cuando pasé a la secundaria, mi interés por leer y permanecer cercana a los textos que tanto había querido en mi infancia, se esfumó por las nuevas exigencias de la escuela y una nueva dificultad, no comprendía lo que decodificaba. Wolf (2008) al respecto dice que un gran error en la enseñanza de la lectura es asumir que los alumnos podrán entender lo que leen simplemente con el acto de la decodificación. Y fue entonces cuando otro tormentoso momento llegó a mi vida, el de solo enfrentarme a la parte eferente de los textos, aquella a la que Rosenblatt (1996) se refiere como “Al tipo de lectura en la cual la atención se centra predominantemente en lo que se extrae y retiene luego del acto de la lectura. (p. 17). Y tratar de comprender lo que mis maestros, quienes estaban más familiarizados con los textos, comprendían.

En mi primera clase de español, cuando todavía no conocía el nombre completo de la maestra ya teníamos como tarea leer *El cantar de Mio Cid*. Supuse un tanto ingenua que no sería una tarea complicada, que, aunque no había escuchado nunca algo de ese libro o por lo menos lo había hojeado, había visto que en la repisa de libros de mi mamá estaba muy bien acomodado.

Lo tomé con mucho ánimo de saber de qué trataba, pero como seguramente se pueden imaginar, fue como leer el manual para reparar un motor en árabe. No entendía nada, cada frase me confundía, el bagaje cultural y alfabetizador con el que contaba hasta ese momento no era suficiente para poder comprenderlo; como dijera la Doctora Angélica académica del posgrado, me faltaban muchas horas de vuelo para poder entenderlo.

Sin embargo, no me rendí tan fácil, tomé un diccionario y poco a poco busqué las palabras que no entendía, trataba de ir despacio, pero a un ritmo que me permitiera terminar de leerlo en el tiempo estipulado, pero, sobre todo, buscaba dentro de mis referentes personales, algunas experiencias que me ayudaran a comprenderlo, para fortalecer, sin saberlo aún, la parte estética de los textos

El lector estético saborea, presta atención a las cualidades de los sentimientos, de las ideas, las situaciones, las escenas, personalidades y emociones que adquieren presencia, y participa de los conflictos, las tensiones y resoluciones de las

imágenes, ideas y escenas a medida en que van presentándose. (Rosenblatt, 1996, p. 18)

Que lamentablemente, no era algo que los docentes valoraran en ese tiempo. Consulté a mi mamá y a mi hermano, pero ninguno de los dos recordaba con claridad de lo que trataba y no pudieron ayudarme. Alguien podría pensar qué por qué no consulté un resumen en internet, como seguramente lo haría ahora, pero es importante aclarar que en el año 2006 el internet no tenía la popularidad y accesibilidad que tiene ahora. Además de ser costoso, hasta donde vivimos la señal no llegaba por lo que no era una opción con la que pudiera contar en ese momento.

Así que decidí leerlo sola contra toda adversidad y sin ningún tipo de acompañamiento o socializar lo que había entendido de él. Me esforcé lo más que pude y entregué el reporte de lectura el día establecido. Una semana después, la tarea había vuelto a mis manos con un corto y cruel recado que decía:

—Es evidente que no lo leíste. TAREA NO ENTREGADA.

Sí la experiencia le sucediera a Laura que escribe ahora, seguramente iría donde la maestra a cuestionar su forma de enseñanza, el poco interés y responsabilidad que tuvo al dejar un reporte de lectura de un texto que nunca se tomó la molestia de revisar en clase, mientras esperaba que sus alumnos mágicamente comprendieran lo que ella entendía, pero recordemos que en ese momento estaba Laura de doce años.

Concuerdo con Rey (2000) cuando dice que “Sí le damos exclusivamente textos que puede entender de manera inmediata, textos simples, con un solo mensaje [...] no contribuimos a su desarrollo [...] lo mismo ocurrirá, por supuesto si le entregamos textos a los cuales no puede tener acceso” (p.7) No era el libro adecuado dadas mis experiencias lingüísticas, ni el momento que respondiera a los intereses que en ese momento tenía como lectora, pero no era algo que a mi maestra le ocupaba.

Tomé avergonzada mi trabajo que quedó marcado por unas lágrimas que cayeron sobre él. Lo oculté de todos, de mis compañeros cuyos reportes habían sido mejor aceptados que el mío, de mi mamá que esperaba buenas noticias, pero sobre todo lo que se

mantuvo oculto a partir de ese momento, fueron mis ganas de volver a leer *El cantar de Mio Cid*.

Mi acercamiento con la literatura empezaba a tornarse cada vez más tormentoso, pues ese texto no fue el único que estuvo presente para hacer los reportes de lectura, cuya mayor relevancia en clase era la de poner un punto en la lista de actividades entregadas y así pudiera saber que cumplí con la tarea. Leí con gran resistencia, aburrimiento y miedo de no comprender lo que la maestra quería que comprendiera *El principito* y una versión para niños del *Quijote de la Mancha*. Seguramente era la resistencia que tenía en ese momento, pues al recordar la experiencia no puedo ubicar a detalle de qué tratan o qué fue lo que comprendí entonces, solo sé que entregué los reportes que me solicitaban, cumplieron el objetivo de entregar las actividades y así pasé de año.

Durante el tiempo que tenía libre leía algunos cuentos de literatura infantil que encontraba en casa o en la biblioteca de aula en el salón de mi mamá. Sin embargo, consideraba que ya no era adecuado para mi edad y que no servía de nada, pues pensaba que si no podía comprender los textos que me dejaban en la escuela, entonces no sabía leer. Como si existiera la lectura que no disfrutaba, pero por la cual recibía una calificación e importaba y la lectura que disfrutaba pero que no tenía calificación y por lo tanto en ese momento no importaba.

Empecé entonces a separar y a clasificar la lectura que realizaba, pensando que mis habilidades debían ser tan deficientes que no podía leer otra cosa que no fueran los cuentos de literatura infantil, despreciando de alguna forma esos textos, sin considerar la calidad de la literatura,

Lo cierto es que actualmente son muchos los adultos, especialmente educadores y otras personas interesadas por la literatura infantil, que leen con fruición libros publicados para niños. Esto no significa que estas obras tengan doble destinatario, sino que la calidad de la literatura infantil ha subido (Cervera, 1989, p.165).

Por lo tanto, mantenerme cercana a esa literatura, hacía que no perdiera por completo el interés y el gusto por leer.

Por muchos años la situación se mantenía de una forma muy similar en la escuela. Podría incluso decir que leer por gusto, era una práctica que hacía muchos años ya no realizaba. Fue hasta que ingresé a la Normal que por recomendación de una compañera, llegó a mis manos *Como agua para chocolate*, la novela de Laura Esquivel, me habló de ella con tanta emoción que de inmediato avivó mis ganas de leer e incluso me prestó el libro. Empecé a hojearlo sin muchos ánimos cuando rápidamente la historia me atrapó, la lectura mágicamente parecía fluir de las hojas a mi cerebro y descubrí una nueva oportunidad para leer que no tenía nada que ver con calificaciones o reportes de lectura.

A partir de ese momento y hasta la fecha, la LIJ y yo nos volvimos a reunir. No solo para poder disfrutar de ella al reconocer la importancia que tiene, sino que en momentos en que la realidad me ha sorprendido y no he sabido con exactitud identificar mis sentimientos, ha estado conmigo acompañándome. Una guía que me brinda la claridad que necesito en los momentos importantes, solo debía recordar que no siempre nos llevamos mal.

Disfrutaba de mi reencuentro con la literatura y a la llegada de mi primer sueldo como docente, fui a las librerías cercanas a Miguel Ángel de Quevedo a buscar algún nuevo libro. Para empezar, entré a la librería Gandhi, compré *Mi negro pasado* de Laura Esquivel, *Mujeres de ojos grandes* de Ángeles Mastretta y *Cartas a Chepita* de Jaime Sabines. Salí feliz y deseosa de llegar a casa para empezar a leer, sin embargo, al pasar por el Fondo de Cultura Económica reconocí entre las repisas un libro que un maestro en la Normal nos había presentado; *Ramón Preocupón* de Anthony Brown. Que trata sobre Ramón, un pequeño que suele preocuparse por muchas cosas, hasta que un día su abuela le sugiere un remedio hermoso y eficaz, hacer muñecos quitapesares para que se preocupen en su lugar y así él pueda descansar.

Recuerdo su lectura tan bonita, relajante y significativa, así como la actividad de hacer nuestros muñecos quitapesares que en ese momento me fue tan importante. Al ser el último año de la carrera, mi mente tenía más preocupaciones de las acostumbradas, por lo que, al hacer a Rosi mi querida muñeca quitapesar, le pedí que se preocupara por mis

prácticas y el lidiar con la maestra titular a quien parecía que yo no le agradaba nada. Igual que Ramón preocupón, dormí como un lirón lo que resto del tiempo de prácticas.

Miré el libro y dudé pues a pesar de lo mucho que disfrutaba leer nunca me había preguntado si al ser un adulto podría gustarme la literatura infantil, en ese momento pensaba que en todo caso sería la literatura escrita para adultos a quien yo debería permanecer cercana. Fueron entonces mis alumnos el pretexto perfecto para comprarlo y no solo ese, muchos otros que en el camino encontré; *¡Más te vale Mastodonte!* de Micaela Chirif, *El peinado de la tía Chofi* de Gloria Calderas Lim y Vivian Mansour Manzur, *El niño con bigote* de Estebán Cabezas, *El misterioso caso del oso* de Oliver Jeffers, *La peor señora del mundo* de Francisco Hinojosa, *El libro de los cerdos* de Anthony Brown, entre otros.

Aún sin saber lo que era un libro álbum y la diferencia con un libro ilustrado los compré, pensaba que era para mi trabajo, para favorecer la comprensión lectora. Concepto que ahora entiendo mejor y que en ese entonces desconocía casi por completo, solo que no sabía que no lo comprendía.

Ahora sé que, en un libro ilustrado, según Shulevitz (2005) “[...] El énfasis está en la anécdota. La anécdota se narra con palabras y puede ser perfectamente entendida sin las ilustraciones” (p. 8). Como lo es *La peor señora del mundo* de Francisco Hinojosa. En lo que respecta a un libro álbum según Shulevitz (2005) “[...] Tanto las palabras como las imágenes son leídas. Y, naturalmente este enfoque conlleva a usar menos palabras, o a uno usarlas del todo”. (p.9). Como lo es el *Misterioso caso del oso* de Oliver Jeffers.

—A un adulto no le pueden gustar los libros para niños, los compré para mis alumnos — Me repetía mientras los leía y secretamente disfrutaba en casa.

El lunes siguiente llegué a la escuela, cargué los libros nuevos muy emocionada de presentarlos a mis alumnos. Los guardé en el estante a modo de escondite, cuando los niños se quisieron acercar a verlos.

Es importante mencionar que, para mis primeros años como docente por allá del 2016, no estaba en mis planes estudiar una maestría, no sabía que era la MEB ni mucho menos ASCL. Estaba sumamente nerviosa por no ser la maestra nueva sin *control de grupo*. Deseaba ser la docente que mis compañeros y autoridades esperaban, aquella que mantiene un aparente orden en el grupo, en donde los niños no gritan, hablan o piensan la mayoría de las veces. Por lo que les pido que cuando lean lo que estoy a punto de escribir, consideres que era una docente muy diferente a la que te escribe el día de hoy; porque finalmente “Somos lo que hacemos para cambiar lo que somos” (Galeano 2016, p. 67).

Inmediatamente cuando se acercaron, les pedí a todos que se fueran a su lugar pues no tenía ninguna serie de preguntas o actividad establecida para trabajar ninguno de los textos nuevos. Porque los libros si están en la escuela deben servir solo para lo académico. ¿Cierto? Sí, así como se lee, pensaba que los libros solo servían para eso, para responder preguntas o hacer alguna actividad escolar, instrumentalizando la literatura, al dirigirme contra corriente de propia naturaleza de la LIJ, pues ella “Rechaza tajantemente que las obras calificadas como infantiles deban servir para instruir, educar o moralizar. Ni tampoco que deban funcionar para mejorar el aprendizaje de la lectoescritura” (Cervera, 1989, p. 162) No lo hacía porque considerara que era lo mejor, sino porque no sabía cómo podía hacerlo diferente.

Además de lo anterior, llegué a utilizar la lectura como castigo, pues uno de esos días en donde los niños no siguieron las reglas del juego que realizamos, además de la llamada de atención, me pareció buena idea utilizar la lectura de su libro de español como castigo en lugar de seguir jugando.

—¡A ver! Todos se sientan y sacan su libro de español para leer. — Dije con una voz fuerte a los niños.

—¡Aaaaah noo! Maestra no queremos leer. — Respondieron los niños casi a coro.

—Pues eso les pasa por no seguir las reglas, ahora vamos a leer. — Dije como sentencia final.

Por razones que ahora puedo comprender, aunque antes no del todo, los niños se mostraron muy desanimados para leer pues no solo detuve el juego y lo había reemplazado por leer que en cuestión de movimiento corporal son actividades muy diferentes, sino que mis expresiones y palabras les hacía sentir como un castigo que les impedía por completo disfrutar la lectura.

Algo dentro de mí, seguramente Lau en época escolar, sabía que eso que hacía no estaba bien y quizá por ello no me sentía del todo cómoda con lo que sucedía. Quisiera decir que esas dos veces fueron las únicas en que escolaricé los textos, que propuse la lectura como un castigo, que impedí a mis alumnos y a mí de disfrutar la literatura infantil, que borré de nuestras posibilidades la lectura por gusto y no para responder preguntas o llenar reportes, pero lamentablemente, no.

Había comprado libros increíbles, de gran potencial literario que pudieron haberme ayudado a diseñar tantos proyectos, cómo a mis alumnos y a mí se nos hubiesen ocurrido, pero no fue así. Trabajé con ellos de la única forma en que sabía hacerlo entonces; leyéndolo a los niños para responder algunas absurdas preguntas e intentar saber qué tanto recordaban o si entendían con exactitud lo mismo que yo comprendía. Sin darle la importancia que tiene a la lectura de imágenes y mucho menos a la parte estética del lenguaje, en donde los alumnos pudieran, desde su experiencia, acercarse cada vez más al significado de los textos. Una perspectiva amorosa donde la cultura escrita sea una gran posibilidad para explorar y comprender el mundo, un aula en donde se lea solo porque sí, por el gusto de compartir.

¡ALTO! Antes de condecorarme como la peor maestra del mundo, que acepto en algún momento pudo haber sido justificada la nominación, avancemos un poco en el tiempo, digamos el año 2021 cuando ingresé a la MEB. Uno de mis principales alicientes para estudiar la MEB fue no volver a diseñar propuestas de trabajo desde el conformismo, la comodidad o la ignorancia. Ahora puedo ver y reconocer con un poco de tristeza que es cierto, el sistema me había absorbido y la comodidad me cobijó. Sé que está en mí, la oportunidad de revalorar y analizar mi práctica para poder actuar en consecuencia.

Deseaba ampliar mis conocimientos, conocer formas diferentes de trabajar en el aula y recordar permanentemente que no deseo que mis alumnos tengan que acercarse a la literatura de una forma tormentosa, aburrida o complicada como fue para mí en algún momento. Que uno de mis principales objetivos ahora, es que la cercanía que tengan a ella al trabajar conmigo sea desde la diversión, el trabajo en comunidad y el amor por descubrir el mundo a través de las palabras y las imágenes.

Aprendí al estudiar y cobijada por la ASCL que la literatura es el espejo por el cual los seres humanos podemos mirarnos, que, al generar una significación en nuestra vida, pasa por el corazón y podemos a su vez mirarnos en los otros. Que, “Lo más importante de la LIJ es que no tiene como objetivo instruir, sino de volverse experiencias para el pensamiento, para que el lector se apropie y construya significados” (Velázquez, 2019, p.9).

También entendí que al realizar el encuentro con el escritor y su texto, resulta casi imposible que todos podamos comprender lo mismo, que nuestra experiencia al interactuar con la cultura escrita y nuestro contexto son tan diversos como nuestros pensamientos. No puedo exigir a mis alumnos que comprendan lo mismo y que esa interpretación debe estar acompañada de una orientación o guía de otros usuarios de la lengua.

Pero sobre todos los aprendizajes que he tenido en este tiempo, aprendí que la literatura es para quien desee leerla. Que pueden existir diferentes formas de abordar muchos temas y que todos ellos dependen de nuestra experiencia, pero que aún adulta, puedo disfrutar de los libros álbum y la LIJ en general. El que pueda disfrutarlos como parte importante de mi vida, me ayudó a transmitir esa pasión en el aula y con la comunidad.

#### **1.4 Uno, dos, tres... por la docente que quería desaparecer**

Antes de continuar con el análisis de la experiencia que tuve con los proyectos comunitarios, es importante detenerme un momento a reflexionar sobre la vocación que se le atribuye a los maestros y de todas las vicisitudes a las que nos enfrentamos. Pues estoy convencida que parte de mi deconstrucción docente, ha consistido en renovar mi pensamiento en torno a la equivocada idea de que un maestro tiene la obligación de hacer y poder contra toda dificultad, injusticia o desigualdad, en nombre de su vocación.

Que, en nombre de nuestro trabajo y gusto por cumplirlo, tenemos que trabajar en solitario si es preciso. Perder el derecho a cansarnos, enojarnos y mucho menos a pedir ayuda pues ello de alguna manera resta al reconocimiento social; destruye la imagen de seres super poderosos que aún con conocimiento de lo imposible que es mantener esa equivocada imagen, muchos docentes nos esforzamos por cumplir.

La vocación inquebrantable, resistente a todos los obstáculos de la que muchas veces escuché hablar a los docentes con más años de servicio que yo, no siempre ha estado conmigo. Han existido situaciones que me han hecho replantear mi deseo de pertenecer al magisterio más de una vez, que duramente han mirado mis ojos y he tenido que enfrentar el deseo de desaparecer.

Entiendo que esta sensación seguramente no solo la he padecido yo, pienso en que los docentes padecieron todo un sexenio de ataques, burlas, insultos, demandas, inestabilidad laboral y sobre todo la cruel ruptura de la relación sociedad-magisterio con los planteamientos de la Reforma educativa - laboral promulgada en el año 2013. Donde parecía que docentes y padres de familia se hubieran declarado enemigos mortales, cada uno desde su postura y argumentos no se percataban que en realidad eran muy similares; el bienestar de los niños.

Pase toda mi educación Normal y mis primeros años de servicio inmersa en lo que parecía ser una guerra muy bien planeada, donde los orquestadores se quedaban expectantes, mientras disfrutaban de como la sociedad se dividía cada vez más y dejaba

de prestar su atención a otros asuntos que también requerían el reflector crítico que los docentes tenían encima.

Nunca olvidaré el 23 de junio del 2018, fecha cuando me enfrenté a la evaluación de permanencia; un examen que determinaría si tenía los conocimientos teóricos necesarios para quedarme en el servicio por cuatro años más. Me levanté a las 6:00 am, entre un descanso claramente interrumpido y muchos nervios. Tomé mi cepillo de dientes y mientras hacia el clásico ritual matutino, pude ver mis ojeras claramente marcadas por los días de trabajo y estudio. El examen que presentaría en un par de horas para asegurar la permanencia de mi trabajo recién conseguido, parecía asecharme a cada segundo, susurraba en mi oído:

— Ten cuidado, una respuesta mal contestada y te vas.

Me puse la ropa más cómoda que encontré y en compañía de To, fui hasta la sede donde pondría a prueba la última fase de mi esfuerzo continuo de demostrar a la SEP que era capaz de hacer el trabajo para el que había estudiado cuatro años.

Entré al examen con nervios, pero dispuesta a defender mi trabajo y mis conocimientos a como diera lugar. Inició el examen con la primera advertencia

— Maestros, tengan cuidado con el enchufe que está en sus pies. Si se estiran mucho pueden desconectar su computadora y se reinicia el programa. No se guardará nada y van a tener que empezar de nuevo todo.

— ¡Genial! Cuatro horas sentada y ni siquiera podré estirar mis piernas—  
pensé.

Fue en ese momento que comprendí que la vocación inquebrantable de la que muchos docentes hablaban, no estaba en ese momento conmigo. Pensé cruelmente en abandonar la docencia, salirme del aula sin dar ninguna explicación y buscar otro empleo en la que la estabilidad laboral no estuviera constantemente en juego.

Comenzamos la evaluación entre respiraciones nerviosas, miradas penetrantes y acusadoras de nuestros vigías entre un calor abrazador por tener a 45 personas en un aula pequeña sin ventilación. Terminé el examen con media hora de sobra, revisé que todo estuviera contestado, lo encomendé a mi santo más efectivo y guardé la evaluación.

Salí del examen muy nerviosa, aún recuerdo como mis manos temblaban cuando abordé el transporte hacía casa, pensaba que, si eso significaba ser docente, entonces no lo quería. Pasé días sin conciliar adecuadamente el sueño, repasaba en mi mente las opciones que tenía si me quedara sin trabajo, sabía que encontraría alguna solución, pero esas noches no pude verla. Un año más tarde, según los resultados fui idónea. Un puntaje que pudo darme un incremento de sueldo, pero como mi evaluación no era de promoción sino de permanencia, no conseguí el aumento, solo logré no pertenecer a las filas del desempleo por cuatro años más.

Respiré después de mucho tiempo al ver mi resultado en la computadora, lo imprimí y al día siguiente sin falta, estaba entregándolo en la dirección de mi escuela para archivarlo. Mientras caminaba a casa al salir de la escuela y con mis pensamientos más tranquilos por los resultados obtenidos, me pregunté si el haber dudado sobre estar en el lugar correcto me hacía una mala docente, que quizá mis alumnos merecían una docente que enfrentara todo obstáculo para poder trabajar con ellos, alguien más valiente, más fuerte que no tuviera miedos o pensara en abandonar su empleo. La culpa tomó el control por un momento y empecé a dudar de mi vocación, quizá no quería ser maestra, *¿Me había equivocado al elegir mi carrera de vida?*

La docencia es una carrera que, como cualquier otra, está llena de obstáculos, de dificultades, momentos de grandes alegrías y profundas decepciones. De observar con gran felicidad los avances de un alumno y por otro lado la incertidumbre constante de una queja o demanda. No es actualmente un empleo cómodo, para permanecer inmóvil 30 años mientras se espera el día del retiro o uno donde pueda convertirse en millonario. Es un trabajo lleno de retos y situaciones complicadas, que permanece bajo el duro juicio de la opinión pública, pero, sobre todo, la complicada relación entre los padres de familia y los docentes.

Tardé un poco en comprender y fue a partir del trabajo con la ASCL, que *tener vocación* no es nunca tener miedo o dudas sobre lo que se hace, se trata de enfrentar aún con miedo e inseguridades todas aquellas dificultades que trae consigo ejercer la profesión,

buscar por diversos medios mejorar las condiciones en las que trabajo y cada día hacer mi mejor esfuerzo. Saber, que habrán días maravillosos donde pueda dar el cien por ciento de mi esfuerzo y dedicación, pero también reconocer que aunque habrá otros que no serán así, siempre tendré la oportunidad de mejorar. Que no tengo porque saber o resolver todo a cada momento, que soy humana y tengo derecho a bajar los brazos para pedir ayuda, que tengo la oportunidad de confiar en mis alumnos, sus padres, mis compañeros y autoridades para trabajar en comunidad.

Reflexionar sobre si estoy donde deseo estar a través del EBN es lo que me ha permitido iniciar el cambio, transformar mi docencia a partir de la búsqueda de un nuevo paradigma como lo fue el momento en el que decidí ingresar y permanecer en la MEB, pero, sobre todo el trabajar con la ASCL. He aprendido a comprender que soy un ser humano integral, compuesto de muchos contextos, emociones y vivencias que han influido en cómo llevo docencia al aula, concuerdo con Bolívar, Domingo y Fernández (2001) cuando afirman que “Estos acontecimientos determinarán la trayectoria de la propia vida y se construirán en los ejes sobre los que giren los relatos” (p. 173).

Decidir que la docente que era, ya no estaba en un periodo funcional y necesitaba un cambio, inició con dudas, con miedos, en donde consideraba la posibilidad de abandonar mi carrera, pues de otro modo, el mantenerme segura o sin dudas nunca me habría llevado a buscar otro camino. Fue la incomodidad la que me hizo mover, pues históricamente en la comodidad, nunca ha sucedido nada que valga la pena contar.

El amor incondicional a la docencia del que muchas personas hablan queda perfecto en las películas motivacionales, pero aquí en la realidad donde hacemos que las cosas sucedan, donde se ejerce; hay dudas. Tengo ahora la certeza que “El compartir historias comunes crea una comunidad de interpretación” (Bruner, 2013, p. 45). De modo que si cualquiera de mis colegas docentes, en algún momento llegan a dudar de su vocación, espero que, al leer este escrito, tengan por seguro que no están solos, que tienen derecho a replantear su vocación y buscar si lo desean, una metodología que dirija su docencia a un espacio más cálido y amoroso como lo ha sido para mí llegar a la ASCL.

Recuerdo que, en una clase con la Doctora Angélica, nos dijo algo que llevo guardado desde entonces en mi corazón: *Sorprendan a sus alumnos, lleven al aula algo que les haga volver con ganas de más.* Así que hoy me encuentro aquí, desempolvando mis conocimientos, modificándolos y ampliándolos para hacer de mi práctica algo mejor que el día anterior. Trato día a día, lección a lección, de modificar quién era para ser la mejor versión de mí, una firme promesa y afirmación a mis palabras es el actuar que sigue al dicho, las intenciones que se convierte en proyectos, en realidades.

Es por lo anterior, que en el siguiente capítulo presento la intervención que realicé junto con mis alumnos, en donde exploramos los proyectos comunitarios, los procesos de lectura y el acercamiento a la LIJ desde una mirada amorosa, de disfrute, pero, sobre todo, en donde el trabajo en comunidad fortalece los lazos humanos.

## **CAPÍTULO 2**

### **CUANDO ATERRIZAMOS LAS TEORÍAS**

Toda mi vida escolar e incluso algunos años en el ámbito laboral, pensé que la educación era un frío, aburrido e impersonal espacio donde tenía que estar para poder aspirar en el futuro, a una *vida mejor* sin saber exactamente a lo que eso se refería. Cosas pasaban a mi alrededor sin que nada de lo que ocurría me fuera importante, significativo o cercano, mientras crecí, pensaba que la escuela debía ser así, hasta el momento que ingrese a la MEB y pude vivir a través de la ASCL una educación cálida, divertida y cercana.

Supe en ese momento que una mejor vida no llegaría si transitaba un camino estéril, carente de sentido o emoción, a la espera de una recompensa que quizá no llegaría nunca, sino que esa vida anhelada estaría ante mí cuando cambiara la perspectiva con la cual acerqué a mis estudiantes a la educación. No estoy en la escuela a la espera de una mejor vida, estoy aquí para que ello, suceda en nuestro presente.

Una forma de trabajo que le regrese la voz e iniciativa a la comunidad escolar y que fomente el trabajo colaborativo, requiere una metodología de investigación que, en consecuencia, sea humana, amorosa, que valore por encima de los números o estadísticas la voz, que escuche pacientemente lo sucedido para su análisis y posterior transformación.

Es importante que seamos los docentes, quienes hagamos que las teorías sucedan y trasciendan en la vida junto con nuestra comunidad, y esto es posible a partir de que contemos y analicemos nuestra historia, “Como un método de “dar voz” a los profesores y profesoras sobre sus preocupaciones y sus vidas que -normalmente- ha sido silenciada en la investigación educativa” (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001, p. 55)

En la medida que los docentes reclamemos el derecho a ser escuchados y nuestra voz trascienda las aulas, será cómo podremos brindar a nuestros alumnos y comunidad un espacio para que nuestras voces recuperen en la educación, la importancia que siempre han tenido y que en ocasiones se han visto eclipsadas por teorías o investigadores que

ajenos de la realidad práctica de la educación básica, brindan una limitada visión que focaliza la atención en cómo se *debería* de trabajar sin considerar todas aquellas dificultades de las que solo sabemos quiénes estamos inmersos en las escuelas y que enfrentamos día con día.

Es por eso que estoy de acuerdo con Correa y Jiménez (2021) cuando afirman que “El enfoque biográfico-narrativo como metodología de investigación permite el análisis de la realidad por medio del lenguaje, ya que este enfoque da pauta para escuchar directamente las voces de las personas implicadas en los fenómenos educativos” (p. 99). Medio por el cual, me aproximaré de una forma cálida y cercana a la realidad que vivo en mi aula, con la intención de recuperar a través de la vida que me condujo a la docencia y al ejercerla, una perspectiva cálida de lo que sucede en la educación.

Será a través de la escritura compasiva, cálida y amorosa de mi autobiografía como recupere los puntos medulares, el preámbulo de mi transformación, antes, durante y después de estudiar en la MEB, en donde como mencionan Bolívar, Domingo y Fernández (2001) “El sujeto define el mundo, su acción con respecto a él y el modo como se conoce” (p. 33). No se trata entonces de un diario o simplemente plasmar mis vivencias, sino de que a través del análisis de la realidad como la vivo, pueda reflejar la perspectiva cualitativa de la educación, el lado humano y sensible que tiene grandes resultados que aportar.

Emplear el EBN implica dejar de lado la impersonal, rígida y solitaria perspectiva cuantitativa que la educación básica ha empleado durante décadas para millones de estudiantes y docentes sin que haya un análisis que valore el aspecto cualitativo con la misma relevancia. Se trata entonces de adentrarse a lo desconocido, pausar por un momento lo que siempre he hecho ya que, aunque las evidencias señalan lo poco real que puede ser su visión, es un lugar cómodo.

Los informes, planes de clase y estadísticas reflejan una parte fragmentada y silenciosa de lo que sucede en el aula, hablar desde la mirada de muchos autores sin hacer propios

sus conceptos, aplicarlos en el aula o describir lo que han representado en mi vida, es como si tratamos de saber cómo vivió una persona al mirar únicamente su fotografía; resulta en una visión parcial y poco efectiva para el análisis.

Se trata entonces de visualizar los resultados de esa investigación con una perspectiva diferente en donde, “El resultado no es entonces, un frío informe objetivo y neutro, donde las voces (del/ os protagonista/ s investigador e investigado) parecen silenciadas, ni tampoco una mera transcripción de datos, consiste en haber dado sentido a los datos” (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001, p. 110). Así que parte de mi deconstrucción docente implica que pueda utilizar una metodología que mire con más amor, cercanía a los seres humanos cambiantes con quienes trabajo y recordar que lo pedagógico no está peleado con lo artístico de la escritura narrativa, al contrario, ambos se complementan y crecen; el arte nos transforma.

Será entonces a partir del EBN como nuestra aventura será contada, pues, aunque es mi voz la que se encuentra en primer plano, fue el medio para brindarle un espacio a todas aquellas que me han acompañado, con la intención de analizar nuestras acciones en donde, “Sacar a la luz el conocimiento vivido e implícito tiene un enorme poder para informar la práctica y – al compartirlo con otros- para transformarla” (Bolívar, Domingo y Fernández (2001, p.221). El análisis que presento a continuación es el precursor de una transformación en mi docencia y a partir de él, generar un cambio en el pensamiento de mis alumnos y de aquellos con quienes compartimos en la comunidad escolar.

Escribir narrativa es una oportunidad de regalar a todos aquellos que, con su lectura hagan vivir y crecer esta investigación, una parte de mi vida y alma. Pues al escribirla, “Hablamos de una escritura que en principio sea accesible al lector, y de un escritor preocupado por sus posibles lectores” (Correa y Jiménez, 2021, p.107). Al visualizarlos sé que, con cada palabra, experiencia y detalle de mi vida, permanezco al frente expuesta, humana e imperfecta pero justamente de eso se trata, de presentarme ante ustedes no como la mujer perfecta, que ejerce su docencia sin errores, miedos o nunca

sintiéndose vulnerable. Por el contrario, al narrar mi vida tal como es, crezco como mujer, docente y escritora.

Sabiéndome conocedora de todos mis defectos, errores y miedos pero que al presentarlos ante ustedes en este análisis de mi vida, crezco, los venzo y mejoro; un error, un miedo y un defecto a la vez. Pretendo entonces que más lectores puedan quizá, encontrar en mis palabras un refugio a la imperfección, cuando el ser perfecto se nos exige como requisito intrínseco al decidir ejercer la docencia y que se condena cuando no se cumple.

Al presentar esta investigación cualitativa, pretendo reflejar una parte de realidad de las escuelas públicas y de esa forma, pueda quizá, algún colega sentirse tranquilo al identificarse con lo que escribo, “Pues lo que intentamos corroborar no es simplemente quiénes y qué somos, sino quiénes y qué podríamos haber sido” (Bruner, 2012, p. 31) así como quienes podríamos llegar a ser. Tengo la certeza de que el cambio educativo que la sociedad en general espera, puede ocurrir en cada aula, con cada docente.

En la búsqueda de esa nueva forma de trabajo, donde se valore la voz y participación de las personas que damos vida a los proyectos, recurrimos a la ASC que implica un cambio en el paradigma tradicional educativo. Una metodología que da vida, que motiva la participación activa de cada persona que se ve inmersa en el proceso, en donde como equipo, nos protegemos, apoyamos y valoramos.

Estoy de acuerdo con Velázquez (2019) cuando afirma que “Contar con la protección de la manada, es importante para la supervivencia” (p. 66) pues se busca fortalecer las relaciones humanas, la solidaridad, el respeto y que esa forma de organizarse pueda llevar a la transformación del individuo y paulatinamente de la sociedad, a partir del trabajo en comunidad.

Una forma de trabajo en donde se aprende juntos, en la que se es un equipo, se colabora y se desarrolla cada miembro, según sus necesidades, intereses y ritmos personales,

pero que es importante cuidar que “La metodología no debe dar pie a un metodismo exacerbado; entonces se volvería en contra, y lo que en un primer momento pudo servir como guía de acción, más adelante puede ser una carcasa que lastre el recorrido emprendido” (Colectivo por una Educación Intercultural, 2010, p.20). Se trata entonces, de respetar la vida que la metodología propone, permitir la fluidez y permeabilidad del trabajo humano en todos los ámbitos, lo que incluye por su puesto, aprender a utilizar el lenguaje.

Acceder al lenguaje ha representado para la humanidad un acto evolutivo y tecnológico de grandes cambios, cognitivos y sociales que han trascendido el tiempo y espacio desde hace “30,000 a 50,000 años atrás que el Homo Sapiens existe” (Ong, 2016, p.36). Hasta los días en que este escrito se vio nacer. Tales han sido los cambios y la constante necesidad del ser humano de continuar la exploración para aprender con, de y en él, que la humanidad ha buscado diversas formas de seguirnos arropando con su calidez social para comprenderlo mejor, lo que nos permitirá a su vez, entendernos mejor a nosotros mismos y de la misma forma las relaciones que mantenemos con los demás.

Surge entonces la ASCL como una perspectiva de vida, que se aproxima al lenguaje desde el trabajo en comunidad, donde cada uno de sus participantes le da vida a los proyectos que realizan, conociéndose entre sí y a ellos mismos, a través de las vivencias compartidas al trabajar juntos. En la cual, puedan sentirse y saberse en una comunidad que comparte no solo un espacio, sino un solo objetivo y deseo de transformar la realidad en donde se encuentren. Cada uno desde sus necesidades e intereses que pudieran o no ser iguales, en la cual se desarrollan diferentes habilidades lingüísticas y en diversos momentos, pero sobre todo en donde se reconoce que es un espacio para ser uno mismo, en compañía.

Trascender al romper el paradigma del ser individual, ocupado exclusivamente por él y sus necesidades; un ser gris. Para transformarse en aquel que piensa, siente y actúa en y para la comunidad a través del lenguaje. Tenemos entonces la oportunidad de generar autonomía en cada uno de los miembros, al visualizar que uno de los objetivos sea que

la ejerzan y puedan a su vez, encontrar el camino al que su corazón, deseos y pensamientos deseen dirigirse.

Al ser el lenguaje, una acción social que los seres humanos hemos desarrollado para comunicarnos y permanecer cercanos a los otros aún en la distancia o soledad, como menciona Juárez (2021)

En ese sentido la animación de la lengua siempre es sociocultural, pero la conciencia de que el lenguaje no es un asunto biológico y automático, sino una construcción sociocultural, nos lleva por diseños y prácticas educativas comprometidas con el trabajo colaborativo y las interacciones ricas y con resonancias afectivas de respeto y apreciación de la persona ajena (p. 64).

A esta docente le resulta muy evidente ahora, que el camino para aproximarse y aproximar a su comunidad al lenguaje, sea el amoroso y permeable que propone la ASCL. Tal como menciona Bautista (2020) en su tesis autobiográfica “La transformación de una animadora se encuentra incrustada en el alma, en el génesis de lo que impulsa a leer, escribir y dialogar desde una mirada cercana, que nace con la interacción entre alumnos, docentes y comunidad” (p. 98). Por lo que asumo cada vez con mayor claridad, mi responsabilidad como animadora sociocultural de la lengua, al impulsar a mi comunidad a generar en conjunto una transformación permanente en la forma en cómo socializamos, aprendemos y abordamos el lenguaje.

Hacer que la información aquí presentada vaya acompañada de un análisis sobre lo vivido sea “Una oportunidad para dar sentido a la vida y producir una identidad” (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001, p.159). Al valorar en todo momento las aportaciones de cada miembro, proponer nuevas ideas y disfrutar del proceso en comunidad.

Es así que el proyecto que presento a continuación fue realizado bajo el enfoque de la ASCL misma que ya expliqué, algunos elementos de la metodología de PpP y la perspectiva de proyectos comunitarios. Donde el eje principal es que a partir del interés natural de los niños en realizar determinadas actividades para ayudar o mejorar la comunidad a la que pertenecen, vinculado con los contenidos de grado a abordar y al

promover el uso real del lenguaje, se realice un proyecto que responda a las anteriores necesidades, para fortalecer en todo momento la vinculación escuela – comunidad.

Se trata entonces “De una estrategia permanente de formación, destinada a permitir a los niños a tomar poco a poco las riendas de su vida escolar y aprendizajes” (Jolibert y Sraiki, 2011, p. 30). Una metodología armoniosa en la que se pretende que los estudiantes desarrollen saberes y competencias de una forma constructivista, humanista y funcional. En la que la comunidad se vio involucrada no solo como espectadora de lo que pasaba en la escuela, sino que participó activamente, al proponer y desarrollar el proyecto junto con nosotros de tal forma que ASCL y PpP se funden y permiten hacer partícipe a la comunidad.

Bajo esta perspectiva todo proyecto inicia mediante la *pregunta detonadora*, que consiste en realizar un diálogo con el grupo, de modo que, mediante sus respuestas naturales, el docente pueda conocer los intereses reales de sus alumnos con respecto a lo que comprenden por comunidad para entonces seguir en las acciones que podríamos hacer para continuar con el desarrollo del proyecto. Cuestionando *¿Qué les gustaría hacer por su comunidad?* dio inicio nuestra aventura en pro de mejorar nuestra realidad, se trata de una intervención socioeducativa, entendida desde la mirada de Úcar (2022) como

Una acción profesional desarrollada por educadores sociales, en el marco de una situación o una problemática sociocultural, con la intención de generar escenarios que ayuden a las personas, grupos o comunidades participantes a empoderarse; esto es, a dotarse de los aprendizajes y recursos necesarios para mejorar su situación en el mundo (p. 3).

Que nos ayudara a organizar acciones reales a partir de detectar una problemática real del contexto en donde mis alumnos, sus padres, vecinos, familiares, amigos y yo, vivimos. Que no solo quede en palabras bonitas o buenos deseos, sino en realidades que, pensadas y desarrolladas en conjunto, tengan la posibilidad de atender de manera oportuna situaciones que aquejan nuestro contexto.

Uno de mis objetivos personales al promover en el aula de clases este tipo de trabajo, era que todos los miembros de la comunidad reconocieran, que la escuela no solo es el espacio en donde los contenidos académicos toman lugar, lejanos de la realidad inmediata sino un espacio para crecer en conjunto, proponer mejoras en los espacios que habitamos, organizarnos, desarrollar un pensamiento crítico y porque no, cambiar el mundo juntos. Así me aventuré a transitar de una forma distinta por este, ya conocido camino.

## **2.1 El camino de buganvillas**

Desde muy pequeña aprendí a decir *vivo en Tlalpan*. Los 27 años de mi existencia, he radicado en esa Alcaldía, llena de contrastes y de olores. Sin embargo, fui una habitante esporádica, pues pasaba más tiempo en los distintos espacios donde laboraba mi mamá. Recuerdo que todos los días al correr por sus calles, deseaba no tener que hacerlo; poder caminar despacio y admirar poco a poco esos lugares que tanto llamaban mi atención.

Siempre he creído que el centro de Tlalpan es un lugar maravilloso, en especial cuando percibí por primera vez el olor del pequeño local de café *La selva*, el cual llena la explanada e invade los sentidos, a pesar de estar tan cerca, fue hasta los diez años que Lau visitaba ese lugar y se quedaba con grandes deseos de no tener que correr hacia el trabajo de mamá.

Las fechas especiales como el 15 de septiembre, Navidad o Año nuevo, mi familia y yo bajábamos a ver algunos espectáculos en la plaza central de la entonces Delegación, tomar una nieve de limón, comer unas deliciosas papas a la francesa con mucha salsa o tomar un chocolate caliente en algunas de las cafeterías de tan hermoso lugar; por lo cual, los momentos importantes se convertían en doblemente memorables.

El centro de Tlalpan siempre tuvo para mí un especial significado, el de estar cerca de casa, de mi familia, compartir tiempo con ellos, jugar, comer, divertirme, estar segura. Por lo que al momento de decidir dónde quería ejercer mi profesión, no tuve grandes dudas y fue justo ahí, donde decidí empezar mi vida laboral.

Cuando la oportunidad de trabajar en las calles de tan maravilloso lugar se presentó ante mí como un regalo al culminar mis estudios en la BENM. El examen que determinaría si sería aceptada en la SEP, lo acredité con un puntaje suficientemente satisfactorio como para poder escoger el lugar donde iniciaría mi vida laboral. Así el Centro de Tlalpan se convirtió en mi lugar cotidiano a partir de ese momento.

Ir o regresar de trabajar siempre es una experiencia increíble. Desde las campanadas de la iglesia de San Agustín que suenan exactamente a las 7:30 am para anunciar la próxima misa, el olor a pan recién horneado que sale de la famosa panadería *La montañesa* y las maravillosas exposiciones que cada mes se ponen en la explanada, hacen que toda la comunidad disfrutemos el tiempo antes o después del horario escolar comprar, admirar, caminar y por supuesto sonreímos al encontrarnos, al saber que compartimos algo más que solo el espacio escolar.

La casa de cultura *Casa Frissac* se encuentra a dos cuadras de nuestra escuela, así como la biblioteca Central de Tlalpan y la librería del Fondo de Cultura Económica. Lugares que varias ocasiones visitábamos antes de la pandemia de forma regular y a la que alumnos, padres y maestros íbamos gustosos.

Una cuadra a la izquierda de la plaza central, al dar vuelta podrás encontrar la hermosa buganvilia que deja un sendero de bellas flores, como quien anuncia el camino hacía un tesoro; se encuentra la escuela primaria Vidal Alcocer. Quien comparte la calle con 2 primarias más, Niño Artillero Mendoza e Ignacio Rodríguez Galván, nuestras escuelas vecinas quienes, en conjunto con el preescolar República de Argentina, llenan de vida las calles del Centro de Tlalpan.

La Vidal, como todos quienes trabajamos ahí la conocemos, es una escuela espacialmente pequeña que se encuentra rodeadas de bellas buganvillas de todos colores, que adornan las calles aledañas y caen cerca de la entrada. Aloja no menos de 450 estudiantes en sus 15 grupos de primero a sexto. Cada uno tiene entre 30 a 32

increíbles personas deseosas de aprender, jugar y convivir con sus compañeros y maestros.

Los docentes son en su mayoría experimentados, de muchos años de trayectoria en la profesión. Cuando llegué a la escuela fui recibida con solidaridad y compañerismo de todos los docentes, que hasta ese momento se encontraban. El ambiente que los docentes hacemos en el plantel es generalmente tranquilo, aunque individualista. La mayoría trabaja de forma aislada, cada uno en su salón con sus alumnos sin intervenir de ninguna forma con los demás, los alumnos de la escuela no se conocen entre sí, muchas veces ni los compañeros del mismo grupo pueden reconocerse.

La relación con los padres de familia, generalmente es complicada. La falta de comunicación, asumir las obligaciones de otros, así como la irresponsabilidad que impera en la sociedad en general, hace que el trabajo pedagógico se dificulte. Por lo general, los docentes trabajan de una forma totalmente ajena a los padres. Se les informa de los avances o retrocesos en el proceso de aprendizaje de sus hijos, se les pide apoyo con material o tareas en casa, pero nada más. No se les invita a participar en las actividades de la escuela por el comprensible temor a hacer algo que no les agrada y ello, conlleve alguna sanción administrativa. Se tiene la creencia de que mantenerlos ajenos a lo académico es lo mejor para evitar problemas.

Es por ello que, a partir de observar las condiciones de la escuela y sentir que la docente que era ya no era funcional para mí, decidí que transformar mi pensamiento, sentir y docencia, era más necesario que nunca en este camino de buganvilias en donde se dio mi transformación.

Al Ingresar a la MEB, comencé entonces a realizar cosas diferentes, a probar nuevas estrategias y poner en marcha proyectos con una forma de trabajo distinta, sin embargo, no solo la forma de trabajar fue diferente, el contexto al que nos enfrentamos en ese momento superaba todo lo que podíamos imaginar.

La dinámica de trabajo que realizamos durante décadas, se modificó abruptamente ya que una enfermedad respiratoria y sumamente contagiosa, había llegado a nuestro país; COVID-19. Durante el ciclo escolar 2020 – 2021, la escuela se mudó a casa, las clases se convirtieron en videollamadas y en múltiples actividades que los alumnos debían de cumplir, limitando completamente la cercanía física.

Inicié el trabajo con el grupo 3°A<sup>1</sup>, durante el ciclo escolar 2021 – 2022, en el cuál las escuelas públicas retomaríamos parcialmente, después de más de un año, las clases presenciales. A decisión de los padres, los alumnos asistían a la escuela o permanecían en casa realizando las actividades que teníamos que enviar, situación que limitaba aún más la interacción y que los alumnos se reconocieran como parte de un grupo al estar divididos en dos formas de trabajo distintas.

Los alumnos acudían a la escuela intermitentemente, con la creencia de que hacer actividades mecánicas como lo hacían durante el confinamiento por COVID-19 sería suficiente para acreditar. Es por ello que consolidar una forma de trabajo colaborativo, respeto de acuerdos y trabajar en comunidad, resultó en una labor sumamente difícil para todos. En ocasiones sentía que avanzábamos un paso y retrocedíamos dos.

La primera tarea a abordar fue, conocernos. Saber quién era el compañero que estaba sentado cerca y descubrir entonces puntos en común que pudieran ayudarnos con el sentido de pertenencia en la escuela. Por lo cual, implementar la Técnica Freinet del Diario escolar fue la forma en cómo podríamos conocernos a través de la escritura. Alrededor de diez alumnos acudían a la escuela de forma presencial, así que los avances fueron pocos, pero significativos. Los alumnos empezaron a acercarse a platicar con los demás, leer sus diarios y encontrar los puntos en común que pudieran tener. Se mostraban más dispuestos a las actividades; la ASCL echando raíz de lazos de comunidad entre desconocidos.

---

<sup>1</sup> Los nombres de los alumnos se modificaron por seguridad de los menores.

La siguiente aventura a la que nos embarcamos, fue las estrategias innovadoras, en donde empleamos cuentos de ratones para realizarlas. Estrategias que en absoluto funcionaron como lo había planeado en un inicio; considero que no fue la disposición de los alumnos, sino mi inexperiencia para diseñar algo diferente a lo que las guías, libro de texto o planes y programas sugerían. Me encontraba tan sumergida en la forma de trabajo mecanizada, que el tratar de proponer algo diferente, movió todos mis esquemas, hizo que replanteara mi vocación, las ganas de continuar con la maestría y mi capacidad para llevar mejores cosas al aula.

Lloré de frustración cada día que intenté aplicar las estrategias y las cosas resultaban todo lo contrario a lo que había esperado. Cuando ni los niños ni yo teníamos claridad del objetivo, cuando la selección de cuentos no fue la mejor y las actividades parecían salidas de cualquier estandarizada guía. Reconozco ahora que ese momento fue mi punto de quiebre docente, el punto al que todo animador sociocultural de la lengua se enfrenta, en donde dejas de ser quien eras para convertirte en quien deseas ser; es la ASCL derrotando los viejos esquemas, dejándote sin piso ni certeza por un momento para mostrarte todas las maravillas que existen cuando te dejas de aferrar a aquello que ya no funciona.

Durante ese tiempo comprendí, que el crecimiento y el cambio puede doler, asustar e incluso incomodar, pero ahora a la distancia agradezco cada lagrima de frustración, cada error cometido y momento en el que sentí que había cometido una grave equivocación al pretender ser una animadora sociocultural de la lengua, pues todo ello me ayudó a convertirme en una docente más satisfecha con su profesión.

Me tomo el atrevimiento de pretender inspirar a otros colegas a intentarlo, que sepan de mi voz que cada vez que tropecé, pero seguí luchando, fue el camino correcto. Rodearme de docentes desde mi niñez, me hizo saber que todo docente que he llegado a admirar, inició no siendo más que un maestro de grupo preocupado, preguntándose muchas veces si lo está haciendo bien, así que ahora procuro tomarlo con calma; sin prisa, pero sin detenerme.

Ya por culminar el ciclo escolar 2021 - 2022, los proyectos llegaron a mi aula como un compañero leal y confiable; un proyecto de lengua de la mano con un repertorio muy amplio de literatura infantil. Ambos, fueron empleados para promover la oralidad en el aula, incentivar a los alumnos a expresarse, dar argumentos, escuchar a otros y saber, que en nuestro espacio siempre tendrían un lugar donde sus palabras tendrían valor. Realizamos como producto final una obra de títeres inventada por los alumnos; desde la historia, el guion, los títeres y la escenografía. Fue la primera vez que ellos participaban tan activamente en el trabajo y aunque fue complicado al inicio que se animaran a participar, poco a poco lo lograron; perdimos el miedo juntos.

Desde entonces, los libro álbum, cuentos clásicos y cualquier tipo de literatura infantil es un bien indispensable en el aula. Los alumnos ya reconocen sus textos favoritos e incluso, pidieron a sus padres que los compraran para su colección personal. Los leemos por lo general al finalizar la jornada, como un momento de relajación y disfrute o para fortalecer nuestro trabajo académico.

Cuando iniciamos el ciclo escolar 2022-2023, la PpP fue la protagonista que usamos para desarrollar nuestro primer proyecto y con ayuda de las clases por completo presenciales, los niños fueron quienes, con mi apoyo, decidieron qué era lo que deseaban realizar y cómo lo lograríamos. Se trató de un proyecto que tenía el objetivo principal de que los alumnos expresaran lo que deseaban hacer y a partir de su genuino interés pudiéramos vincular los aprendizajes esperados, así como favorecer su oralidad.

El proyecto y el uso la metodología fue un rotundo éxito gracias a todo el trabajo previo que habíamos realizado y a pesar de ser nuestro primer acercamiento. Logramos organizar un torneo de fútbol para varios grupos de la escuela, diseñar invitaciones, reglamentos, cartas de solicitud para que la directora nos autorizara el uso del patio, narrar los partidos, colaborar entre nosotros, con otros grupos y docentes. Que los padres apoyaran en la creación de playeras que los niños diseñaron, y por si fuera poco, ganar el torneo gracias al trabajo en equipo y a la gran comunicación que para entonces, existía en el grupo.

Fue entonces cuando comprendí, que los resultados exitosos, esos de los que los docentes estamos habidos de compartir en nuestras reuniones de CTE (Consejo Técnico Escolar) no llegan de la nada. Son el resultado de muchos días y noches de trabajo, estudio y dedicación, que vienen acompañados de profunda incertidumbre, dudas, miedo a realizar algo diferente y a estar expuesta a la opinión de los compañeros, autoridades y padres.

Comprendí que fallar al intentar, es solo la muestra de que algo está cambiando. Que los errores no son más que pasos que cada día me acercan más a esa docencia soñada desde que era una alumna más, aburrida en su salón, deseosa de estar en cualquier otro lado. El trabajo que realizamos previo a la siguiente intervención sobre proyectos comunitarios, fue lo que permitió que los proyectos cobraran vida y pudieran desarrollarse a pesar de las adversidades, esas que sabemos que siempre existirán y me es más necesario que nunca, reconocer que no todo tiene porque siempre salir bien.

Se trata del primer proyecto comunitario que realizamos juntos, ese que me ha representado más dificultades, que no tuvo los resultados esperados, pero no por ello deja de ser importante para mi propio proceso de aprendizaje. Pues fue gracias a ese trabajo que por fin pude comprender la palabra comunidad, lo que deseo hacer en mi aula día a día y en donde pude poner a prueba mis habilidades como animadora sociocultural de la lengua.

Empleamos la asamblea escolar desde la mirada de Freinet para organizar el proyecto, en la que todos nos supiéramos parte importante del trabajo a realizar, a partir de que a todos los miembros se les permitiera externar sus propuestas y diferentes puntos de vista sobre las ideas planteadas. Pues de esa forma es como lograríamos sentirnos responsables de lo que ocurriera y de las acciones a realizar, así como mejorar la relación de los alumnos, tener la oportunidad de observarnos reales como comunidad “Unos y otros se han colocado ante sus responsabilidades y ante las consecuencias normales de sus actos [...] El individuo aparece desnudo, tal como es en realidad” (Freinet, 2011,

p.174). De esa forma es como podremos asumirnos como parte de un grupo, al trabajar con nuestra realidad y a partir de ese conocimiento, transformarnos.

Hubo muchas propuestas que surgieron ante la pregunta detonadora, pero finalmente la propuesta de ayudar a los animales en situación de calle, tuvo un lugar importante durante el diálogo, pues trabajar esta problemática permitiría integrar a la comunidad a partir de los intereses reales de los alumnos. Por lo que una campaña de concientización y una colecta de alimento para animales, nos esperaba. Los alumnos, padres de familia y comunidad en general acopiamos las croquetas, las historias de vida, los carteles con datos curiosos, el teléfono del refugio *Jardín de perritos Don Pedro* e iniciamos la aventura.

## **2.2 Levanta la mano si estás en contra del maltrato animal**

La primera vez que escuché *proyectos comunitarios* no estaba muy segura cómo podría proponerlos en el aula, para empezar, la palabra comunidad me confundía pues hasta entonces por *comunidad* había considerado a mis alumnos y padres de familia, quienes habíamos realizado algunos proyectos o actividades dentro de la escuela, pero nada más.

Entonces cuando en el Intergeneracional, evento organizado por las estudiantes de la MEB con especialidad en ASCL que tiene la finalidad de compartir los trabajos realizados como parte del programa de la maestría, compañeras de la generación 11 presentaron los proyectos comunitarios que habían realizado en sus escuelas y el alcance que estos habían tenido en la sociedad en general no solo con sus alumnos, me dio miedo.

Pensé en el proyecto que había organizado meses atrás; el torneo de fútbol, mismo que había sido el que más personas involucró hasta ese momento, sin embargo, como torbellino a mi cabeza llegó el recuerdo de que ni siquiera me permitieron que todos los grupos participaran por indicaciones de mis autoridades. Creí que quizá me faltaba más experiencia para poder proponer algo de tal magnitud y no fracasar en el intento.

Hay dos grandes errores en la anterior afirmación, la primera es que olvidé lo que la MEB me enseñó, desde que la desconfianza en mi capacidad tomó lugar y creí que no sería aceptada para estudiar aquí, estaba dudosa de lo que me he demostrado que soy capaz de hacer. Y el segundo fue que, por alguna extraña razón, pensé por un momento que lo tendría que hacer sola, olvidé que tengo toda una red de apoyo que estaría conmigo, paso a paso, decisión a decisión; mis alumnos, sus padres y el resto de la comunidad, como menciona Úcar (2022) “La intervención socioeducativa es una acción que se desarrolla a través de un proceso; es una acción procesual [...] es también una acción situada en un marco contextual y territorial específico” (p. 3). Este no es mi proyecto, es nuestro y lo desarrollamos apegado a nuestra realidad, poco a poco.

La experiencia del proyecto pasado, las *condiciones facilitadoras* que, como mencionan “Le sugerimos, entonces, contar con una sala que brinde un ambiente grato y estimulante, donde los niños sientan la necesidad de comunicarse y que sirva como medio al servicio de los aprendizajes” (Jolibert y Jacob, 2015, p. 21). Y las comisiones, en donde cada alumno tiene bajo su responsabilidad tareas reales y funcionales del salón de clase, que hemos llevado a cabo como parte de nuestra organización permanente, nos permitió avanzar un poco más rápido en cuanto al inicio de la metodología en comparación con la intervención anterior. Por lo que cuando abrimos asamblea para iniciar el diálogo con la pregunta detonadora y saber cuál sería el eje por el cual ayudaríamos a nuestra comunidad mediante la pregunta *¿Qué les gustaría hacer para ayudar a su comunidad?* de inmediato los roles fueron asumidos por los alumnos y dimos inicio.

Para llegar a responderla tuvimos que realizar un diálogo aterrizando nuestras ideas primero definiendo comunidad, lo que significaba para nosotros, cuáles eran las acciones con las cuales podríamos ayudar, cuáles serían los beneficios, quienes los beneficiados o las personas que considerábamos necesitaban ayuda, etc.

Decidí entonces que la literatura sería una compañía permanente en esta nueva aventura, no sabía en un inicio como podría incorporarla, pues mi intención era no escolarizarla como lo había hecho en ocasiones anteriores. Quería que la cercanía que

mis alumnos tuvieran, fuera a través del disfrute, leer porque nos ayuda al proyecto, porque es útil, porque es increíble y nada más.

Honestamente y dada mi experiencia previa, iba preparada para una pesada jornada de trabajo, tenía listas varias preguntas clave para que sus ideas pudieran fluir, en caso de que el diálogo se estancara y no llegáramos a comprender primero, lo que significa comunidad y después el por qué habría que hacer algo por ella. Para ello, decidí que mi gran aliado sería el libro álbum *En un mismo barco*, de Monique Zepeda, que habla sobre como todos podemos compartir sensaciones, momentos o sentimientos porque finalmente estamos coexistiendo en esta vida al mismo tiempo, en el mismo barco. Y es necesario que aprendamos a compartir un mismo espacio que nos pertenece y es responsabilidad de todos, cuidarlo.

Iniciamos la asamblea después de la lectura la cual tenía el gran propósito de sensibilizarlos sobre la comunidad y el trabajar juntos. Quedé gratamente sorprendida al escuchar el diálogo que se generó, pues contrario a lo que imaginé, tomaron rápidamente la iniciativa, dada la experiencia previa que tenían del proyecto anterior, pues como menciona Jolibert y Jacob, (2015) “Al desarrollar proyectos, los alumnos proponen, discuten, argumentan, contraargumentan, relacionan, cotejan, antes de poner en marcha las acciones que llevarán a la práctica” (p. 55).

—Yo creo que se trata de un grupo de personas— Decía Abraham.

—Es como las personas que viven juntas, como vecinos y así— Respondía Xime.

—Es cuando se trabaja en equipo, como nosotros maestra— Dijo Gis mientras levantaba la mano.

—Entonces, ¿Qué les gustaría hacer para ayudar a nuestra comunidad? ¿Creen que por aquí haya algo que podríamos ayudar a mejorar? — Pregunté.

—¡Ay sí! — dijo entusiasmada Sofi— Podríamos recoger todas esas botellas llenas de pipí que la gente deja en la calle de aquí atrás— Mientras risas y expresiones de asco se hacían presentes en el salón

—¡Guácala! —dijo Iris—Mejor hay que ayudar a la gente que está afuera de los hospitales. El otro día fui a mi consulta y vi que estaban durmiendo en la calle. Mi

mamá me dijo que estaban esperando noticias de su familiar que estaba en el hospital, podríamos llevarles una cobija o comida.

—¡Sí! — dijo Gael— El otro día mi abuelito estuvo ahí y si hay muchas personas que se ve que no tienen dinero.

El diálogo tomó rumbo directo a la zona de hospitales, aunque todas las propuestas fueron escritas en el papelógrafo y dialogadas. (Ver Anexo 1)

Cuando de pronto, el comentario de Aaron lo cambió todo:

—¿Y si mejor ayudamos a los perritos de la calle? Las personas pueden trabajar para comprarse algo, pero los animales no.

Varios compañeros voltearon a verlo asintiendo con la cabeza y en un parpadeo, las manos estaban arriba para pedir la palabra y aportar algo a su nueva idea:

—Sí, es cierto— dijo Melani— Los perritos no pueden protegerse solos.

—Podríamos llevarles croquetas y agua para que no tengan hambre— Decía Fabricio.

—¡No! — Gritó Ulises desde el otro lado del salón— Mi vecina puso un comedero para gatos y alguien le echó veneno.

—Además— Agregaba América— Nosotros no debemos acercarnos, que tal que nos muerden o tienen rabia.

—Pues entonces buscamos a alguien que los ayude, como la perrera o así— Respondía Regi.

El rumbo del dialogo estaba definido solo faltaba acomodar algunos detalles. La zona de hospitales, la limpieza de las calles o hacer murales, salieron del salón irremediadamente y no se volvieron a mencionar. Los niños estaban sumamente entusiasmados con la idea de ayudar a los animales en situación de calle, en los comentarios empezaban a sonar temas como maltrato animal, abandono, falta de comida y preguntas cómo, quién podría ayudarnos para cuidarlos y qué podríamos hacer nosotros.

Una de las primeras propuestas fue de Angy:

—Oigan, yo tengo un libro de mandalas que me compró mi mamá. Podemos vender las hojas a los niños de la escuela para juntar dinero y les compramos comida a los perritos.

—Yo puedo hacer tulipanes de papel y los vendemos también— Decía Iris.

La propuesta se dirigía a que mediante la venta de cosas que los niños hicieran, reuniéramos el dinero necesario para comprar croquetas o artículos para mascotas y dárselas a alguna organización que se dedicara a rescatar animales en situación de calle. Faltaba por supuesto la autorización de la directora, los padres, contactar a la organización y definir cómo y cuándo sería la venta, sin embargo, las ideas no paran de llegar de una forma tan organizada que mi mediación no era tan frecuente, parecía que todos estábamos en la misma sintonía, hasta que Carlos intervino:

—Maestra, yo no creo que podamos hacer nada de esto que están diciendo—Dijo desanimado— Somos niños y estamos aquí en la escuela.

Fue en ese momento que todas mis dudas se despejaron, al escuchar mis pensamientos pesimistas en la voz de uno de mis alumnos, la valentía me recorrió el cuerpo, perdí todo rastro de duda y miedo. No podía permitir que mis niños ni yo tuviéramos esas ideas, así que respondí de la manera más tranquila y conciliadora que las palabras atropelladas me permitieron:

—La escuela es un espacio que compartimos, donde venimos diario no solo a aprender cosas, es donde podemos aprovechar que estamos juntos para organizarnos y ayudar a alguien más, al mismo tiempo que aprendemos algo. Ustedes son capaces de lograr grandes cosas, de ayudar a quien lo necesite y el que sean niños no los limita para nada. Podemos hacerlo si trabajamos juntos, confíen en ustedes, yo confío en nosotros.

Carlos me miraba preocupado, pero al mismo tiempo que mis palabras tomaban lugar, su cara se relajó poco a poco, igual que la mía. Ese breve discurso no fue solo para mis alumnos, fue para mí también.

Comprendí entonces que compartíamos el mismo miedo al fracaso, pero que mi papel como animadora sociocultural de la lengua era poner en práctica todo aquello que la MEB y la ASCL me habían ofrecido y que ahora podía compartirlo con ellos, en ese momento estuve más de acuerdo que nunca con Saavedra (2011) cuando dice que “Hacer un proyecto es empezar a transformar la comunidad, porque un proyecto siempre debe apuntar a un cambio social” (p. 8). No se trataba de no tener miedo a que el proyecto no

saliera como lo pensáramos en un inicio, sino de asumirlo, intentarlo y si fracasábamos, habríamos aprendido algo, que el cambio social iniciara por tener la certeza de que podemos lograr grandes cosas.

Más pronto de lo que pensé, esas palabras de aliento me harían falta cuando al día siguiente sucedió algo que no consideré que pasaría y a mi nariz le esperaba un duro portazo de realidad, de esa de la que las escuelas públicas estamos lamentablemente acostumbrados a recibir cuando se trata de proponer una forma diferente de trabajo.

Preparé la noche anterior, un bosquejo general del proyecto, algunos puntos importantes sobre las acciones que tomaríamos, los tiempos estimados que nos llevaría desarrollar el trabajo, así como la propuesta que en conjunto con los niños habríamos de tomar, en donde decidimos que para ayudar a los animales en situación de calle, realizaríamos una venta de artículos que los mismos alumnos elaborarían para venderlos a las afueras de la escuela y con el dinero reunido, comprar comida y artículos para animales para donarlos a alguna organización / fundación cuya labor fuera ayudar a los perros y gatos.

Los niños habían propuesto vender los artículos en la explanada del Centro de Tlalpan, lugar que es transitado por muchas personas para asegurar la mayor venta posible, habíamos contemplado también que los padres de familia nos acompañaran para seguridad de todos y finalmente que las producciones de texto que prepararíamos se expusieran durante la venta para concientizar a la comunidad al presentar el trabajo de investigación y creación literaria de los alumnos.

La propuesta me parecía ambiciosa, pero posible. Teníamos mucho trabajo por delante para hacerla funcionar, sobre todo por lo que significaba sacar de la escuela a los niños y vender artículos en la vía pública, sin embargo, me sentía optimista ya que el trabajo que pretendíamos realizar estaba orientado hacia los nuevos horizontes de la NEM (Nueva Escuela Mexicana) el nuevo modelo educativo que, aunque entraría en vigor el siguiente ciclo escolar 2023 – 2024, los docentes de educación básica recibíamos ya los talleres de actualización.

La propuesta curricular está estrechamente relacionada con la metodología de ASCL, el trabajo colaborativo, una pedagogía humanista, crítica y de pensamiento emancipador para transformar nuestra realidad. Todo aquello que en la MEB había aprendido y trabajado con mis alumnos desde mi primer trimestre cursado con las técnicas Freinet

En la Secretaría de Educación Pública creemos en la educación como un proceso social en el que se trabaja en colectivo; ésta emerge de las raíces de la comunidad como expresión de los procesos sociales, culturales y educativos. Su finalidad es fomentar el pensamiento crítico, creador y transformador; así como la reflexión crítica, la participación ciudadana, el don de dar y compartir, como posturas ético políticas pedagógicas (SEP, 2023, p. 6)

Cuando leí todo aquello, mi ánimo aumentó al considerar que mis autoridades con mayor razón se darían cuenta del profundo trasfondo del proyecto que presentaba y por ello, tendría su apoyo sin mayores objeciones. La Secretaría de Educación Pública apostaba por esta nueva forma de trabajo con la comunidad al centro, la PpP, una forma de trabajo donde los alumnos propusieran y transformáramos el espacio que habitábamos.

Pensé que podríamos tener como escuela e incluso como zona escolar la oportunidad de aprender sobre este nuevo modelo educativo a través mi experiencia y así contagiar a los maestros de la zona con la iniciativa, resultados y apoyo mostrado de las autoridades, pero me equivoqué. Cuando presenté el bosquejo del proyecto a mi directora, el conocido cabeceo que expresa *negación*, se hizo presente.

—No creo que sea posible— Dijo cuando por fin levantó la mirada.

—Maestra, pero tenemos apoyo de los padres, en realidad es solo verificar con la delegación el espacio que pudieran prestarnos— Respondí.

—Es que los alumnos no pueden estar en contacto con dinero, además es sacarlos de la escuela y como están las cosas, la supervisora va a decir que no.

La escuela vivía una serie de lamentables malentendidos con padres de familia de otros grupos, problemas no tenían nada que ver con mi grupo o sus papás, pero que finalmente

determinaron que mis autoridades se negaran a permitirnos realizar el proyecto como lo habíamos pensado en un inicio.

—Podríamos explicar durante toda la compañía para qué es ese dinero y que toda la comunidad este enterada de qué se realizará con él, ser transparentes para que sepan que no se dará mal uso — Dije.

—No maestra, los niños no deben relacionarse con dinero, se presta a malos entendidos y ahora, así como andamos con Asociación de Padres, para qué quiere

— Respondió la directora.

—Bueno maestra ¿Y si el donativo lo pidiéramos en especie? Salimos al centro de Tlalpan algunos días, presentamos nuestra campaña, invitamos a la escuela y sociedad en general para recibir algo que quisieran darnos — Dije para presentar una alternativa.

—Es que los niños no pueden salir de la escuela— Contestó con firmeza.

—Maestra, pero han salido en otras ocasiones...

—No pueden salir — Respondió interrumpiéndome — Y tampoco puede verlos fuera de su horario, es por seguridad maestra. Imagínese que pasa algo, un accidente por ejemplo y los papás van a decir que fue por su proyecto y al rato la escuela tiene que hacerse responsable, ahórrrese problemas.

—¿Podríamos invitar a los grupos a que donen algo? Incluso cuando invitemos a la fundación, podría ser en una ceremonia para que todos sepan a quien se le entrega el donativo. Pensamos preparar unos carteles e historias de vida en donde los niños hablen de sus mascotas, para sensibilizar a la comunidad.

—Pues sí pídanlo, pero ¿Para qué vamos a hacer algo tan grande? La verdad no creo que nadie done, sinceramente. Y lo que piensan preparar, pues podrían pegarlos en su salón.

Esa fue la última gota de mi paciencia. Empecé a tomar mis hojas, agradecí su tiempo y finalmente le dije:

—Maestra, ¿Cómo vamos a organizar proyectos comunitarios sin la comunidad? Es justo todo lo contrario de lo que tantos talleres de la NEM quieren que se aplique en las escuelas.

—Yo entiendo maestra, pero la comunidad no está lista. Tal vez después nos den más apertura, pero por ahora es todo lo que podemos hacer.

Toda la mañana sus últimas palabras, aturdieron mi ser como un martillo. Golpeteaban mis entrañas y de algún modo, cada martillazo molestaba más que el anterior. *¿Realmente es todo lo que podemos hacer?* Me preguntaba.

Sería de alguna manera aceptar que desde el año 2000 la educación primaria, por lo menos en la SEP, no se había movido absolutamente nada. Que seguía, desde hace 23 años intacta como cuando cursé la primaria en sus aulas y desde entonces muchos maestros transitaban en el servicio e incluso se jubilaban con el mismo discurso *era todo lo que podían hacer*. Mientras sus alumnos nos quedábamos a la espera de una oportunidad para hablar, socializar el aprendizaje o tener por lo menos una relación más humana con las personas que mirábamos todos los días.

Comprendí entonces que el primer gran obstáculo que esta metodología, es el miedo que algunas autoridades tienen por innovar, por involucrar a los padres de familia al trabajo y la negativa para permitir que las ideas que los niños tienen sobre lo que desean hacer. No existirá un momento ideal en donde mágicamente la comunidad este lista para trabajar en pro de un objetivo en común, si en la escuela no proponemos escenarios o momentos en donde pueda suceder.

Lamentablemente también reconozco que ese miedo que tienen las autoridades e incluso algunos colegas por incursionar en este tipo de metodologías está totalmente justificado. Existen padres de familia que lejos de asumir su responsabilidad en la educación de sus hijos, pareciera que están más interesados en deslindarse de ella y dejarla por completo en manos de los docentes, para entonces juzgar con gran rigor cada palabra, movimiento o error que se pudiera cometer y que las denuncias o demandas sean el castigo que haya que pagar.

Es una triste realidad en México que de la misma forma que existen docentes y autoridades desinteresados, apáticos o arraigados a las formas tradicionales de trabajo,

existen alumnos y padres de familia apáticos, desinteresados de su propio avance académico y por trabajar colaborativamente. Es por ello, que aplicar esta nueva forma de trabajo es más imperioso que nunca, demostrar paulatinamente que el sistema educativo si puede ser diferente, que la escuela no tiene que ser sinónimo de aburrimiento y, sobre todo que esa lucha entre padres y maestros lo único que ocasiona es que desunión social se acrecente aún más.

Estoy por completo convencida de que, aunque no lograré terminar definitivamente esa lamentable lucha, en mi salón de clases, con los niños y padres que tenga que trabajar, haré todo cuanto esté en mis manos para dejar de vernos como enemigos, trabajar en colaboración, apoyarlos y apoyarme en ellos.

Así que cuando llegó el momento de hablar con los niños sobre la negativa, no sabía exactamente cómo abordarlo. Pensé en las palabras más simples para explicarles porque no podríamos realizar el proyecto como lo habíamos pensado, procuré que mi ánimo no decayera, pero la realidad, es que estaba desanimada, molesta y confundida. Sabía que el proyecto no se pararía, lo llevaríamos a cabo, solo que no sabía cómo exactamente, así que, al plantear la situación a los niños, tomaron la batuta de la organización y comenzaron a dar nuevas ideas:

—Pues ya sé maestra, vendemos cosas cada quien en su casa sin que la directora se entere y así compramos todo — Reía Gael.

—No Gael — Respondí — Es nuestra autoridad y debemos respetar lo que dijo.

—Miren, le pedimos a nuestra familia que donen cosas al proyecto y las traemos. Mi abuelito es veterinario y él tiene muchas cosas — Propuso Angy.

—¡Sí! Yo también— Respondió del otro lado del salón Sofi — Mi prima tiene muchos perritos y nos puede dar croquetas.

—Maestra, pero qué vamos a hacer con los carteles que íbamos a poner y las historias de vida, ¿Ya no lo vamos a hacer? —Preguntó Mateo.

—Sí las vamos a hacer, pero ahora para compartirlas ya no podremos ir todos juntos a pegarlos como habíamos pensado irá cada uno por su parte. Me hubiera gustado mucho acompañarlos. —Respondí desanimada.

—No maestra, pero si vas a acompañarnos de alguna forma porque tú nos ayudaste a hacerlos, aunque no estés ahí — Dijo Giselle.

Las palabras de Giselle animaron mi desalentada alma y por fin pude llevar mi concepto de comunidad más allá de lo que siempre consideré. Yo pensaba por mi propia vida que trabajar en comunidad se refería a permanecer juntos en todo momento, evitar a toda costa el monstruo de la soledad que desde niña me atormentaba y que eso se lograría al estar físicamente cerca.

Cuando la primera propuesta del proyecto fue negada, pensé que no podríamos trabajar en comunidad y la frustración se apoderó de mí. Pero al escuchar las palabras de Giselle, comprendí que trabajar en comunidad a través de la ASCL no significa estar permanentemente juntos, sino que el trabajo de todos tenga un mismo fin, el trabajo en comunidad y nuestra convicción compartida trasciende el terreno físico.

La ASCL tiene el potencial para iniciar una revolución social, pues como menciona Hernández (2022) “Tiene una carga social como proceso participativo que provoca la transformación individual y colectiva” (p. 196). Al evolucionar el pensamiento de las personas y paulatinamente, al cambiar la perspectiva, pueda transformarse la forma de vida. Lo que implica que las personas que desarrollamos el proyecto a través de la ASCL compartimos una misma convicción, el mismo deseo de dirigir nuestros esfuerzos hacia un mismo horizonte.

Es en ese momento que el trabajo en comunidad, cobra sentido, no cuando estamos en la misma aula cada uno ocupado en sus propios pensamientos o convicciones personales, sino cuando los pensamientos, sentimientos y acciones se orientan en un mismo objetivo aún en la distancia, concuerdo con Froufe Quintas (1997) cuando afirma que “Todo cambio social supone de ante mano un desarrollo personal equilibrado y unas grandes dosis de creencia en las posibles utopías que nos avalen para intentar la transformación de la realidad social” (p. 190). Pues al compartir los ideales, podemos transformarlos en realidades.

Una vez tomadas las decisiones sobre lo que realizaríamos, tuve una reunión informativa con los padres de familia, este proyecto necesitaría su colaboración como siempre, sin embargo, al ser un trabajo que ocuparía espacio fuera de la escuela, su colaboración sería de una forma diferente y era importante que tuvieran la información de primera mano.

Durante la reunión, expliqué brevemente la finalidad de la PpP y el cómo lo que trabajaríamos iría en función de atender los aprendizajes esperados del grado, pero, sobre todo, el sentido social de utilizar el espacio escolar como un medio para ayudar a quienes lo necesiten al trabajar en comunidad.

De una forma diferente pero significativa, los padres escucharon y propusieron ideas para el desarrollo del proyecto, respetaron en todo momento las decisiones que los niños habían tomado.

—Maestra, si los niños quieren hacer unos pines, yo podría cotizarlos en el metro Chabacano, sé que ahí salen a buen precio — Dijo el papá de Danna.

—Mi esposo es diseñador, maestra, él nos podría digitalizar el diseño que hagan los niños para mandarlos a hacer — Ofreció la mamá de Fabricio.

—Mi niña está muy emocionada con el proyecto, ya les contó a todos los vecinos para que puedan donar — Compartía la mamá de Ximena.

Cuando los acuerdos estaban casi tomados, comenté que aunque ya lo había platicado con los niños y por mi cuenta había buscado algunas fundaciones, ninguna hasta el momento había respondido el llamado para recibir el donativo y platicar con los niños, cuando la mamá de Dylan dijo:

—Pues una conocida mía tiene un espacio muy grande allá en San Miguel Ajusco, adopta perritos y no tiene gran apoyo, casi todo lo que les da a los animales sale de su sueldo y tiene cerca de 50.

—Maestra — Dijo la mamá de Memo — Yo creo que tendría mucho valor apoyar a las personas que, sin tener una fundación grande, hacen una labor tan noble.

Aún sin hacer en consenso, supe que la decisión estaba tomada, al ver a los papás asintiendo al escuchar lo que la mamá de Memo proponía por lo que acordamos, después

de hablarlo a los niños que apoyaríamos a la Sra. Liz fundadora del Jardín de perritos “Don Pedro” con los donativos que nuestro proyecto pudiera reunir.

El proyecto tomó una magnitud más grande de lo que había pensado cuando la primera propuesta fue negada, sin embargo, confirmé lo que había vivido de alguna forma durante mi trayecto en la MEB, que el liderazgo y permitir a cada uno de los miembros de la comunidad presente sus ideas, hace que aquello que pensamos pueda crecer

La participación de todos los ciudadanos se convierte siempre en el mejor vector de las transformaciones sociales. Crea redes de intercambios, potencia las ayudas mutuas, permite mejores adaptaciones a los nuevos problemas y hace que, entre todos, compartan de un modo uniforme las responsabilidades (Froufe Quintas, 1997, p. 189).

Hacemos posible que las dificultades sean menos catastróficas si las resolvemos entre todos. Así es como la ASCL busca los espacios para salir a flote, revisar alternativas para que el trabajo en comunidad siga creciendo sobre las dificultades que el sector público de la educación pueda presentar, supe entonces que juntos, somos más grandes que lo que haya que enfrentar.

### **2.3 Las horas de vuelo marcan la diferencia**

Como parte de las actividades del proyecto, realizamos historias de vida en donde el objetivo fue sensibilizar a los lectores para nuestra campaña, así como elaborar carteles. Al momento de interrogar de texto, “Una estrategia didáctica significativa para el niño porque requiere una verdadera actividad cognitiva al servicio de un proyecto” (Jolibert y Sraiki, 2011, p. 85). Se trata de analizar un escrito real, similar al que produciríamos para observar sus características, lo que lo hace parecido o diferente de otros conocidos para emplear esos conocimientos en la producción del proyecto.

Decidí que lo hiciéramos con un texto que era nuevo para los alumnos; las historias de vida ya que con los carteles tienen más experiencia.

Busqué en internet alguna historia de vida que pudiera apoyarme, que tuviera todos los elementos necesarios para sensibilizar a las personas, pero al no encontrar lo que

buscaba, que decidí escribirlo yo. Una de las grandes ventajas de estudiar este posgrado, es que resultado de todas las horas dedicadas a la escritura, desarrollé la habilidad de producir algunos textos sin que me implicó, como lo fue antes, un reto imposible de cumplir; como dice la maestra Magda, académica del posgrado, *estoy soltando la mano con mayor facilidad.*

Por lo que escribí para mis alumnos una historia de vida que les ayudara a comprender lo que implica exponer los sentimientos en el texto y permitir a los lectores, adentrarse a nuestra vida a través de las palabras. Fortalecer en los alumnos de educación básica las habilidades de escritura y en general, las que tienen que ver con el lenguaje, es de las tareas principales que se le adjudican socialmente a la escuela y de las que los docentes nos sentimos más responsables.

Sin embargo, en ocasiones la tarea resulta abrumadora, pues se desconoce la forma correcta de abordarlo sin que resulte de nuevo en la enseñanza fragmentada que caracteriza lamentablemente a la educación básica, por lo cual contar con el Decálogo didáctico de la composición de Daniel Cassany, fue fundamental.

El decálogo enuncia de forma muy específica aquellas acciones que los docentes podemos realizar para impulsar de una forma efectiva la producción de textos de nuestros estudiantes, en donde se propone que se aproximen a la cultura escrita de una forma amena y en un ambiente propicio para ello.

Presentar a los alumnos una producción de mi autoría tuvo la finalidad de acercarlos a las nuevas habilidades que desarrollé a lo largo del posgrado y que pudieran serles de utilidad al momento de hacer la propia, así como brindarme la oportunidad de abrir mis sentimientos a ellos como yo les pedía que lo hicieran. Que puedan mis alumnos, por una parte, saber que los textos que trabajaríamos existen fuera de la escuela, así como poder abrirles mi corazón de la misma manera en que esperaba que ellos expresaran sus sentimientos a través de la escritura, “De este modo estamos ofreciendo una imagen real al alumno que nunca vio a un escritor escribiendo y que cree que los textos se elaboran espontáneamente como churros, de golpe, sin elaboración” (Cassany, 2012, p. 30).

Se trata de acercarlos al lenguaje desde una perspectiva en donde las personas que les rodean, por lo menos su docente, escribe. En donde sepan que no eran los únicos que hacían una tarea del proyecto, sino que al ver un ejemplo del producto final y conocer a través de sus preguntas y mis respuestas el proceso para hacerlo, pudieran adquirir las herramientas necesarias para inspirarse a crear sus propios textos empezando por ver un ejemplo contextualizado.

Cada alumno tuvo en sus manos un ejemplo de la historia de vida de mi mascota; pepinillo. En donde relaté como llegó a mi vida, lo feliz y afortunada que soy al tenerlo a mí lado con la intención de sensibilizarlos y al hacer que afloren sus sentimientos por mascotas propias o ajenas, fueran el precursor para motivar la escritura, por lo que iniciamos como Jolibert y Jacob, (2015) lo proponen; con una lectura de cinco minutos, personal y en silencio. (Ver Anexo 2)

No les dije a los alumnos que la historia de vida que interrogaríamos era mi autoría, así que cuando Sofi, una alumna cuyas experiencias lingüísticas extensas le han permitido leer a una velocidad más rápida que sus compañeros terminó el texto, inmediatamente levantó la mirada buscándome, como si hubiera encontrado un secreto

—Maestra, ¿Tú la escribiste? — Preguntó sorprendida. Me limité a sonreír y afirmar con la cabeza.

Esperaba que poco a poco los demás alumnos terminaran de leer para que pudieran encontrarse con el mismo detalle, pues, aunque la reacción de Sofi en teoría no debería sorprender a nadie, pues se sabe que los docentes escribimos, pocas veces lo hacemos para nuestros alumnos y son esos regalos de vida los que nutren nuestra relación con ellos. Cuando les mostramos por medio del ejemplo, lo maravillosa que puede ser la escritura al conocer otra parte de nuestra vida a través de lo que escribimos. Siempre era yo quien los miraba en los textos que escribían, me agrado que ahora pudieran ser ellos quienes me descubrían entre las letras.

Después de la lectura grupal y que todos supieran que era una historia de vida auténtica, iniciamos el análisis con la pregunta *¿Qué entendieron del texto?* Y las observaciones empezaron a surgir. (Ver Anexo 3)

—Que tu mejor amigo es Pepinillo — Decía Pepe.

—Mi perrita llegó a casa porque mi mamá la encontró lastimada en la tienda — Decía Danna.

—Yo entendí que, si le das un hogar a un perrito, puede volverse tu mejor amigo — Respondía América.

—Que alguien puede llegar de sorpresa a tu vida — Dijo Iris.

—Hay personas que prefieren regalar a los animales que abandonarlos — Decía Daniel.

—Yo me acordé cuando mi papá llegó con Honey a casa, mi gatito. Él también es mi mejor amigo — Compartía Mateo.

El análisis fluyó de una manera muy amena en comparación al proyecto e interrogaciones pasadas, su experiencia y la mía en hacer preguntas hacía de la actividad en un diálogo que no fue tedioso o cansado. Observé en sus participaciones que cada vez más se adentraban, cada uno desde sus experiencias, a lo que les resultaba importante del texto y pude ver en la práctica el continuo eferente – estético al que Rosemblat (1996) se refiere en el modelo transaccional

La postura eferente presta mayor atención a los aspectos cognitivos, referenciales, factuales, analíticos, lógicos, cuantitativos del significado. Y la postura estética presta mayor atención a lo sensorial, lo afectivo, lo emotivo, lo cualitativo. Pero en ninguna parte podemos encontrar por un lado lo puramente público o lo puramente privado por otro. Ambos aspectos del significado reciben diferente proporción de atención en todo hecho lingüístico (p. 20).

Las ideas de los alumnos iban y venían entre lo que todos podíamos observar en el texto, a sus experiencias previas y lo conjuntaban al crear lo que comprendían como un todo. Reconocí entonces, que no se trata de fortalecer la comprensión lectora desde una postura bilateral, sino considerar el movimiento que hace nuestra mente entre lo que conoce del lenguaje gracias a lo que construimos con los demás en sociedad y lo que

conoce gracias a nuestras experiencias personales, lo que representan las palabras en nuestra vida sin que necesariamente se comparta la misma postura u opinión con alguien más.

Entendí que si en mi práctica docente lo que buscaba es que los alumnos pudieran comprender los textos para posteriormente, hacerlos suyos, era importante que los dos tipos de comentarios existieran en todo momento, como cuando interrogamos textos. Bríndales como mencionan Jolibert y Sraiki (2011) “Dotar a todos los alumnos de herramientas cognitivas, interactivas, que, progresivamente automatizadas, les permitan una lectura fluida y eficaz” (p. 100). En donde todo inicia al comprender que lo que leemos, tiene mucho más que decirnos que las letras que podemos ver en él.

Durante la interrogación del texto logramos definir que la historia de vida: *es un texto escrito en primera persona, en donde cuenta una parte de su vida tratando de que sea de una forma emotiva para quien lo lee. Tiene elementos como título, autor e imágenes para ilustrar la historia relatada.* La definición se quedó en la caja de herramientas, que se trata de un espacio destinado a colocar algunas definiciones, estrategias o descubrimientos que resultan de la interrogación de los textos para futuras consultas. Al día siguiente iniciamos con la creación de sus borradores.

Generar en los alumnos la mayor cantidad de experiencias en cuanto al lenguaje, es ahora una de mis principales ocupaciones, pues sé que a través de ellas es como podrán adquirir el bagaje necesario, ese que les permita a sus ideas salir para expresarse en más y diferentes esquemas a los que conocen generalmente. Por lo cual, una parte importante del proyecto fue brindarles textos relacionados con animales que les ayudaran a incentivar estas experiencias; le llamo *leer porque sí, porque leer es maravilloso y ya* sin que implique hacer algo académico en ese momento.

A lo largo del proyecto leímos tres textos. El primero fue *Cheester* de la autora Melanie Whatt, la divertida historia de un gato que, en desacuerdo con la narración de la autora, cambia en el relato a su gusto. Crea discrepancias que hacen saltar la risa en más de

una ocasión. El siguiente fue *Vida de perros* de la autora Isol, en donde relata la historia de un niño que al preguntar a su mamá *¿Cómo sabes que no soy un perro?* Diseña junto con su perro Clovis un plan para permanecer el mayor tiempo posible juntos. Y finalmente *El diario de un gato asesino* de Ann Fine en donde el gato Tuffy es acusado de tres asesinatos mientras él no puede entender el alboroto, finalmente así son los gatos.

Los niños disfrutaron de cada uno de los textos propuestos, las experiencias con mascotas propias o ajenas afloraban a cada palabra que leíamos y de esa forma la parte estética de los textos, nos ayudaba a comprender el objetivo de sensibilización de la campaña. Porque finalmente la lectura, la LIJ no solo sirve para investigar, sino para aflorar los sentimientos y conectarnos con diversas causas sociales a través de las palabras de alguien más.

Demostrarle a los niños y a mis antiguas prácticas, que la lectura en la escuela no tiene que academizarse a cada segundo, que las famosas pero equivocadas preguntas de *comprensión lectora* dejan mucho que desear cuando se trata de comprender el contenido de un texto, si el disfrute, las vivencias o sentimientos no están de por medio. Podemos disfrutarla y permitir que nuestro cerebro haga las conexiones necesarias para crear significados.

Cuando llegamos a la sesión programada para realizar los borradores, nos encontrábamos leyendo la mitad del libro *El diario de un gato asesino*, por lo que habíamos generado varios diálogos previos con ayuda de los libro álbum anteriores y varias experiencias habían salido hasta entonces. Así que iniciamos la creación de sus borradores, empleamos lo escrito en la *caja de herramientas*.

La gran mayoría de los alumnos inició su escritura sin grandes dificultades, algunos borraban y reescribían, otros miraban al techo o a la ventana mientras esperaban una idea así que procuré acercarme con ellos e iniciar una breve conversación en donde me cotaran de forma oral sus ideas de escritura y mediante algunas preguntas su *bloqueo de escritor* se esfumara y pudieran continuar, la estrategia funcionó con casi todos, menos con uno.

Uli permanecía con los ojos fruncidos y los dientes apretados, tapaba con su brazo el cuaderno para evitar que todos pudiéramos mirar su escrito. Ulises es un alumno sumamente divertido, ocurrente y gracioso, que bromea en clase y baila de felicidad cuando sus trabajos salen como él lo espera, pero en lo que respecta a la cultura escrita, tiene una gran resistencia a escribir pues al no haber consolidado los conocimientos fonéticos y gráficos convencionales, siente que, en comparación con sus compañeros, él no puede.

Algo que hemos tenido que comprender, es que como menciona Meek (2018) “Ningún proceso de lengua se desarrolla de forma lineal, progresiva, paso a paso [...] se desarrollan de modo recurrente, en espiral” (p. 207) por lo que en su proceso alfabetizador hemos atravesado grandes retos, momentos en los que parece que su proceso avanza y otros en los que parece que retrocedemos un poco, sin embargo, alentarlos a continuar siempre ha sido una constante por parte de todo el grupo.

Tratar de retirar de su mente la idea de que no puede hacerlo, ha sido de los trabajos más arduos que hemos tenido que enfrentar como comunidad, no solo él y yo, pues, aunque la escritura de sus borradores fue una actividad individual, al compartir ideas, hacer sugerencias o fomentar el diálogo para que las ideas fluyeran, trabajamos de forma colectiva al compartir y hacer de esa forma que los textos y sus escritores, crezcan.

Considero que el estigma previo ha sido más complicado de enfrentar que el hecho de que olvide qué grafía corresponde a qué sonidos. Pues en lo que respecta a comprender un texto, un gesto o palabra, Uli no tiene dificultad alguna, es solo que sus experiencias previas con el lenguaje escrito, eran algo escasas y aunque aquí tiene un espacio para generar esa experiencia necesaria, lamentablemente la desventaja que tiene en comparación con otros usuarios del grupo, no es algo que podamos eliminar en algunos meses de trabajo, requiere tiempo y todo un equipo dispuesto a ayudar, pues como menciona Smith (1994) “Los niños solo aprenden eficazmente a leer y escribir si son admitidos en una comunidad de usuarios de la lengua escrita, a la que daré el nombre de “club de los alfabetizados”, al cual ingresan antes de poder leer y escribir una sola

palabra por su cuenta”. (p. 12) Y aquí en 4ºA a través del trabajo en comunidad, logramos crear nuestro propio club.

Me acerqué con sigilo a Uli, tanto que no notó mi presencia hasta después de unos segundos y con voz baja me dijo:

—No puedo maestra, no sé escribir— Con la cabeza agachada, avergonzado.

—Yo sé que puedes, es solo que a veces necesitamos ayuda y eso no está mal, todos estamos aprendiendo, ¿Quieres mi ayuda? — Le respondí.

—Sí— Dijo.

Acerqué una silla a su lugar de trabajo y empezamos a hablar antes de ver su escrito. Me contó que escribía sobre Nala, su perrita que, al ser rechazada por su mamá perruna, la lastimó dejándola herida durante sus primeros días de vida. El dueño de la mamá de Nala pensó que no sobreviviría y cuando lo hizo buscó un hogar para la perrita, con la mamá de Ulises y han sido felices desde entonces. Nala actualmente tiene 3 años y es una perrita muy juguetona, según Ulises relata.

Uli parecía muy cómodo hasta el momento en que le pedí ver su escrito, con algo de resistencia me permitió ver su trabajo y mis ojos no hicieron más que sorprenderse de lo que vi; su escritura ya era muy parecida a la que usamos convencionalmente, pues como menciona Ong (2016) “Es posible considerar como “escritura” cualquier marca semiótica, es decir cualquier marca visible o sensoria que un individuo hace y a la cual le atribuye un significado” (p.145).

Reconocí de inmediato palabras completas que justo indicaban lo que acaba de escuchar en el recuento de Uli, sus ideas estaban ahí plasmadas y aunque encontré algunos errores ortográficos u omisiones de letras, se trataban de mínimos *desaciertos* como Goodman (2015) los llama. Ahora puedo comprender que como Goodman (2015) dice “Los errores son parte del proceso de asignar significado a lo impreso” (p. 27). Los cuales le brindan la experiencia necesaria para convertirse en un usuario experimentado de la lengua.

El que se “equivoque”, solo me significan dos cosas importantes en su proceso, lo primero es que lo está intentado, usa sus conocimientos en contextos reales, demostrándose y a todos, cuáles son los conocimientos con los que cuenta: “En la primera escritura, cada niño sabe que invierte “todo lo que ya sabe hacer” (Jolibert y Sraiki, 2009, p. 128) y lo segundo es que cada desacierto (Goodman, 2015) que tiene, lo lleva a generar más experiencias lingüísticas que le permitirán a su vez, desenvolverse con más destreza en los siguientes textos a los que se enfrente; tuve entonces la tranquilidad de saber que avanzábamos en el lenguaje por el camino correcto.

Cuando Uli me miró, pude ver que no comprendía muy bien mi gesto de felicidad, así que tuve que explicarle que observaba en su escritura un gran avance, que podía ver en sus letras las ideas que me había explicado y que lo que íbamos a hacer era solo mejorar una escritura que ya estaba bien; puliríamos detalles únicamente. Su cara de inmediato se relajó y poco a poco recordamos las letras omitidas, reemplazamos algunas otras según las reglas ortográficas y le dimos un giro al cierre de la historia, pues así lo decidió él.

Cuando terminamos su texto, fue justo el tiempo adecuado para que cada escritor revisara por última vez su trabajo antes de intercambiarlo con un compañero y entonces valorarlo mediante la coevaluación, que consiste en el proceso en donde compañeros de clase, puedan realizar una valoración de su trabajo, desempeño o como lo fue en esa ocasión, sus producciones de texto.

Utilizamos una lista de cotejo para determinar los elementos mínimos necesarios en su producción y buscaríamos sobre todo, que en las palabras del escritor lográramos sensibilizar al lector, pues ese era nuestro objetivo general en la campaña; parámetros que acordamos establecer entre todos con ayuda de *la caja de herramientas* (Jolibert y Jacob, 2015). Resultaba de suma importancia que todos estuvieran involucrados en el diseño de la lista de cotejo, pues como menciona Condemarín y Medina (2000) “Para que la evaluación sea un proceso colaborativo, los maestros, en conjunto con sus estudiantes, necesitan diseñar su propio sistema de evaluación, cuyas metas se refieran a los objetivos de aprendizaje y a las experiencias que se estimen deseables” (p. 25).

Parámetros que fueran elaborados de forma colaborativa, resulta entonces en una evaluación diferente a lo tradicional en donde todo viene del docente, incentiva a los estudiantes a determinar aquello que consideran más importante del producto a evaluar y de esa forma, remitirse a su propia producción; así como mantenerlos en un papel más activo durante su proceso de aprendizaje, evitar la pasividad al solo recibir sugerencias. Iniciamos la lectura y evaluación de los borradores diciéndoles lo siguiente:

—Chicos, evaluaremos los textos para ayudarnos a mejorar como escritores. Si hay algo que sea necesario que aparezca en el texto y no está, es muy importante que se lo digamos al compañero. No le ayudamos si guardamos nuestras sugerencias.

—Si es cierto, aquí podemos corregir y cuando los peguemos ya no — decía Carlos.

—Exacto, estamos aprendiendo. Ningún gran escritor se levantó un día siendo increíble, todos vamos aprendiendo y mejorando poco a poco —Respondí.

Procuro ahora, utilizar los espacios en donde realizaremos la evaluación de algún producto o momento, para hacer breves pero importantes recordatorios de lo que significa valorar el trabajo realizado, con la intención de que a través de las palabras y la práctica sea como podamos deconstruir nuestro pensamiento y eliminar las tan arraigadas prácticas tradicionales.

Los alumnos intercambiaron sus producciones de texto con un compañero y el salón entro en un silencio profundo, todos se encontraban leyendo las historias de vida con gran curiosidad, pues como mencionan Ravela, Picaroni y Loueiro (2017) “El producto final va dirigido a un público determinado, a destinatarios o audiencias reales más allá del docente. Son productos para ser presentados a otros” (p.112). Finalmente se trataba de un texto muy personal, por lo que la curiosidad y el hecho de saber que sus historias se presentarían a la comunidad y no se quedarían inservibles en el salón o cuaderno, ayudó a que se interesaran más en evaluar y mejorar sus productos. (Ver Anexo 4)

Cada uno leía atentamente, pude observar cómo se detenían a leer de nuevo cuando algo no les quedaba claro y al momento de encontrar algo que no respondía a los parámetros esperados, lo expresaban utilizando la lista de cotejo. Una vez que todos indicaron haber terminado de revisar las historias de vida, tuvieron algunos minutos para platicar con el compañero que había escrito el producto revisado para hacerle algunas precisiones sobre lo que habían encontrado.

Me había acercado con todos a escuchar su retroalimentación, que iban desde mejorar el trazo de la letra pues les costaba trabajo decodificar lo que habían escrito, hasta felicitaciones, argumentado que la historia era emotiva o cumplía con todo lo solicitado. Sin embargo, me daba curiosidad la retroalimentación que Aaron haría del trabajo de Ulises, temía que fuera algo duro con sus comentarios y ello no ayudara al proceso que llevábamos hasta el momento.

—Uli, me gustó mucho tu trabajo. Entendí muy bien la historia de Nala, que mala onda que su mamá la haya lastimado, pero me da gusto saber que ahora es feliz contigo y tu familia. El título no se entiende mucho, podrías agregar el nombre de tu perrita así ya todos sabemos de qué estás hablando —Decía Aaron mientras Uli escuchaba atentamente. <sup>2</sup>

Aaron es un alumno que en comparación con Uli, tiene muchas más herramientas para abordar el lenguaje, digamos un usuario de la lengua con más experiencia y como tal, dirigió sus sugerencias con respeto pero sobre todo, al tener en cuenta el avance que Ulises ha logrado, pues en ningún momento mencionó que fuera un texto considerablemente más corto que los demás o que tuviera que recibir mi apoyo y ello demeritara de alguna manera su trabajo, al contrario. Es admitido en nuestro club como un miembro en constante aprendizaje, como menciona Smith (1994) “Los pequeños son admitidos como socios menores. Nadie en el club espera que los recién llegados hablen o comprendan como los socios plenos, aunque nadie duda que a su debido tiempo alcanzarán la competencia” (p. 14).

---

<sup>2</sup> Diálogo recuperado mediante el diario de campo.

De alguna manera todos sabemos que Uli logrará desarrollar sus competencias, pero nadie en el salón espera que lo haga de inmediato o se le condena por no haberlo hecho previamente, sino que se le apoya para que a su ritmo pueda hacerlo, en un ambiente que lo motiva y no castiga. Poder ver a los niños revisar las producciones de texto con calidez y compañerismo, fue una gran satisfacción, saber que aprenden el lenguaje mediante su uso real; “Los chicos no aprenden el lenguaje por sus empleos potenciales, sino por lo que quieren hacer aquí y ahora” (Smith, 1986, p. 5). Saber que transitamos el aprendizaje de una forma amorosa y funcional como comunidad, me hace saber que mi transformación docente se dirige poco a poco al lugar que había buscado.

Las producciones de texto estaban listas para compartir con la comunidad, y dado que no podría acompañarlos, platicamos sobre el lugar en donde pegarlas para que muchas personas pudieran ver su trabajo y de esa forma concientizar sobre el maltrato animal.

Algunos de los niños decían que el mejor lugar para pegar los carteles y las historias de vida, serían los parques, otros opinaban que serían los comercios como tiendas, tortillerías o farmacias. Cada uno expuso el lugar donde, al salir de la escuela los pegaría, acordamos, previa autorización de sus padres, que compartirían conmigo una fotografía del momento en donde realizarían esta acción.

Salimos de la escuela y pase gran parte de la tarde esperé las fotografías de los niños que no llegaban. Así que me preparé para ir a la clase del posgrado y dejé el celular sobre la mesa un tanto preocupada. En el camino pensaba sobre la posibilidad de que nadie enviara sus fotos al no realizar la actividad de compartir sus textos, creyéndolo poco significativo o al no existir supervisión personal de mi parte, me temía que miraran el proyecto como algo que hacían solo por una calificación o cumplir con la escuela y ya que realizar esto no estaba dentro de la escuela, no lo hicieran.

Durante la clase y el camino de regreso a casa, la idea me rondaba la cabeza cuando temerosa de lo que pudiera encontrar, tomé el teléfono que aún descansaba sobre la

mesa y pude ver las fotos de la gran mayoría de mis alumnos en donde compartían con la comunidad sus carteles. (Ver Anexo 5)

Mi ser se llenó de tranquilidad al saber que el proyecto no solo era importante para mí, sino para mis alumnos y sus padres que aun pudiendo evitar la actividad, la realizaron y de una manera maravillosa. En las fotos pude ver sus caritas emocionadas cuando hablaban del proyecto con otras personas, pegaban sus carteles y miraban su trabajo fuera de la escuela siendo útil. No todos los alumnos cumplieron con dicha actividad, lo supe no por el hecho de no haber mandado sus fotos, sino porque muchos de ellos me lo compartieron al día siguiente de forma personal.

Mencionaban que lo olvidaron o que no tuvieron tiempo entre sus actividades verpertinas, pero la más recurrente era que al pasar toda la tarde sin adultos en casa, cuidando a sus hermanos o en completa soledad, les fue imposible cumplir con lo programado en nuestro contrato colectivo. Lejos de concentrar mis esfuerzos en descubrir la veracidad de lo que dijeron, mi mente se concentró en algo que me temía, algo que como animadora sociocultural de la lengua significa una no tan amable noticia; que los proyectos comunitarios, por lo menos para ellos, no se desarrollaban con facilidad en otros espacios, como en la escuela.

Ya sea por desinterés de ellos o de sus padres, por falta de apoyo u organización para acompañarlos en la tarde o cualquiera que fuera la verdadera razón, supe que, para muchos de mis alumnos, la conciencia social, el acercamiento al lenguaje de una forma amorosa y todo ello de lo que hablo a lo largo del documento sobre fomentar en mis alumnos, solo tienen como espacio para hacerlo, el que les brindamos en la escuela. Que la escuela significa entonces, un espacio donde las desigualdades sociales, pueden tomar tregua por un momento y tanto los niños cuyos padres tienen la oportunidad de permanecer con ellos toda la tarde o motivarlos a participar activamente como los que no, pueden realizar las mismas actividades y desarrollar habilidades que les sirvan a lo largo de su vida.

Comprendí que el papel que asumimos quienes trabajamos con seres humanos, implica una gran responsabilidad y al mismo tiempo una oportunidad de generar espacios como los que se crean en mi aula. En donde se busca que aquellos alumnos que tienen la oportunidad de contar con todas las experiencias lingüísticas y sociales desde casa con su familia, cómo el que solo tiene lo que se ofrece en la escuela, puedan convivir juntos y crear así, espacios de colaboración, solidaridad y unión.

Los alumnos que menos necesitan de mí, son quienes en casa tienen toda una red de apoyo que les motiva y ayuda a lograr sus metas. Ese *alumno esperado* por todo docente, ese que cumple con todo lo solicitado, que ya tiene muchos conocimientos cuando llega al aula; ellos con quienes de muchas formas el trabajo, sea cual sea, fluye sin mayores complicaciones. Sin embargo, los alumnos que no cumplen con lo solicitado, que permanecen en las tardes solos en casa o en los negocios familiares, que sus experiencias lingüísticas o de conocimientos son bastante limitadas y con quienes el trabajo se complica por muchas razones, son aquellos que necesitan encontrar, probablemente en el único espacio que tienen disponible, el refugio y la red de apoyo que les motive a aprender y lograr sus metas.

Con tal responsabilidad en los hombros y consciente de la realidad que vivo con mis alumnos, pasamos a la siguiente parte del proyecto que fue recibir de la comunidad escolar y en general algunos donativos para la fundación. Gracias al trabajo de compartir las producciones de texto con amigos, vecinos y familiares, más gente se animó a ayudar y poco a poco, el alimento para perros, gatos, collares, suéteres, correas y demás artículos empezaron a llegar.

Durante toda esa semana, todos en el salón usamos los botones que diseñamos en conjunto y con ayuda de los padres de familia, mandamos a imprimir; así como las estampas que regalamos a los donantes cada que llegaban a nuestro salón o cuando en las casas de los niños, alguien nos apoyaba. Todos en la escuela sabían que, si tenían algún donativo, solo tenían que buscar a los compañeros que usaban el botón para poder entregarlo. (Ver Anexo 6)

Mis alumnos caminaban orgullosos por todo el patio con sus botones, en más de una ocasión pude ver como niños de otros grupos se acercaban a ellos preguntándoles si aun recibían donativos, qué artículos podían donar o cómo se les había ocurrido ayudar a los perros y gatos de la calle. Explicaban el proyecto paso a paso, orgullosos de lo que estaban haciendo e incluso invitándolos a hacer algo similar:

—No está difícil — decía Dylan — Les podemos ayudar, solo tienen que hacer una asamblea en su grupo y luego...

Gracias a la generosidad de todas las personas, no solo de la escuela sino vecinos, familiares y amigos de los niños, reunimos cerca de 28 kilos de croquetas para perro, 15 para gato, 73 sobres de comida, 10 pelotas, cinco collares para perro y nueve para gato, cuatro bebederos grandes, tres suéteres para gato, cinco para perro y una bolsa con 50 carnazas para perro. Todos los artículos fueron inventariados y almacenados en una bodega que tenemos en la escuela para mayor seguridad, hasta que el momento de cerrar la colecta llegó y la fundación Jardín de Perritos “Don Pedro” nos confirmó la fecha en que iría a la escuela.

El día acordado llegó, los niños y yo estábamos muy emocionados a ver todo lo que nuestro trabajo había podido reunir, así que sin perder un minuto y después de organizarnos en el salón, bajamos a la bodega donde quedaron almacenados los donativos. Los sacamos a unas mesas que colocamos en el patio y mediante equipos, nos dedicamos a separar los artículos no comestibles, de la comida para perro y para gato. (Ver Anexo 7)

No fue una sorpresa que dicha actividad era en realidad muy sencilla. Los niños están habituados a trabajar y organizarse sin que yo intervenga del todo, así que me limité a ver como acomodaban los donativos con cuidado, clasificándolos y revisaban el inventario que habíamos elaborado. Cuando todo estuvo dispuesto y aun faltando diez minutos para que la representante de la fundación llegara, cada comisión fue a los salones destinados por sus compañeros que nos acompañarían a la entrega del donativo.

Por parte de las autoridades de la escuela, no nos permitieron hacer la entrega en una ceremonia o darles parte a todos los alumnos de la escuela. Solo nos brindaron unos minutos en el patio con algunos representantes de los grupos, así como la vocal de mi grupo y su suplente para que fueran testigos de la entrega. Lamenté profundamente el que no nos permitieran invitar a los padres de mi grupo por lo menos, finalmente este también era el fruto de su trabajo y aunque había dos mamás acompañándonos, los niños y yo sentimos la ausencia de los demás padres de familia.

Cada comisión llegó al patio con los niños representantes de cada grupo, los acomodó en el lugar que les correspondía y cinco minutos después; la Sra. Liz representante de la fundación, llegó. Miro a los niños, luego a la mesa de donativos y pudimos ver en su cara una gran sorpresa, dirigí unas palabras a todos los presentes, haciendo énfasis en la importancia del trabajo en comunidad, cómo cuando trabajamos juntos podemos hacer que grandes cosas pasen y lo agradecidos que estábamos de su apoyo y presencia. (Ver Anexo 8)

América, una alumna de nuestro grupo, explicó a grandes rasgos lo que habíamos hecho, partes importantes del proyecto y dio el recuento de los donativos. Finalizamos con un gran discurso de la Sra. Liz, quien agradecía el trabajo y colaboración de los niños, diciéndoles que lo que hacían era un gran gesto humano, los invitó ayudar a quien lo necesitara.

Aplausos, sonrisas y una gran sensación de satisfacción dieron el cierre al proyecto más grande que habíamos realizado hasta entonces. No fue la fiesta que en mi mente había pensado en el centro de Tlalpan, en donde venderíamos, reuniríamos fondos y presentaríamos la campaña, pero a pesar de no ser el increíble cierre de proyecto que mi mente había imaginado, fue uno en donde logramos demostrar lo que somos capaces de hacer aún en condiciones no tan favorables. Que la comunidad significa más que estar juntos físicamente, que la escuela puede ser un espacio donde cosas que sirvan a la sociedad, pueden pasar y había llegado el momento de valorarlo.

## **2.4 Una forma diferente de valorar lo aprendido**

Una de las partes que siempre me representó la mayor dificultad, incluso cuando estudiaba en la BENM y la docencia, eran solo teorías aplicadas durante un corto periodo de tiempo, fue la evaluación. No comprendía con exactitud a lo que se refería, cuál debía ser la forma para llevar el proceso para que los resultados de ese análisis mejoraran los aprendizajes de los alumnos.

Creía que la evaluación se trataba de un momento aislado del trabajo diario en la escuela, que se limitaba a estar presente durante el final del trimestre mediante un examen, escrito o el conjunto de todas las actividades realizadas en clase para culminar en un número que determinaría de alguna forma, el avance en el proceso de aprendizaje de los niños, el anhelado diez o el temible cinco; incluso en algún momento tuve el desatino de utilizar la calificación como moneda de cambio para regular el comportamiento de los alumnos.

Al escribir estas palabras mi corazón se estremece al recordar mis primeros años de servicio, pues ahora sé que no era la manera en cómo podía acercarme a la realidad de los aprendizajes de quienes fueron mis alumnos. Saber que pude hacerlo mejor me ha atormentado en varias ocasiones, sin embargo, presentar en palabras el análisis de mi vida mediante el enfoque biográfico narrativo, según Bolívar, Domingo y Fernández, (2001) nunca ha tenido la intención de crucificar a ningún docente por las prácticas que haya usado, yo incluida. Pues si esos errores no hubieran existido, no habría tenido la motivación para buscar otra forma de ejercer la docencia y la MEB jamás habría llegado a mi vida.

De ninguna manera trataré de justificar lo injustificable, pero sí de buscar algunas razones que me ayuden a comprender por qué dichas prácticas se encontraban presentes, pues será la forma en cómo podré, en mi presente y futuro, evitar que vuelvan a mi aula. En primer lugar, considero que la forma en como fui evaluada durante todo mi tiempo escolar, cómo el sistema educativo pretende clasificar a los alumnos – y docentes- mediante números, de una forma cuantitativa y alejada de la realidad de los seres humanos

cambiantes que somos; todo ello influyó en como comprendía y desarrollaba los procesos de evaluación en el aula más allá de lo que pudiera estudiar en la Normal.

Se trataba de lo que Condemarín y Medina (2000) llaman evaluación tradicional, en donde se valoran más los cuadernos, exámenes y trabajos que los procesos que los alumnos transitan, pues romper la creencia que esos son instrumentos son totalmente confiables o que la única forma de medir los parámetros a evaluar, en el magisterio y en la sociedad en general, no es una tarea sencilla; son cuestiones que se tienen arraigadas durante años

    Cuando se concibe la evaluación como la certificación reflejada en una nota, aunque esta sea necesaria desde el punto de vista de la presión social, otorga una información restringida de algunos aspectos del aprendizaje, y no contribuye a mejorar la calidad de las competencias lingüísticas y comunicativas de los alumnos ni la calidad de las prácticas de los profesores (Condemarín y Medina, 2000, p. 25).

Se trata entonces de una visión sesgada, limitada la que emplee para evaluar a mis alumnos, en la cual para llegar al esperado diez en el examen y sentir que nuestro trabajo daba resultados, recurría fundamentalmente a la memorización, a la suma de trabajos, que, sin considerar sus dificultades o procesos, asignaba una calificación numérica. Reconozco ahora que esa práctica pedagógica sería el equivalente de querer saber lo que pasó en un momento determinado al mirar una sola fotografía.

Una parte fundamental de mi transformación docente y al trabajar bajo la ASCL en donde asumo con más responsabilidad mi papel como animadora sociocultural de la lengua es orientar a la comunidad con quién trabajo, mostrándoles a través de lo realizado en el aula, que existe una forma diferente de evaluar; lo que Condemarín y Medina (2000) denominan evaluación auténtica

    Se centra en las competencias que se busca desarrollar a través de la acción pedagógica; es decir, se piensa el problema de la evaluación al interior del problema de la acción pedagógica, comprometiendo al alumno en ella, con el fin

último de transformar la evaluación en una actividad “formadora” al servicio del mejoramiento de la calidad de sus aprendizajes (p. 22).

Una que valora los procesos a través de actividades que sean funcionales, que hace partícipes a los alumnos y sobre todo, que comprende a la evaluación como un proceso para estimar las acciones que hemos llevado a cabo; que se emplea de forma permanente y no únicamente al final del proyecto o trimestre. Una evaluación contextualizada, apegada y funcional a las personas que se pretende apoyar mediante los resultados, de modo que el tiempo de evaluar aprendizajes que solo sirven en las cuatro paredes del salón, que pretenden una falsa equidad y funcionalidad, queden atrás.

El proyecto *Guau guau – miau miau* tuvo diferentes momentos de evaluación, uno de los más significativos para mí, fue cuando emplearon la coevaluación, los alumnos orientaron a sus compañeros en la forma en cómo podían mejorar sus producciones de texto. En donde elaboramos de manera conjunta el instrumento empleado; la lista de cotejo para determinar qué aspectos evaluaríamos. Pues que de esa manera es como los alumnos no solo supieron que se evaluaría, sino que ellos mismos al determinar los parámetros, se responsabilizaron de mejorar sus producciones y así, su proceso de aprendizaje avanzó.

Durante el desarrollo del proyecto, cuando tuvimos algunas dificultades para la ejecución como la habíamos pensado en un inicio, valoramos las posibilidades, realizamos en la comunidad los ajustes necesarios para llevarlo a cabo. No es el tipo de evaluación que centra su atención en los aprendizajes; sin embargo, es del tipo sorpresiva y necesaria para ajustar la realidad de nuestras posibilidades al objetivo del proyecto. Se trató de evaluar nuestros avances y tomar decisiones en comunidad sobre la forma en cómo continuaremos.

Finalmente, al cierre del proyecto, cuando los donativos fueron entregados a la fundación Jardín de perritos “Don Pedro”, realizamos una autoevaluación que consiste en que cada alumno, mediante un instrumento de evaluación que fue en este caso, una escala

estimativa empleando código de colores, determinó su avance. Una forma de valorar su trabajo, con ayuda de afirmaciones clave que fueron propuestas por todos. (Ver Anexo 9)

—Maestra, cómo ve, ¿Sí participé en bien en el proyecto? — Preguntaba angustiado Daniel.

Pude percatarme que para los alumnos es complicado valorar su trabajo, a diferencia de lo que creía, son muy duros consigo mismos y consideran, la mayoría de las veces, que su trabajo no es lo suficientemente valioso. Esperan que alguien, en este caso yo como su docente, les afirme lo contrario, como mencionan Condemarín y Medina (2000) “Los alumnos actúan como objetos de evaluación, más que activos participantes en el proceso de elaboración e interpretación de los resultados, y dependen exclusivamente de su profesor para obtener una apreciación de su trabajo” (p.18). Sintiéndose un objeto de evaluación, no agentes capaces de valorar su trabajo o el de sus compañeros e incluso, de cambiar el estado de sus aprendizajes.

Es por ello que al proponer la evaluación auténtica, tengo el objetivo que ninguno de mis alumnos vuelva a sentirse un objeto al cuál hay que evaluar o decirle cómo fue su desempeño sin tener en cuenta su opinión o valoración, sino enseñarles a través del trabajo en el aula, que no solo es importante su participación en la ejecución de los proyectos, sino al momento de determinar en qué podremos mejorar; brindarles, como mencionan Ravela, Picaroni y Loueiro (2017) que “Todos los estudiantes deberían saber que tienen más oportunidades para mejorar, completar y lograr su desempeño de comprensión, dado que así es como se trabaja normalmente en la vida real y en la producción del conocimiento” (p. 103).

Deconstruir mi concepción de evaluación, ha sido uno de los más grandes desafíos de mi trayecto docente, sin duda es, donde más fallos he tenido y del que aún me siento en el proceso de aprender y aplicar la evaluación auténtica. Sin embargo, sé y confío, que, aunque me represente muchos retos por vencer y pensamientos que modificar, el valorar el avance de mis alumnos a través de situaciones reales como los proyectos que hacemos, concebirllos como agentes importantes en el proceso, como cuando diseñamos

juntos los instrumentos y dejamos de lado la evaluación unilateral, será el apoyo perfecto para que los procesos de aprendizaje de los alumnos tengan el impulso que la educación básica de este país necesita.

Modificar aquellas ideas sobre la forma en como implementaba la evaluación en mi aula, no ha sido la única que necesitaba, y con urgencia una nueva perspectiva. La lectura ha sido una gran compañera de vida, con quien después de muchos años logré reconciliarme y hacerla nuevamente parte de mi vida. Sin embargo, hacer propias nuevas ideas a través de la MEB, fue el respiro, explicación e impulso que mi docencia no sabía que necesitaba hasta que lo encontré.

## **2.5 Porque leer es maravilloso y ya**

Desde que era una niña sabía que me gustaba leer, no en la escuela, pero sí en otros espacios, aunque no comprendía por qué. Pensaba entonces que la lectura se dividía en dos opuestos extremos; la que se disfruta y la que se sufre, como si en la escuela cuando me aproximaban al lenguaje, fueran por el camino de la derecha y mi mente, deseara ir por la izquierda.

Pasaron años en los cuales pensaba que estaba mal el querer acercarme a la cultura escrita a través de mis experiencias, de lo que sentía, imaginaba o pensaba pues en el lugar donde se suponía, debía aprender *el uso verdadero del lenguaje*, me dijeron que todo lo que fueran mis experiencias sobre un texto, poco importaba si no podía comprender lo que el autor había expresado.

Es por ello que, al estudiar en la MEB sobre los diversos modelos de lectura, mismos que se refieren a diferentes concepciones en el modo en como los seres humanos nos relacionamos y adquirimos las habilidades para comprender el lenguaje escrito, encontrar el modelo transaccional que propone Louise Rosenblatt (1996) y realizar este proyecto bajo su visión, 22 años de lectura incomprendida tomaron sentido.

El modelo transaccional se trata de una visión que retoma el contexto en el cual los lectores nos encontramos al momento de relacionarnos con el portador de texto, para determinar la forma en cómo podremos comprender o no lo escrito. Propone que cada uno de nosotros, desde nuestros primeros años de vida tenemos algo que llama *habilidades lingüísticas*, que, dependiendo de nuestra familia o contexto cercano, son más o menos enriquecedoras, y son ellas quienes pudieran favorecer o no, que nuestro cerebro entienda lo escrito.

Plantea que el significado no se encuentra en las letras, sino en la mente de cada lector que se acerca al lenguaje escrito; cada persona le da al texto un significado diferente, pues nuestras habilidades lingüísticas son tan variadas que sería imposible entender exactamente lo que otra persona, pues nuestro contexto, preferencias y vida es tan diversos que hace que nuestra atención se focalice en diferentes partes de un mismo texto; la parte eferente y estética.

Dentro de las muchas bondades del modelo, se propone que no existe un único significado del texto, así como un único lector

El término “lector” implica una transacción con un texto; el término “texto” implica una transacción con un lector. El “significado” es aquello que sucede durante la transacción. De ahí la falacia de creerlos entidades separadas y distintas en lugar de factores de una situación global. (Rosenblatt, 1996, p. 11)

Ambos se ven influenciados por el momento en el cual empiecen a interactuar, que la vida, sentimientos o intereses del lector serán fundamentales para determinar la forma en cómo se aproxime al texto y, por ende, lo que comprenderá de él.

La transacción inicia cuando el lector, a partir de las experiencias lingüísticas previas que tenga sobre lo escrito, se acercará al texto y creará su propia versión, que puede o no tener puntos en común con el propósito del escritor, pero que justamente eso es lo que hace que la cultura escrita crezca; las nuevas contribuciones de cada persona al pensar

y sentir diferente. *¿De qué otra forma el conocimiento en cualquier área podría avanzar si todos pensáramos igual?*

No entender con exactitud, lo que mis maestros o compañeros comprendían de un mismo texto, me hizo derramar lágrimas de frustración, no sabía entonces que mis experiencias previas, al ser diferentes, me brindarían en consecuencia un significado diferente, que tenía el potencial de hacer crecer al texto, brindar un punto de vista diferente haría que la atención se centrará en otros puntos importantes que tal vez, nadie hasta el momento había considerado.

Es por ello que conocer este nuevo panorama, ha traído a mi vida y docencia, una bocanada de aire fresco, la explicación de cómo me acerco, desde niña, a la cultura escrita y, sobre todo, una propuesta más comprensiva, amable y cercana a los procesos de lectura por los que mis alumnos transitan.

En el proyecto que realizamos, la lectura tuvo un papel fundamental, no solo en las actividades académicas, que es donde generalmente se encuentra presente, de una forma tan cotidiana que a veces pasa desapercibida. Los alumnos investigaron, por ende, leyeron sobre maltrato animal, recopilaron datos que expusieron en sus carteles, exploraron e hicieron historias de vida, contrastaron sus ideas y experiencias con las de sus compañeros. Sin embargo, una parte que para mí era fundamental brindarles, era la oportunidad de que pudieran observar que, en la escuela, se puede leer por placer; porque es maravilloso y ya sin que haya que hacer algo académico necesariamente.

Es por ello, que la actividad permanente de leer un cuento o libro álbum al finalizar el día, mientras el proyecto se desarrollaba fue la oportunidad perfecta para poder observar en la práctica, cómo la parte eferente y estética de los textos se unen. Cómo el cerebro humano, dependiendo de la necesidad de significado que busque, determina si focalizar la atención en la parte lógica, cuantitativa o en la parte emotiva, cualitativa de la cultura escrita.

Pude observarlo cuando mis alumnos, necesitaban identificar datos sobre maltrato animal o saber lo que trataban de expresar las historias de vida y su parte eferente entraba en acción, al identificar datos generales del texto, aquellos puntos en común que todos compartiéramos. Sin embargo, al momento de pensar en sus propias mascotas al leer las historias de vida o los cuentos al finalizar la jornada, ello les evocaba recordar sus vivencias y traerlas al presente para comprender lo que un conjunto de marcas en el papel, trataban de expresar; recurrían a su vida para comprender el mundo que los rodeaba.

Me percaté entonces de algo que nunca había considerado, que, en ambos momentos de lectura, cuando leíamos los libro álbum o cuando se trataba de buscar coincidencias en las historias de vida, la parte eferente y estética de los textos, estaban presentes. “En la vida real, la selección de una postura predominante no es arbitraria, sino que se da en función de las circunstancias, de los motivos del escritor, del tema y de la relación entre escritor y posible lector o lectores” (Rosenblatt, 1996, p. 28).

No se trata de pensarlas como agentes separados, opuestos, que deben tener un trato diferente, pues nuestra necesidad de brindarle significado a estas marcas a las que llamamos letras, es la que hace que recurramos a alguna de forma automática, que dependen de lo que necesitemos extraer del texto, una u otra se hará más o menos presente. Pero que, al abordarlas juntas, es como podremos entonces comprender la compleja cultura escrita, en lo que Rosenblatt (1996) llama; el continuo eferente – estético. Mi pensamiento se transformó cuando comprendí que lo que sentía al leer y el significado compartido con otros lectores, no son opuestos, ni habría que valorar más uno que otro, sino que el comprenderlos como un todo, era un dato faltante cuando trabajaba el lenguaje en la escuela.

Haber deconstruido mi pensamiento y poder saberlo ahora, conocerlo e incluso vivirlo como escritora, lectora y docente, es lo que me permite tener la tranquilidad de saber que no se trata de la lectura que me gusta y la de la escuela. Que podemos comprender juntos aquellos elementos generales de los textos, partes que todos tenemos en común pero

también, reconocer, valorar y traer a la escuela aquellas experiencias personales que nos evoca la increíble acción de leer; ahora lo sé, siempre debieron ir juntas.

Propongo ahora en mi aula, ese espacio de lectura amorosa, donde el objetivo principal es disfrutar de la belleza que nos propone la LIJ, sin que obvias preguntas o la incansable búsqueda de un único significado nos robe el momento de transmigrar (Wolf, 2008) y podamos así, consolidar el bello hábito de leer por placer; pues cómo menciona Aguilar, (2019) “Para promover un hábito [...] primero debe tocar el corazón” (p. 33). Leer porque es maravilloso, porque la LIJ toca nuestro corazón, mueve nuestras ideas, porque a través de ella aprendemos del y con el mundo, pero sobre todo por mi ferviente deseo de ofrecer a mis alumnos una forma diferente de acercarse a la lectura, misma que hice propia como resultado de mi metamorfosis docente.

### **CAPÍTULO 3**

#### **CRÓNICAS DE UNA METAMORFOSIS**

Uno de los argumentos que sostengo a lo largo de todo el documento, es que los docentes tenemos, aunque para muchas personas lamentablemente no sea tan evidente, una vida fuera del centro escolar. Diversos eventos, vivencias, experiencias y situaciones que hacen que nuestra docencia que ejerza de determinada manera. Eso es lo que hace que cada docente, aunque trabaje en condiciones y comunidades similar, ejerza la profesión de forma diferente dependiendo de aquellas experiencias que marcaron su vida.

Como presenté en el primer capítulo el haber estudiado en una escuela fría, sola y aburrida me llevaron, sin saber, hacía la búsqueda de un panorama diferente, más apegado y funcional para mis ahora estudiantes y la docente que soy hoy. Sin embargo, reconozco que los cambios no siempre ocurren en un parpadeo, son sencillos o amorosos, hay algunos que se viven dentro de la incertidumbre, en el miedo a lo desconocido y contra la seguridad que brinda la fuerte corriente de hacer siempre lo mismo, aunque sepamos que no funciona.

El camino que atravesamos en nuestra formación de animadores socioculturales de la lengua, de una práctica docente aletargada, inmóvil, estéril y carente de sentido como lo era la mía antes de ingresar a la MEB, a uno diferente ha estado lleno de inseguridades, de noches despierta pensando si lo que estaba haciendo era lo correcto y si cada difícil paso transitado en la metamorfosis de mi práctica, por más incómodo o doloroso que fuera, de verdad me acercaba a la docente que pretendía ser.

Miré con incertidumbre, como al mismo tiempo que mi práctica docente se modificaba, mi vida de alguna manera también lo hacía. Como aquellas limitadas habilidades en lectura, escritura y oralidad con las que contaba antes de ingresar a la MEB se transformaron, se enriquecieron y ello beneficiaba mi trabajo en el aula. Comprendí una vez más, que los cambios no son parciales, que mi vida como mi docencia están unidas para fortalecerse mutuamente y sobre todo reconocí que el haber estudiado el posgrado

en educación básica, me ha enseñado y transformado mi vida en tantos ámbitos, mucho más de lo que pude soñar aquel febrero del 2021 cuando casi por accidente encontré perdida en una página de redes sociales, la convocatoria publicada.

### **3.1 Las tres lecciones**

La MEB ha sido una serie de afortunadas sorpresas en mi vida. Todo inició cuando ingresé en la plataforma la documentación y creí que no los aceptarían pues el proyecto solicitado, según mi perspectiva, no era lo suficientemente bueno, y lo fue. Después creí que el ensayo que se pedía como examen no sería suficiente para pasar a la siguiente fase, y lo fue.

Finalmente creí que, al presentar la entrevista, el esperado pero temido rechazo llegaría, pero no fue así. Pase cada una de las fases, en donde pensé que no lo lograría, que quizá no tenía lo necesario para estudiar un posgrado en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) y hoy encontrándome aquí, habiéndola culminado y aprendido tanto de ella, reconozco que la primera gran lección que me dio aún sin estar en sus aulas fue; cree en ti.

Cuando las clases iniciaron, inmediatamente me di cuenta que no sería nada parecido a lo que había estudiado antes. Esperaba el estéril y conocido esquema en donde el profesor habla la mayor parte del tiempo, los alumnos escuchan, participan con su interpretación de las lecturas y su opinión o vida no eran relevantes para el diálogo. Cuál fue mi sorpresa al llegar a una forma completamente diferente de trabajo; amorosa y paciente, en donde se compartía literatura por gusto, donde leíamos y la parte estética de los textos de la que Rosenblatt (1996) habla se fortalecía, pero, sobre todo, en donde las relaciones personales se veían continuamente fortalecidas, creábamos entre mis maestras y compañeras, una red de apoyo, confianza y solidaridad.

La maestría llegó a mi vida cuando más la necesitaba, pero no lo sabía. Cuando estaba lista para compartir mi vida, heridas y secretos con la gran comunidad que día a día, clase a clase habíamos formado y fortalecido. Conuerdo con Bolívar, Domingo y Fernández

(2001) cuando afirman que se requiere de “Un contexto afectivo y de colaboración en el grupo para que pueda tener lugar de un modo efectivo” (p. 228) que fue lo que mis compañeras y yo logramos. El análisis que el EBN propone, no hubiese sido el mismo en otro contexto y condiciones y por ende, la transformación no hubiera iniciado.

Creamos en conjunto, un espacio de escucha atenta y respetuosa en donde cada cosa que compartí, ya sea laboral o personal fue escuchada, validada y apreciada. Cuando con el miedo natural de sentirme juzgada, coloqué mi vida al frente para compartir con mis compañeras y maestras: crecí.

Con cada opinión, palabra de aliento, consuelo, historia similar y apapacho, mi vida se vio fortalecida de una forma que jamás imaginé. Fue un espacio que no busqué pero que, al mismo tiempo, dio ánimo a mi alma para saber que, así como los libros de cuentos me habían ayudado a fortalecer lazos de comunidad en algún punto de mi vida, ahora crecían y se expandían aún más al pertenecer a este increíble espacio rodeada de mujeres valientes, inteligentes y amorosas. Aquí fue donde la maestría me regaló la segunda gran lección; al compartir, puedes crecer.

Mi vida y docencia nunca habían tenido tanta claridad, amor y comprensión como en el momento que compartí con esta increíble red de apoyo y puede a través de las palabras que expresé y las ideas que me aportaban, conocerme sin filtros ni prejuicios. No solo como la docente que llega puntualmente a su escuela todos los días, sino como la humana que también se cansa, que a veces no tiene motivación, pero que continuamente trata de comprender lo que sucede en el aula y a través de ello, transformar su práctica.

Estudiar en la MEB me ha dado la certeza de que el cambio educativo que se pretende suceda en la educación básica ha de iniciar desde los docentes tengamos la oportunidad de vivir como estudiantes aquellas metodologías amorosas, cercanas y colaborativas pues sería muy complicado que, al actualizarnos en enfoques aislados, carentes de colaboración o sentido de pertenencia, podamos en el aula aplicar algo que fuera diferente. Nuestro trabajo es humano, permeable, vivencial y personal por la forma en como nuestra vida influye en el trabajo

Ya que, en el desarrollo profesional de los profesores, cada uno de ellos es único y este puede ser comprendido únicamente desde su propia trayectoria profesional; por otro lado, cada profesor presenta aspectos comunes en su desarrollo dentro de un grupo, con quienes comparte una misma historia dentro de una institución educativa” (Huberman, 1999 como se citó en Huchim y Reyes, 2013, p. 11)

Por lo que nuestra docencia en consecuencia, requiere una metodología que responda a esas necesidades humanas, no exclusivamente cuantitativas ni estandarizadas. En donde al mismo tiempo que se respeta y promueve el desarrollo y bienestar del individuo no se pierde de vista el colectivo, los objetivos comunes y lo que podemos aprender en conjunto. Yo lo llamo, ser uno mismo en compañía.

Saber, al haberlo experimentado, que lo que había buscado desde que egresé de la licenciatura; una forma diferente, amorosa, paciente, cercana para aprender en comunidad, sí existía. Que no era solo un ideal de mi imaginación, que existe, que tiene un profundo respaldo teórico y que, además, funciona para lograr todos aquellos requerimientos académicos que se solicitan en el currículo de educación básica.

Aprendí que la educación no tiene que ser fría, lejana, sin sentido y mucho menos aburrida. Que puede ser tan maravillosa como explorar la lectura por gusto sin que ello implique escolarizarla, que puede ser tan divertida como planear y jugar un torneo de fútbol, con tanta conciencia social como para ayudar a animales en situación de calle y sensibilizar a muchas personas sobre el maltrato animal. Y todo ello, fortalecía los lazos de comunidad, al trabajar juntos, valorar y hacer que cada alumno atesore su avance, atendíamos los aprendizajes esperados del grado, manteníamos una comunicación cercana con los padres de familia e involucrándolos con el trabajo, dejamos a la escuela estéril, aburrida y carente de sentido o pertenencia, fuera de la vida escolar de mis alumnos y por supuesto, de la mía.

No es un secreto que estudiar un posgrado en una institución pública y de renombre como lo es la UPN, conlleva un gran esfuerzo, dedicación, desvelos, rigurosa

organización de tiempo, deconstrucción, enfrentarse a la realidad de nuestras acciones y en muchas ocasiones ir contra la fuerte corriente de un sistema educativo cómodo. El inevitable cansancio ha de llegar y con él, algunas repercusiones en la salud física o emocional, las 24 horas del día no ser suficientes para atender todos los aspectos de la vida al mismo tiempo y por ello, dejar en el olvido temporal a personas o actividades que también se disfrutaban.

Pero como decimos en la Unidad 095 Azcapotzalco: *La maestría se sufre, pero se goza*. En cada clase cuando aprendí algo nuevo y pude comprender lo que cotidianamente sucedía en mi aula, pues al tener una explicación del porqué de los procesos de los alumnos, pude entonces diseñar una forma de mejorar o modificar ciertas prácticas que no estaban dando los resultados esperados.

Cuando veo y escucho a las amigas que hice al estar aquí, mujeres fuertes, empoderadas y sensibles con quienes tengo la fortuna de compartir, no solo un espacio, sino el amor a la docencia, al lenguaje y vivo a través de mis sentidos lo que la ASCL puede hacer en las personas. Cuando leo mis trabajos, perspectivas anteriores y veo con gran satisfacción el cambio que se ha dado en mi pensamiento, sentimientos y progresivamente, en como contribuyo para que más y mejores cosas sucedan en mi aula.

Hoy al pararme frente al espejo, observé más allá de las marcadas ojeras y ojos levemente irritados por el sueño interrumpido. Descubrí una cara tranquila, feliz, satisfecha con su docencia y con las cosas que suceden en su aula. La maestría me había dado su última gran lección; eres capaz de hacer que mejores cosas sucedan en la educación de este país.

Ahora lo tengo más claro que nunca, la vida no es de un solo color, matiz o estilo. Siempre habrá un poco de cansancio o estrés, sobre todo si lo que se está haciendo vale la pena. Sé con absoluta certeza que el proceso de transformarme, aprender, ser una mejor persona y docente que el día anterior, vale cada paso complicado o cansancio que haya

que enfrentar. Hacerlo, requirió trabajar mi autobiografía y todo lo que ello implica; fue un proceso difícil pero fructífero, digamos que se concibió en flama bajita.

### **3.2 Escritura a fuego lento**

Habría confirmado casi con certeza absoluta que antes de ingresar en la MEB, yo sabía escribir. Lo que no sabía entonces, era que una persona puede estar alfabetizada en algunos contextos, pero no así en todos los que el lenguaje puede ofrecer. Efectivamente yo sabía escribir textos estandarizados, carentes de esencia, belleza o significado, pero que en ese momento eran suficientes, para que las personas con quienes deseaba comunicarme, pudieran entender lo que quería decir. Todo cambió cuando la narrativa apareció en el horizonte y yo tuve que desaprender algunas cosas.

Supe entonces que, si bien las herramientas que tenía serían de utilidad, habría muchas más que tendría que conseguir para poder siquiera soñar en alcanzar la belleza y profundidad de las palabras que leía en los textos de mis maestras o compañeras de la MEB de generaciones anteriores. Cuando narraban lo sucedido en una clase normal y lo transformaban a través de sus palabras en algo que no solo me hacía sentir parte de ese momento, sino que me al mismo tiempo, podía reflexionar sobre la vida misma. Lo descubrí entonces y lo confirmo ahora; la escritura puede ser magia, “Es estar habitado por un revoltijo de fantasías, a veces perezosas como las lentas ensoñaciones de una siesta estival” (Montero, 2022, p. 19).

Con gran premura, como cualquier infante que está aprendiendo a caminar, inicié el trayecto sobre mis inexpertas piernas, aproximándome al terreno de la narrativa. Di mis primeros pasos y caí cruelmente en los baches de los lugares comunes, tropecé con la coherencia mal estructurada, resbalé en el escaso análisis de mis palabras y las metáforas que ni yo comprendía. Comparé despiadadamente el tipo de escritura de una persona que había logrado culminar la maestría, digamos un usuario de la narrativa con más experiencia, con mi escritura que apenas estaba familiarizándose con este nuevo mundo.

Reconozco lo injusta que fui con alguien que apenas entraba, como menciona (Smith 1986) al club de los alfabetizados. Caí en el error de pensar que por conocer el código y saber descifrarlo, podría entonces dominar sin experiencia previa cualquier tipo de escritura sin tener que tropezar o caer algunas veces. En los tropiezos fue donde encontré lo necesario para empezar a ser una usuaria de la narrativa con más experiencia y comenzar a domesticar mis palabras. Para mi fortuna, usuarias más experimentadas que yo; mis maestras, fueron increíblemente gentiles para aproximarme a esta nueva forma de escritura, confiaban en mi proceso, avivaban la llama de mis ideas haciéndolas crecer con cada lectura y sugerencia, porque finalmente, así como los lectores crecemos cuando leemos, los textos crecen cuando alguien los lee.

Aprendí entonces a no ser tan exigente conmigo misma, brindarme la oportunidad del error, de aprender, buscar ayuda y a darle el tiempo necesario, al texto y a la escritora para que las ideas tomen su curso, sin precipitarlas o apurarlas; una escritura a fuego lento. Comprendí que mis textos jamás serían todo lo increíble que pudieran ser si me sucedían dos cosas, si no tenía por lo menos un borrador mental de lo que se deseaba expresar y si pretendía que no tuviera detalles por mejorar a la primera vez que sale a la luz del sol.

Algunas lágrimas de frustración me costaron aprenderlo, pero sé que crecí como escritora, cuando comprendí que los que escribimos, lo hacemos mucho antes de apretar las teclas de la computadora o tomar el lápiz, que pasamos por diferentes etapas en el proceso cognitivo de construir un texto, a lo que Flower y Hayes (1980) se refieren como un proceso no lineal constituido por diferentes etapas; pre-escritura, escritura y reescritura

La “preescritura” es la parte previa a la aparición de las palabras sobre el papel, en la “escritura” se redacta el producto, y en la etapa e “reescritura” vuelve a trabajarse dicho producto de modo definitivo. Sin embargo, tanto el sentido común como la investigación nos dictan que los escritores constantemente están planeando (pre-escribiendo) y revisando (reescribiendo) a medida en que

componen (escriben), y no lo hacen en etapas claramente identificables (Flower y Hayes, 1980, p. 4)

Por lo que ahora comprendo que el proceso inicia en la mente del escritor, cuando lavamos los trastes o doblamos ropa y hacemos de la cotidianidad el momento donde se “Forjan una representación interna del conocimiento que utilizarán durante la escritura” (Flower y Hayes, 1980, p. 7). El momento donde tomamos decisiones trascendentales de nuestra obra, el orden de las ideas, qué palabra sonará mejor en combinación con otra, cuál es la idea sobre la que deseo llevar el escrito, qué autores podrían ayudarme a explicar lo que pienso; la pre-escritura.

Por eso hablo de una escritura a fuego lento, dejamos las ideas en la flama bajita, permitimos que suelten sus maravillosos sabores, brindándoles el tiempo de mezclarse, con la suficiente paciencia para recordar que

Se planifica, no solo al inicio, sino que sucede durante todo el proceso de escritura, esta planificación varía de una situación de escritura a otra y de la experiencia del escritor tanto con el tema como con el tipo de textos (Correa, 2019, p.23).

Dicha etapa no sucederá en un único momento durante el proceso de composición, sino que podrá ser una constante a la que podamos regresar cuando el texto lo amerite. Lo cual, brindó tranquilidad a mi inquieto corazón para saber que si las primeras ideas al momento de escribirlas no cumplían con el objetivo designado, podía regresar a la pre-escritura para rediseñarlas y ordenarlas cuantas veces sea necesario.

La oportunidad de reajustar la receta con cada mirada que nosotros u otros nos regalan es la parte del proceso que Flower y Hayes (1980) denominan como revisión “Puede ser un proceso consciente en el cual los escritores leen lo que han escrito, ya sea como un trampolín para posteriores producciones, o con miras a evaluar sistemáticamente y/o a revisar el texto” (p. 9). Acciones que en la MEB llevábamos a cabo mediante la estrategia de escritura colectiva y mediante el trabajo colaborativo, teníamos la oportunidad de mejorar no solo nuestros textos, sino como escritoras.

Es por ello que valoro el increíble regalo que maestras y compañeras me daban cuando leían mis escritos y a través de sus sugerencias, perspectivas y observaciones, mi texto y yo, mejorábamos; él en sus letras y yo como escritora de narrativa, pues “Nadie se convierte en un mal escritor por escribir algunas –o varias– versiones desafortunadas, como tampoco nadie es calificado de pésimo investigador cuando se encuentra con resultados contradictorios” (Castello, 2009, p.159).

Contar con una red de apoyo para comprender nuestros procesos, brindarnos ayuda cuando las ideas no fluyen o simplemente acompañarnos en el proceso de escritura, es de las mejores situaciones que he vivido. Sé que en gran medida mis experiencias lingüísticas y con ello mis habilidades de escritora han mejorado gracias a esa increíble estrategia que en la MEB los docentes proponen, así como la gran amistad que con mis compañeras hemos sembrado y cuidado día a día.

A través de los desvelos comprendí que la escritura no es una actividad rápida, cómoda, sencilla o prefabricada. Por el contrario, descubrí la ansiedad que se vive en el proceso, cuando el cansancio de la vida se junta con la desesperación de que las ideas fluyan exitosamente y no sucede, cuando la fecha de entrega se va aproxima día con día y las palabras aún no cumplen con la expectativa deseada para que sean leídas.

Enfrentar la temible hoja en blanco que permanece inmóvil ante mis ojos, me ha hecho entrar en la desesperación de escribir y borrar párrafos completos que no expresan lo que quiero decir o, por el contrario, aferrarme a ellos sin estar completamente convencida de sus palabras, porque el esfuerzo aplicado se esfumaría en un segundo y me niego a dejarlo ir, “Al igual que el lector que aborda un texto, el escritor que se halla ante una hoja en blanco, tiene como única fuente su propio capital lingüístico” (Rosenblatt, 1996, p. 26). Mis experiencias previas, lo que conozco de la lengua escrita y yo, contra la resistencia a escribir.

La escritura académica no ha sido un proceso sencillo para mí, ha implicado la deconstrucción de mi pensamiento, asimilar la frustración, sobrellevar el cansancio físico

y mental al permanecer frente a la computadora varias horas dándole orden a mis ideas. Quienes hemos incursionado en la aventura de escribir textos académicos, sabemos que se crea el escrito desde que investigamos, analizamos y plasmamos nuestras ideas, hallazgos en la hoja en blanco, solo para descubrir que necesita muchas horas más de trabajo para poder ser presentado a los lectores.

Castello (2009) propone que mirar la escritura académica desde la perspectiva idealista de esperar a las musas que vienen a darle al escritor toda la inspiración, es una acción irreal y peligrosa

Porque escribir textos académicos es un proceso largo y complejo que requiere de una intensa actividad cognitiva que exige, como mínimo, buscar información, seleccionar la que consideremos más relevante, ordenar y organizar esta información en función de los propios objetivos, y ensayar varias formulaciones sobre el papel hasta que, después de sucesivas revisiones, se consigue que el texto final se aproxime a lo que pretendíamos. (p.4)

Pensar que únicamente en el momento que haya inspiración los textos podrán crearse, resulta en la romanización de un proceso sumamente complejo que requiere disciplina, compromiso y dedicación. Ello podría conllevar a que escritores inexpertos como yo, creamos que no tenemos las habilidades necesarias para crear nuestros textos y desanimarnos por completo en el proceso, cuando en realidad no se trata de talento nato o inspiración, sino de trabajo, dedicación y expertiz que se va generando paulatinamente; de habilidades en desarrollo.

Esto es lo más maravilloso que he aprendido durante mi proceso alfabetizador, comprender que los días en que puedo acomodar las ideas en el texto y quedar completamente satisfecha en los primeros intentos no son la constante en el proceso de escritura, ni tampoco un ideal realista. Así que aquellos días en que la escritura me tortura y las ideas no emergen de mi mente con facilidad, suelo recordar que no duran para siempre por lo que reconozco que cada día que escribo sea favorable o no, sea una o diez cuartillas, aprendo algo nuevo, evoluciono y avanzo.

Durante la escritura de todos los textos que he creado durante mi proceso de alfabetización en la MEB, he derramado varias lágrimas. Algunas de frustración al pretender y fallar en que mi texto sea perfecto a la primera revisión, otras de tristeza al tocar viejas heridas que había tratado de ocultar pero que mediante la escritura he podido reconciliarme con ellas y cada día duelen menos. Por último, las de felicidad al ver a la distancia el trayecto que me condujo hasta aquí, las grandes lecciones que he aprendido, pero, sobre todo, los grandes cambios que tuve y de los que me siento muy orgullosa. Cambios en mis pensamientos y acciones que me acercan cada vez más a la docente y ser humano que anhelo ser.

Este y todos los trabajos que han nacido a partir de estudiar el posgrado, han tenido un proceso similar, algunos han tenido más tiempo y paciencia que otros, por ejemplo, el que se encuentra ante sus ojos ahora mismo, contó con una escritora más paciente, amorosa y experimentada que el primer documento solicitado en las clases. Sin embargo, estoy agradecida de cada palabra, tropiezo o error, pues sin ellos, yo no hubiera adquirido la experiencia necesaria para verlo nacer y hacerlo crecer.

Ordeno las ideas en mi mente antes de presionar cualquier tecla en la computadora, pienso en el objetivo de lo que escribiré, reviso mis notas de todo lo que haya pasado en el salón de clases para retomar de la manera más fiel posible, las voces de otros grandes actores que estuvieron conmigo a cada paso, miro fijamente el reflejo en el espejo del autoanálisis, determino los aciertos, errores y cambios que puedo percibir en mí a través de las palabras y acciones.

Así es como este trabajo de titulación se vio nacer en los archivos de mi computadora y de mi mente, se sazonó cada idea, dándole el tiempo de emerger de mi pensamiento y brindarle un lugar aquí, con todo el tiempo que la fecha de entrega me permite darle. Saber que va a tener detalles por mejorar cada vez que pase por los ojos lectores de alguien; me da tranquilidad. Pues es el firme recordatorio que no está inerte, permanece vivo e incluso después de muchos años de haber salido de esta computadora, tenga la oportunidad de crecer más.

La escritura es magia, es hermosa, transforma, crea, motiva, inspira, pero también cansa, duele e incómoda. No está dentro de un solo extremo, como todo lo que realmente está vivo, cambia y se mueve dentro de todas sus posibilidades, haciéndome pasar de un estado a otro mientras más me acerco a ella, recordándome en todo momento que la vida como la escritura, cambia; “Ya que mientras parece que el escritor vacía su esencia en un papel en blanco, en realidad se está llenando así mismo del mundo” (Aguilar, 2019, p.99).

Al ser un proceso tan importante desde el aspecto cognitivo, social y emocional por todas aquellas habilidades que se desarrollan al llevarlo a cabo, considero importante reflexionar y cuestionar sobre el espacio inexistente que nos brinda la SEP para aplicar este proceso, pero que contrariamente, se exige que cada docente las tenga desarrolladas, como si se tratara de un proceso estático y permanente. Quienes trabajamos en el sector público de la educación alguna vez hemos escuchado, como alguna persona, familiar o conocido ha emitido algún comentario sobre las pocas horas laborales que trabajamos, refiriéndose a nuestro trabajo como fácil, sobrevalorado o demasiado condescendiente con los docentes.

Por lo que me es importante aclarar, que dentro de las cuatro horas y media que en apariencia dura la jornada laboral, no se brindan espacios para que los docentes podamos investigar, actualizarnos o realizar procesos de escritura de análisis y reflexión sobre nuestro trabajo como acciones permanentes, indispensables en la labor docente pues estamos dedicados el cien por ciento del tiempo al trabajo académico con nuestros estudiantes.

Entonces al reconocer que si no llevamos a cabo esas acciones nuestra labor no podría actualizarse, mejorar o transformarse, debemos tomar una decisión; ya sea no llevarlas a cabo, hacerlo durante el tiempo de clases, aunque implique descuidar al grupo o como en el caso de la mayoría, trasladar dichas actividades a casa y a nuestro tiempo libre, lo

que se traduce en trabajar muchas horas más de las que la SEP, alumnos o padres de familia se pueden percatar, pues

Quando se propone que los maestros deben leer para que sean profesionales y productores del conocimiento, se tiende a olvidar que las condiciones de trabajo del maestro de grupo llevan a otros usos de los libros, muy distintos a los académicos [...] La lectura generalmente debe hacerse en horas no pagadas, o más bien en ese “tiempo voluntario” que subvenciona la jornada laboral del magisterio de base (Rockwell, 1992, p. 47)

Trabajo brindado por nuestra propia voluntad, por el ferviente deseo de mejorar nuestra labor y la atención que le brindamos a los estudiantes, pero que hacerlo, implica un desgaste importante en la salud psicología y emocional del personal docente. Quien, al encontrarse sin muchas alternativas, acepta con resignación el descuido y total desinterés de la SEP por brindar condiciones laborales más justas. Pues exigir personal más capacitado, docentes que investiguen, lean y produzcan textos es una acción que resulta muy cómoda cuando las autoridades que lo exigen, se desentienden por completo de brindar aquellas condiciones laborales para que dichas habilidades puedan desarrollarse.

Es por ello que ahora, al comprender, a través de la escritura bajo en enfoque biográfico narrativo, mi propio proceso de alfabetización académica, la importancia que tiene la escritura en mi vida, labor y en la forma en como acerco mis estudiantes a ella, invito a otros colegas a reflexionar sobre aquellas condiciones laborales inexistentes para desarrollar nuestro trabajo. Unidos exigir a la SEP que contrario a promover en el magisterio la única oportunidad de escritura en formatos burocráticos y estandarizados, brinde verdaderas oportunidades y espacios para desarrollar y compartir nuestras investigaciones, para producir y reflexionar sobre nuestros escritos en una comunidad docente.

En mi particular caso, tuve la gran oportunidad de vivir, reflexionar a través de la MEB, todo lo que el lenguaje y el compartirlo en sociedad puede transformar en la vida de una

persona. Sin embargo, reconozco que es una oportunidad a la que no todos los docentes pueden acceder, por lo que espero, algún día pueda ser una realidad para todos los docentes que laboramos en el sector público.

Pude reflexionar sobre la oralidad, en donde reconocí el poder y la importancia que tienen las palabras cuando las expreso, haciéndome escuchar y escuchando a los demás. Dándoles a mis alumnos la oportunidad de que descubran el increíble valor que tiene su voz, brindándoles un espacio seguro, con personas que están deseosas de saber todo aquello que quieran expresar, en donde todos respetamos, validamos y valoramos lo que tienen para compartir.

En cuanto a LEO puedo decir que, en cualquier espacio, escolar o social como lo que siempre representó en mi vida; una fiel compañera cuando la vida se me pone difícil y no sé exactamente cómo continuar. Valoro lo que aprendo fuera de la escuela y entrelazo ambos contextos. Pues la vida no acaba en la escuela y la escuela debe servir para la vida.

Fortalecí mis habilidades orales al comprender que es la base en la cual la cultura escrita se cimienta, pude darle por fin la importancia que tiene en el proceso académico de mis alumnos al abrir espacios de diálogo y escucha activa, propiciar actividades en las cuales necesiten organizarse, discutir e incluso estar en desacuerdo pero que todo ello, ayuda no solo a crear comunidad sino a desarrollar sus habilidades en la oralidad. Me convertí en la docente que permite que sus alumnos hablen, dialoguen, tengan y argumenten sus acuerdos o desacuerdos, que propicia que todas las voces sean escuchadas dentro y fuera del salón de clase.

Que al mismo tiempo que reclama para sus estudiantes el derecho a ser escuchados, lo reclama para ella misma. Frente a los padres de familia, colegas o autoridades que no comprenden del todo nuestra forma de trabajo e incluso han querido desvalidarlo para priorizar esquemas tradicionales, puedo argumentar con la seguridad que me brinda el fortalecimiento de mis habilidades orales y el respaldo teórico de la MEB, las razones por

las cuales nuestro trabajo brinda mejores y duraderos resultados al trabajar colaborativamente e incluso cuando existe apertura de su parte, invitarlos a que puedan convencerse viviéndolo y participando con nosotros.

Me siento satisfecha al saber que ahora en mi aula podemos leer en clase por el gusto de hacerlo, que no se tiene que hacer nada escolar con la lectura, que podemos solo disfrutarla y compartirla juntos, en comunidad. Tengo ahora con mis alumnos, la paciencia y tranquilidad que da el comprender y vivir los procesos a los que ellos se enfrentan, para poder orientarlos de la manera más efectiva y amorosa posible. Cuento con un acervo de libros increíbles, así como recomendaciones para leer en el salón con ellos, para que experimenten lo hermosa que puede ser la LIJ cuando se disfruta y comparte con alguien más. Puedo ahora presentar en mi aula a la lectura como un momento de aprendizaje, disfrute y cercanía con otros, para gozar de ella junto con mis alumnos.

Cuento ahora con más habilidades para relacionarme con diversos textos, que después de tantos años de separar a la lectura entre la obligatoria academizada y la que deseaba leer fuera de la escuela, pude encontrar un balance para disfrutar de ambas y obtener de ellas aquello que necesito en ese momento sin desvalorizar ninguna. Reconozco mis propios ritmos y gustos en las lecturas para a partir de aquello que me gusta, se hacer o necesito reforzar, buscar el momento, texto o acompañamiento necesario para que continúen en desarrollo mis habilidades lectoras.

Comprendí que la escritura no se trata de breves momentos de inspiración o de talentos intrínsecos, sino de trabajo duro, constancia y disciplina para fortalecer nuestras habilidades al entenderlo como un proceso que estará siempre en constante desarrollo. Vivir la angustia y desesperación que existe en el proceso de composición como escritora de narrativa, me permite brindarles a mis alumnos la paciencia, apoyo y sugerencias que les ayuden a mejorar en sus textos y comprenderlos como escritores. Puedo ahora brindarles a mis alumnos la oportunidad de trabajar con una docente que escribe,

comprende las dificultades a las que los enfrenta y busca a partir de su experiencia más y mejores estrategias para apoyarles.

Descubrí que la escritura no se trata únicamente de trabajo constante, sino que, al mismo tiempo, tiene un poder sanador, la increíble virtud de ayudarme a organizar mis ideas, desempolvar mis recuerdos, tocar de nuevo las cicatrices de antiguas heridas que pensaba dolerían menos, si fingía olvidarlas. Pero que a partir de mirarlas con ojos analíticos igual que compasivos, pude curarlas para mejorar como docente, mujer y ser humano. Descubrí en la escritura el refugio para mis pensamientos, ideas y sentimientos, que alberga tiernamente mi sueño y deseo de poder inspirar, comprender y apoyar a los colegas que, como yo, se han sentido en algún momento de sus carreras, prófugos de la docencia.

A partir de la escritura biográfica narrativa pude sentir a lo que Bolívar, Domingo y Fernández, (2001) se refieren cuando afirman que “Sacar a la luz el conocimiento vivido e implícito tiene un enorme poder para informar a la práctica y – al compartirlo con otros- para transformarla” (p. 221). Cuando al traer a mi presente mis antiguas vivencias y al bajar la flama de mi angustia por escribir, regresaron transformadas en aprendizajes, llenas de amor y comprensión para ayudarme a entender a Laura que escribe estas palabras, sin la intención de juzgar, sino de ayudarla a comprender su presente para poder transformarlo.

### **3.3 Al fondo del librero**

Estudiar un posgrado tiene muchos cambios en la vida y rutina de sus estudiantes, uno de ellos es el espacio donde se organizan los materiales de trabajo. De un momento a otro, el librero bien organizado empieza a cambiar, pues nuevos miembros aparecen tan paulatinamente que de pronto, un mueble parece no ser suficiente para albergarlos a todos.

Así que, durante un fin de semana, me dispuse a terminar con ese desorden, tomé el trapo, dispuesta a sacudir los libros y darles un digno lugar a todos, cuando de pronto

descubrí al fondo del librero una guía de trabajo, de esas muy famosas que los docentes solemos usar para realizar la planificación de actividades cotidianas en el aula.

La tomé con cierta nostalgia, pues fue mi compañera inseparable un par de ciclos escolares, un libro incuestionable, cuyas actividades realizaba religiosamente sin saltarme una sola, pues consideraba que era lo mejor para ofrecerles a mis alumnos y aunque en efecto, en ese momento era lo mejor que podía ofrecer, en el fondo de mi corazón siempre tuve la esperanza de encontrar algo más.

A mi mente llegaron los recuerdos de esa docencia que ejercía, tan metódica, tan cerrada, tan incuestionable cuya principal función era llenar de trabajos los cuadernos de los niños, completar los ejercicios en los libros de texto para culminar con todos los aciertos correctos de un examen estandarizado.

Mi trabajo se limitaba a velar por la belleza de los cuadernos repletos de actividades, muy bien organizados entre márgenes color rojo y letra perfectamente redonda, esa clase de trabajo engañoso, que en apariencia pareciera que da los frutos dulces de desarrollar en los alumnos habilidades como pensamiento crítico, capacidad de resolver problemas y un acercamiento tanto amoroso como funcional al lenguaje, pero que al mirar y escuchar con atención las manos, corazón y sonrisa que tan apáticamente trabajaban para darme gusto, una parte de mí reconocía que el camino no era el indicado.

*¿Cómo podría desarrollar alguien un pensamiento crítico en un espacio donde continuamente le dicen cuándo, cómo y qué hacer?* Mi respuesta es sencilla pero contundente; no podrá desarrollarlo. No bajo esas condiciones o por lo menos ninguno de mis alumnos hasta ese momento lo había logrado, por lo que comprendí que, si el objetivo era concentrar mis esfuerzos en que mis alumnos logran desarrollar todas las habilidades antes mencionadas y no en la cantidad de trabajos entregados, algo tendría que cambiar y lo hizo cuando empecé a estudiar la MEB.

La razón de encontrarme aquí, acompañada de mis desvelos y cansancio es tener un abanico de opciones más amplio para ofrecer a mis alumnos, algo que les haga encontrar

en la escuela el espacio para desarrollar sus habilidades, de contención, solidaridad y trabajo en comunidad, en donde el aprendizaje y lo que desean hacer, no están separados, sino que se fusionan y crean algo que nos dé ganas de volver a la escuela por más.

Me he transformado en una docente que se siente tranquila, segura de lo que propone en el aula, consciente de los seres humanos que son sus alumnos y los procesos por los que pueden atravesar. Que no solo permite que sus alumnos se expresen al utilizar todas las posibilidades que el lenguaje puede ofrecernos, sino que lo propicia en su aula y espera que con el paso del tiempo sea una práctica cotidiana, que lee para ellos por el gusto de hacerlo sin que exista alguna tarea escolar de por medio pues descubrió que así es como se goza la lectura.

Que puede sustentar teóricamente lo que propone dentro o fuera del aula, pero siempre con el autoanálisis para reconocer sus pasos y que, aunque tenga errores, de ellos también aprende. Que trabaja colaborativamente con sus compañeros, padres de familia, autoridades y gustosa, puede orientarlos cuando nuestro trabajo les invita a voltear la mirada y de alguna manera les mostramos que muchas cosas increíbles pueden pasar en las escuelas públicas.

Me dispuse a retirarle el polvo a esa vieja compañera para acomodarla donde se encontraba, cuando al ser consciente de todo lo anterior, decidí que estaba lista para dejarla ir. Agradecía la ayuda que me brindó cuando las herramientas con las que contaba eran limitadas, pero ahora nuevos libros ocuparían su lugar en mi pensamiento, profesión y librero, unos que iban acorde con la docente en quien me transformé y aunque no condeno su contenido o a los colegas que le dan un uso similar al que yo le daba, supe que, para mí, su presencia por fin ya no era necesaria.

Comprendí entonces que mi transformación inició el día que se quedó al fondo del librero y no tuve la necesidad de buscarla al encontrarme con nuevas y más adecuadas alternativas, con quién mi pensamiento, sentimientos y deseos de ser una mejor docente

que el día anterior, concuerdan. No se trata de mandarlas al exilio docente, sino de cuestionarse, cómo lo fue en mi caso, si es el instrumento del cual deseo estar acompañada pues me ayuda a lograr el objetivo de mi trabajo y saber, sea cual sea la respuesta, que contamos con más opciones que pueden si no reemplazarla, acompañarla; acompañarnos en el camino de la docencia.

Por lo pronto sé, que mi librero estará en constante movimiento, al quitar de sus repisas todo aquello que no me sea funcional, pero sobre todo recordaré que, por cada libro que se vaya de mi colección, otro más adecuado a lo que necesite en ese momento llegará a ocupar su lugar.

### **3.4 Cuando se abre el capullo**

La docencia, como quienes la ejercemos, tiene la belleza de ser permeable. Podemos ajustarnos, cambiar, transformarnos cuantas veces sea necesario hasta lograr convertirnos en los docentes que deseamos ser y hacer que nuestras prácticas vayan acordes con las necesidades de nuestra comunidad. Tenemos cada día la oportunidad y capacidad de deconstruirnos.

Cada vez que un docente innova sus prácticas, aunque no salga inmediatamente ni exactamente como lo había diseñado en su plan de trabajo, ganaremos una pequeña pero significativa batalla contra un sistema educativo hundido en la comodidad y el conformismo. Aletargado por décadas de prácticas tradicionales fundamentadas en el dogma de siempre haberlo hecho así y dar resultados en apariencia favorables. Pero que si miramos de cerca podemos ver con tristeza como se trata de aprendizajes aparentes; de papel que, al primer salpicón con agua del razonamiento, se deshacen.

Me refiero que ganamos todos, porque el docente que se atreve a innovar y sus alumnos, adquieren, desarrollan nuevas habilidades a las que, de otro modo, nunca hubiesen podido acceder. Mientras tanto, el resto de la comunidad, gana al descubrir a través del trabajo de alguien más, que cosas interesantes, importantes y reales pueden suceder en las aulas de la educación básica. Que las teorías que muchos docentes consideran una

utopía, son reales cuando en la comunidad hacemos que suceda. Ese es el mayor reto de los animadores socioculturales de la lengua, poder demostrar a toda la comunidad escolar; alumnos, colegas, autoridades y padres de familia que juntos, somos capaces de hacer que grandes cosas sucedan en las aulas.

Por fin pude romper el capullo que me cobijó, mientras mi vida y con ella la docencia, se transformaban. El miedo como por arte de magia de disipó y pude con toda la fortaleza que me dio haber vivido la MEB, transformarme en la docente que hoy se siente feliz de ejercer la profesión, capaz de brindarle a ese alumno somnoliento, la oportunidad de ver en la escuela un espacio donde cosas interesantes e importantes pasan y quizá, junto con él, algún día el sistema educativo pueda paulatinamente dejar de bostezar.

## **Emprende el vuelo**

Al plasmar en estas páginas mi vida, cómo fue que llegué y permanecí en la docencia, los altibajos que viví, esos que de alguna manera me han hecho replantearme si estoy en el lugar que deseo estar, observar desde el análisis el proceso que ha transitado, mi desarrollo en el lenguaje y lo que vivimos como comunidad, me hizo valorar aún más el trabajo realizado, mirar con más admiración el cambio paulatino que se da en mis alumnos y en mí a través de la ASCL.

Soy una docente que procura en todo momento reflexionar sobre sus acciones, las decisiones que toma y el rumbo por el que transita, pues considero que es la forma en cómo puedo aprender de mis aciertos o tropiezos y entonces, encontrar el camino hacia una práctica docente de la pueda sentirme orgullosa, satisfecha y en paz al saber que el cambio educativo que buscaba, existe. No en papel o teorías perdidas en el viento, sino en mi aula, con mis alumnos y comunidad, que es ahora, nuestra realidad.

Tuve la fortuna que la MEB se pusiera en mi camino, el buen tino al decidir pertenecer a sus aulas y la fortaleza para quedarme a culminarla. Una decisión que, a los ojos externos, podría ser muy sencillo, terminar lo que se inicia pareciera incluso natural, pero quienes pertenecemos a tan increíble club de animadores socioculturales de la lengua sabemos, que el camino en ocasiones parece solo cuesta arriba, que la vida demanda más que solo el estudio del posgrado; se trata de perder algunas cosas para ganar otras.

No lo entendí hasta que, al mirar atrás, puede ver a la docente que era, insatisfecha con su trabajo, sin rumbo o motivación, que desesperada buscaba escuchar a la niña que fue, en busca de ser una mejor maestra, la que quizá necesitó en un momento de su niñez, pero no tuvo la oportunidad de conocer. Pero que ahora, en sus manos estaba convertirse en aquella docente que necesitaba cuando niña.

Comprendí entonces que la cuesta arriba, esa que significaba perder reuniones familiares, tiempo con mis amigos o incluso descansar, que me ocupaba gran parte del tiempo en leer o escribir, era mi transición, el momento para ser crisálida, que, aunque

no fuera del todo placentero permanecer encerrada mientras la vida fuera del capullo seguía su marcha, era el proceso necesario a transitar, pues no todos los cambios positivos se sienten positivos desde el principio, a veces hay que esperar un poco más y el tiempo de romper el capullo, llegó.

Recordar mi vida a través de los acercamientos que tuve con el lenguaje, me hizo consciente de saber que siempre conté con una familia que brindó todas las oportunidades para poder expresarme, de acercarme a la palabra escrita en más de una forma, y ampliar así, las experiencias lingüísticas, mis oportunidades de desarrollar más y mejores herramientas para enfrentar los textos que a mi vida se aproximaran.

Un privilegio del que ahora soy consciente, muchos de mis alumnos no cuentan. Así que en consecuencia el desarrollo que erróneamente la sociedad espera que tengan, se ve entorpecido, pues inician con una desventaja, “Sin que lo sepan ellos o sus familias, los niños que crecen en un entorno con pocas o ninguna experiencia de alfabetización parten ya con desventaja cuando entran en el jardín de infantes y acceden a la escuela primaria” (Wolf, 2008, p.126) y que justamente, al realizar el presente análisis así como trabajar los proyectos, tuvo como uno de sus principales objetivos disminuir esa desventaja al comprender sus procesos en cuanto a la lectura y diseñar entonces estrategias de trabajo y evaluación que actúen en beneficio de mis alumnos.

Sé que, en mis años escolares, me habría gustado que el espacio que compartiera con mis compañeros y maestra en la escuela, hubieran existido momentos en los cuales se detuvieran a observar mis procesos en cuanto al lenguaje y tuvieran conmigo la paciencia para ayudarme a no odiar leer en la escuela. Un espacio donde mi opinión fuera tomada en cuenta para los trabajos que realizábamos, que mis maestros se preocuparan por lo que tenía que decir y crearan junto con nosotros, sus alumnos, un espacio de respeto, de trabajo colaborativo. Que pudiéramos ver a la escuela como un lugar donde sucedían más cosas que repetir lo que alguien más ya había dicho hace años, un espacio de cercanía para esa niña que fui, tan temerosa de quedarse sola.

Pero como el pasado está escrito con tinta e imposible me resultaría cambiarlo, solo puedo aprender de él y traerlo a mi presente para modificar la forma en como acerco el lenguaje y el trabajo a mis alumnos. Crear esos espacios amorosos con mis alumnos, proponer como animadora sociocultural de la lengua, metodologías como PpP, proyectos comunitarios, ASCL; que nos brinden la oportunidad de crear aulas en las cuales todos podamos participar, pues: “La colaboración entre padres y maestros – vital en las primeras etapas de la cultura escrita – sigue siendo importante al incrementarse las aptitudes de los niños” (Meek, 2018, p. 193), abordar el lenguaje es una tarea que requiere que la escuela y sociedad, trabajen colaborativamente.

Que, mediante el trabajo humano, en comunidad podamos erradicar el pensamiento de que en la escuela no deben intervenir los padres, ya que mantenernos lejos solo ha logrado que nuestras vías de comunicación se vean entorpecidas, dando como resultado que cada uno desde su lugar y conocimientos realice un trabajo que no tenga continuidad.

Saber que cada decisión que tomamos tiene una razón de ser, que lo trabajado culminará con más que un número en un reporte de evaluación, en donde se aprende y se desarrollan las habilidades de LEO que serán necesarias para cualquier ámbito en donde cada miembro de la comunidad pretenda desarrollarse, pero, sobre todo, puedo reconocer ahora como el hilo conductor que guio durante dos años mi transformación docente, culmina con la tranquilidad de saber que en la escuela y mediante la lectura por placer, mis alumnos y yo podemos encontrar un espacio que abraza, acompaña. En donde trabajaremos para ningún alumno que cruce por mi aula sienta que enfrenta la vida escolar solo.

Diseñar una propuesta de trabajo la cual implicara que más personas, ajenas a la comunidad participaran, de ninguna manera fue una tarea sencilla. Se trataba de mediar y asumir el rol de animadora fuera de mi contexto usual con los niños, al hacerlo ahora con sus padres me implicó una deconstrucción y el desarrollo de nuevas habilidades para explicar, conciliar y buscar la forma en que se supieran parte importante del proyecto.

Los niños tenían ya cierta experiencia al trabajar proyectos y con ellos los elementos recuperados de la PpP fueron relativamente sencillos de abordar, pero no así con sus padres y con la comunidad, así que las sesiones informativas fueron un espacio para conectar la vida fuera de la escuela con el trabajo que hacemos todos los días y de alguna manera, cambiar la perspectiva que se tiene sobre lo que debería o no, hacer la escuela.

Sé ahora que, de no haber contado con el trabajo previo que inició en la aplicación de técnica Freinet, los proyectos de lengua, así como los cambios físicos en el salón, las comisiones y el que paulatinamente se fueran haciendo corresponsables de lo sucede en el aula a partir de abrir el espacio al diálogo, el proyecto no hubiera tenido los resultados favorecedores que tuvo, ni tampoco habríamos logrado alcanzar esa magnitud. Los resultados y cambios exitosos, no nacen de la nada, no son frutos caídos de árboles ajenos, es parte de nuestra cosecha y esfuerzo.

Los avances que observé en mi grupo, son variados, que van desde lograr adquirir de una forma armónica y casi natural, los aprendizajes que abordamos durante los proyectos, así como la seguridad para acercarse al lenguaje; hablar, escuchar, leer, escribir. Cambios que como Jolibert y Jacob (2015) mencionan: “Pasamos de la situación tradicional de niños calladitos-sentaditos a la situación de niños que solicitan la palabra [...] Los niños saben que no hay necesidad de gritar, que su persona y sus ideas serán consideradas” (p. 55)

La resistencia que oponían a realizar dichas actividades, ha disminuido de una forma que nunca antes había imaginado, incluso son ellos quienes ahora proponen sus propios proyectos, como el del cine que se desarrolla al mismo tiempo que escribo estas palabras, sus producciones de texto son cada vez mejores al contar con más habilidades y experiencias lingüísticas, así como trabajar colaborativamente sin necesidad de verse obligados. Brindarse apoyo, ser solidarios, unir y tomar en cuenta la opinión de todos en el grupo, escucharse y tomar acuerdos que beneficien a todos es una de las cosas con las que me siento más satisfecha.

Pueden concebir ahora a la lectura, como una amiga que se acerca a nuestra vida a enseñarnos otros mundos, la percepción y vida de alguien más. Que podemos acercarnos a ella por el gusto de conocer los textos; porque leer porque es maravilloso y ya. Sin que necesariamente tengamos que hacer algo académico con eso que leímos, concebir a la escuela como un espacio donde se disfruta la lectura, es uno de los logros que más valoro.

Comprendo ahora que, para acercar a mi comunidad a una verdadera comprensión de lo escrito, he de considerar en cada actividad a realizar, la parte eferente y estética de los textos (Rosenblatt, 1996) a partir del modelo transaccional. Aquella que en su conjunto pueda, brindarle, a aquellos quienes nos acercamos al lenguaje, un panorama mucho más amplio del tema abordado. Saber que la cultura escrita, no solo se aprende, se vive.

La concepción del trabajo por proyectos comunitarios, de la que ahora a la distancia reconozco, no todos los padres comprendieron de inmediato o no compartían el acuerdo, pero que agradezco y celebro que, sin estar por completo convencidos, lo hayan intentado. Y durante la aplicación hayan podido convencerse de que la escuela sirve para atender las situaciones que se viven fuera de ella, que es más que el lugar donde sus hijos pasan cuatro horas al día, que podemos utilizarlo para que grandes cosas se diseñen y sucedan al trabajar juntos.

Durante la aplicación del proyecto, tuvimos algunos retos que vencer; el primero fue que nuestra propuesta inicial fue negada junto con la iniciativa de que los niños salieran de la escuela a socializar el proyecto. He de admitir que ello me provocó una profunda sensación de frustración al no comprender cómo era posible que dentro de los nuevos lineamientos de la NEM se pida trabajar proyectos comunitarios y al momento que un docente pretende llevarlo a cabo, la negativa de las autoridades de haga presente.

Sé que en gran medida se debe a la inexperiencia que tiene, el sistema educativo en general, en aplicar este tipo de metodologías. Que el miedo al ver la magnitud que puede tomar un proyecto y las deficiencias en la comunicación con los padres de familia son

aspectos que contribuyen a temer. Sin embargo, confirmo mis ideas al saber que nunca podremos saber, como docentes, de lo que somos capaces de hacer hasta intentarlo, hasta el momento en que las teorías pedagógicas tomen lugar en el aula de alguna escuela será como podremos dejar de tener miedo y empezar a aprender juntos.

Brindar una oportunidad al sistema educativo para que deje de bostezar, de ser sinónimo de aburrimiento o intrascendente, de ser visto por la sociedad en general como una inmensa guardería para sus hijos y podamos por fin, tener la oportunidad de mirar a la educación como la oportunidad para crear la transformación social que este país necesita pero que no podrá ser si la responsabilidad recae en solo un grupo de personas, ya sea el magisterio los padres o los alumnos; nos necesitamos mutuamente.

Supe que no abandonaría el proyecto, pero cuando no sabía cómo continuar, miré a mi comunidad; mis alumnos y sus padres para buscar juntos la posible alternativa y lo logramos. La tranquilidad que me da ahora contar con ellos, es una que nunca había logrado experimentar, saber que compartimos la responsabilidad y que no todo debe venir de mí, es un gran respiro a esa docencia demandante, en apariencia perfecta, esa que mira al docente como un agente todopoderoso que no se permite caer en el error o recibir apoyo pues *puede hacerlo solo*, esa de la que fui usuaria algunos años, que no dejo más que confusión y desamparo en mi persona, al sentir que remaba sola en este inmenso mar de la educación.

Culmino satisfecha, feliz con mi docencia y tranquila de saber que todo aquello que he aprendido y aplicado con mis alumnos, ha sido en la búsqueda de mejorar la realidad donde nos encontramos. Termino el posgrado con la certeza de saber que me transformé en una docente consciente de sus alumnos, sus procesos, con el suficiente conocimiento teórico y práctico para brindarles el apoyo o paciencia que necesitan y puedan entonces lograr aquello que se propongan, ya sea académico o en su vida personal.

Sé que mi proceso de aprendizaje no culminará en la MEB, pues si algo aprendí en sus aulas fue a no dudar de lo mucho que puedo lograr, a no conformarme con las usuales

prácticas pedagógicas. Continuaré en la permanente actualización pues asumo la gran responsabilidad y compromiso que implica ser una animadora sociocultural de la lengua de la Unidad 095 Azcapotzalco, que se encuentra lista para emprender el vuelo.

## Referencias

- Aguilar, S. (2019). *Sinfonía de vida: Una melodía docente*. UPN.
- Bautista, G. (2020). *Mares de recuerdos escritos, olas que lanzan a una pedagogía liberadora de la palabra*. UPN.
- Bolívar A., Domingo J. y Fernández M. (2001). *La investigación biográfica-narrativa en educación. Enfoque y metodología*. La Muralla.
- Bruner. J. (2013). *La fábrica de historias: derecho, literatura, vida*. Fondo de Cultura Económica.
- Cabrejo, E. (2020). *Lengua oral: destino individual y social de las niñas y niños*. Fondo de Cultura Económica.
- Cassany, D. (2012). Decálogo didáctico de la enseñanza de la composición en *La lectura y la escritura en la escuela*. Ministerio de Educación.
- Castelló, M. (2009). Aprender a escribir textos académicos: ¿copistas, escribas, compiladores o escritores? En J.I. Pozo y Pérez Echeverría, M. P. (Coords.). *La Psicología del aprendizaje universitario: de la adquisición de conocimientos a la formación en competencias* (pp.120-133). Morata.
- Castelló, M. (2009). *Escribir y comunicarse en contextos científicos y académicos. Conocimientos y estrategias*. Graó.
- Cirianni, G. y Peregrina, L. (2018). *Rumbo a la lectura I*. Fondo Editorial Estado de México.
- Cervera, J. (1989). *En torno a la literatura infantil*. Revista de filología y su didáctica. (12), 157 – 168.
- Colectivo por una educación intercultural. (2010). *Manual para la Animación Sociocultural*. Chiapas.
- Condemarín, M. y Medina, A. (2000). *Evaluación de los aprendizajes: Un medio para mejorar las competencias lingüísticas y comunicativas*. Ministerio de Educación República de Chile.

- Correa, L. V. (2019). *Emociones implicadas en el proceso de composición escrita de estudiantes de posgrado*. Tesis de doctorado. UNAM.
- Correa, L. V., Jiménez, A. (2021). La escritura autobiográfica: una posibilidad de escritura y epistémica en trabajos de titulación. En (Coord). Sánchez, M. *Procesos formativos y práctica docente: Reflexiones desde el enfoque biográfico narrativo*. (pp. 99 – 124). UPN.
- Flower, L. y Hayes, J. (1980). Los procesos de escritura. *Textos en Contexto*. Recuperado en: [https://isfd87-bue.infod.edu.ar/sitio/upload/Flowers\\_y\\_Hayes.pdf](https://isfd87-bue.infod.edu.ar/sitio/upload/Flowers_y_Hayes.pdf)
- Freinet, C. (2011). La libertad. *La pedagogía Freinet. Principios, propuestas y testimonios*. Movimiento Mexicano para la Escuela Moderna.
- Froufe Quintas, S. (1997). *El papel de la animación sociocultural en las Universidades Populares*. Revista interuniversitaria pedagogía social, (15 – 16), 185 – 194.
- Galeano, E. (2018). *Amares*. Siglo veintiuno.
- Garralón, A. (2001). *Historia portátil de la literatura infantil*. Grupo Anaya.
- Goodman. K. (2015). *Sobre la lectura: Una mirada de sentido común a la naturaleza del lenguaje y la ciencia de la lectura*. Paidós.
- Hernández, O. (2022) *La animación sociocultural de la lengua, acercamiento a la poesía, potencialidades desde la formación de profesores*.
- Huchim Aguilar, D. y Reyes Chávez, R. (2013). *La investigación biográfico-narrativa, una alternativa para el estudio de los docentes*. Revista Electrónica "Actualidades Investigativas en Educación", 13(3), 1-27.
- Jiménez, A. (2021). Escribir la vida desde las tesis autobiográficas. *Pensamiento crítico, narrativa y cambio en educación*. (191 – 219). UNAM.
- Juárez, N. (2021). *Metamorfosis de un no lector. Aportes a una demarcación de la ASCL*. UPN

Jolibert, J. y Jacob, J. (2015). *Interrogar y producir textos auténticos: vivencias en el aula*. Ediciones del Lirio.

Jolibert, J. y Sraiki, C. (2011). *Niños que construyen su poder de leer y escribir*. Manatíal.  
Meek, M. (2018). *En torno a la cultura escrita*. Fondo de Cultura Económica.

Montero, R. (2022). *La loca de la casa*. Debolsillo.

Ong, W. (2016). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. Fondo de Cultura Económica.

Ravela, P. Picaroni, B. y Loueiro, G. (2017). *¿Cómo mejorar la evaluación en el aula?*. Secretaría de Educación Pública.

Rey, M. (2000). *Historia y muestra de la literatura infantil mexicana*. Ediciones SM.

Rockwell, E. (1992). Los usos magisteriales de la lengua escrita. *Nueva antropología*, 12 (42), 43 – 55.

Rojas Soriano, R. (2011). *El arte de hablar y escribir. Experiencias y recomendaciones*. Plaza y Valdez Editores.

Rosenblatt, L. (1996). “La Teoría Transaccional de la Lectura y la Escritura”.

En: Textos en Contexto. Los Procesos de Lectura y Escritura. En Revista electrónica *Lectura y Vida*. Buenos Aires.

Saavedra, Luis. (2011). *Manual popular de diseño de proyectos comunitarios*.

Sánchez, J. y Arciga S. (2019). *Psicología cultural, narración y educación*. UPN.

Secretaría de Educación Pública. (2023). *Un libro sin recetas para la maestra y el maestro. Fase tres*. SEP.

Smith, F. (1994). “El club de los que leen y escriben”. En *De como la educación apostó al caballo equivocado*. Aique.

Shulevitz, U. (2005). *El libro álbum: invención y evolución de un género para niños*. Banco del Libro.

Úcar, X. (2022). *Metodología de la intervención socioeducativa: Algunos modelos de intervención socioeducativa en Europa*.

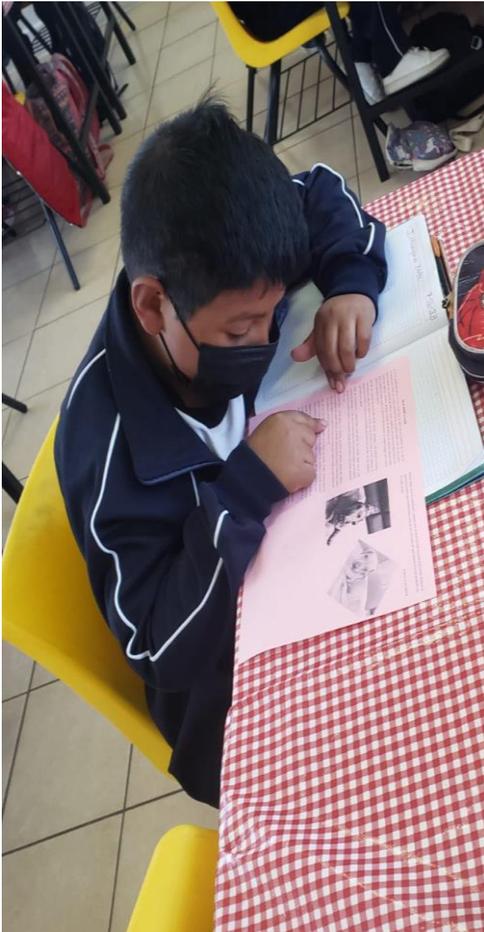
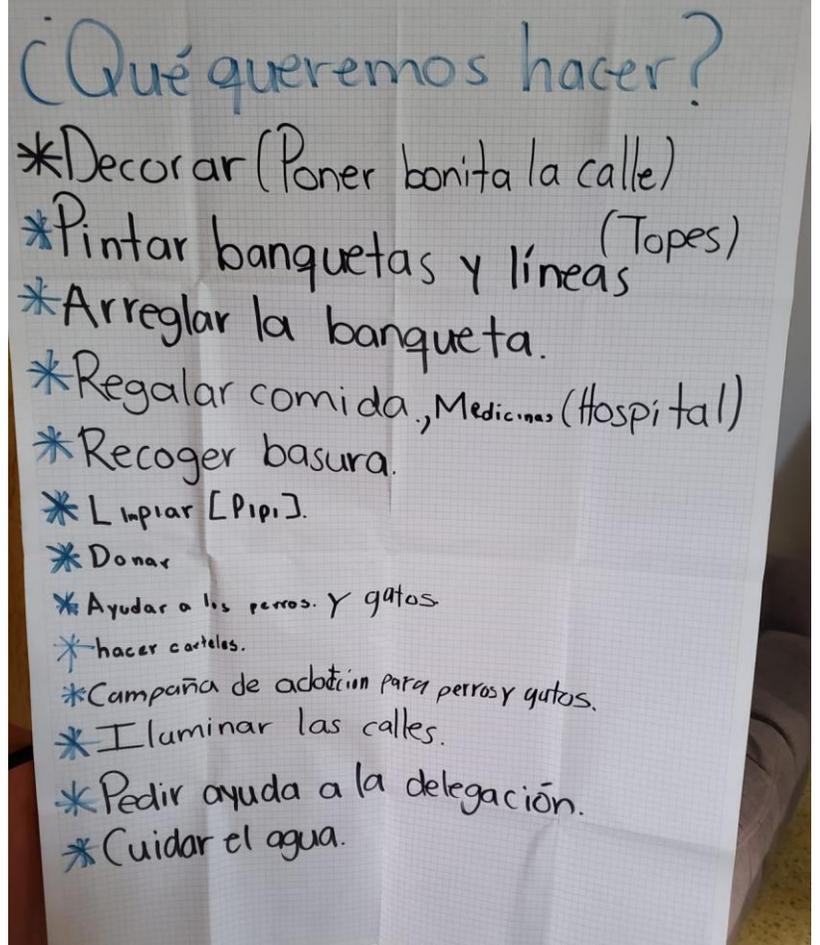
Velázquez, V. (2019). *La escuela no tiene espacio para elefantes: Una pedagogía para la imaginación y el desarrollo de la persona*. UPN.

Wolf, M. (2008). *Cómo aprendemos a leer. Historia y ciencia del cerebro y la lectura*. Ediciones B.

## Anexos

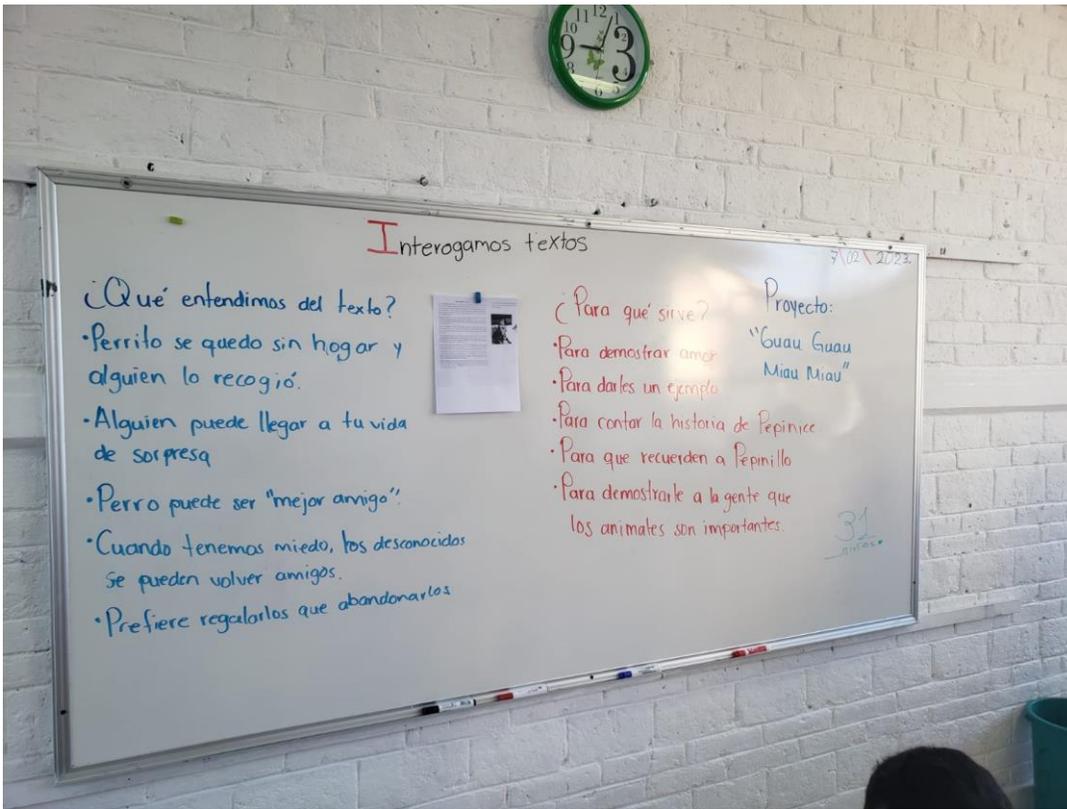
### Anexo 1.

Propuestas de los alumnos para el proyecto.

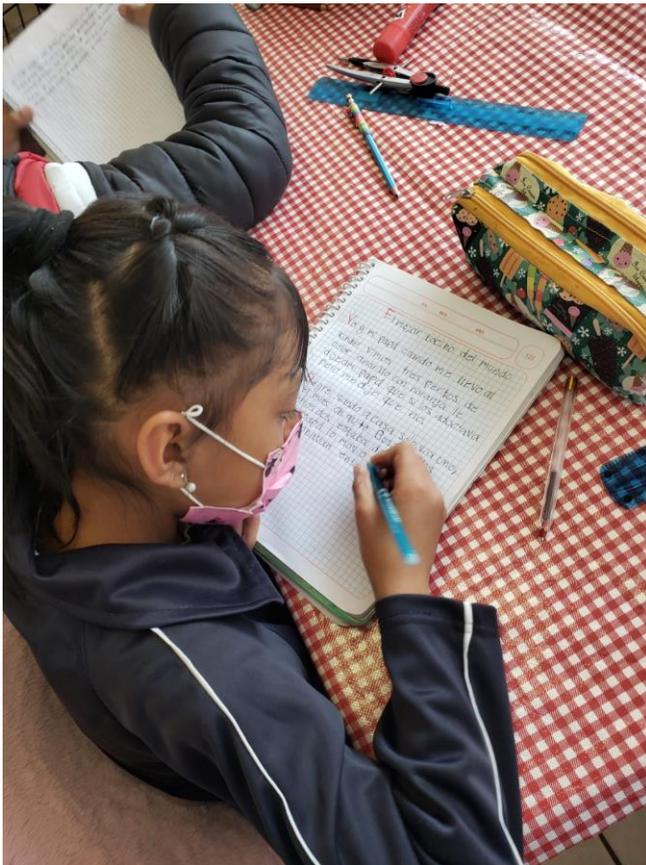


### Anexo 2.

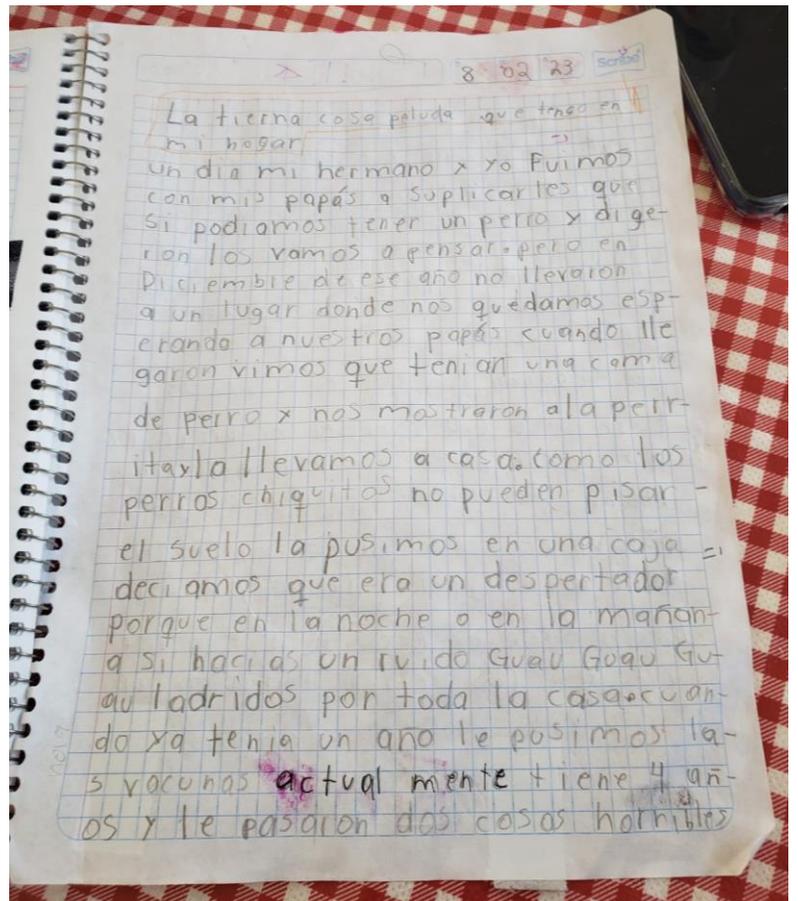
Alumnos leyendo la historia de vida.



Anexo 3.  
Análisis después de interrogar el texto.



Anexo 4.



Borradores de las historias de vida y listas de cotejo para coevaluar.

✱ Un día estaba caminando por el Parque y vi un  
 Perquito y me dije que si pidiéramos adopción  
 mi mamá dijo que no porque podía tener rabia  
 to me puse muy triste y me puse a llorar pero  
 yo y mi mamá fuimos al Parque

**El día que conocí a la Luna**

En el 2017 mi familia y yo queríamos tener  
 una mascota sea hembra o macho, entonces fuimos  
 a un lugar muy descuidado, sucio y feo donde  
 ahí estaba cualquier tipo de perro solamente que  
 casi eran reses nacidos.

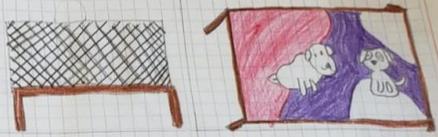
Los perros que está estaban ahí tenían mucho  
 miedo pero a la vez querían que los adoptaran  
 para salir de ese lugar tan feo.

Había muchos perros pero el único que nos llamo  
 la atención fue una chihuahua que tenía un  
 hermanito pero solamente queríamos a la perrita  
 entonces a el la dejamos.

Después de mucho tiempo su hermanito ya  
 no se encontraba creo que lo mataron porque  
 cuando los perros crecen ya casi no les llama  
 la atención a nadie, pero espero que alguien lo  
 tenga para vivir en buen estado como su  
 hermana.

Hoy en día aun vamos ahí para verlos, y  
 además mi perrita la llamas Luna y vive  
 como una reina en nuestra casa.

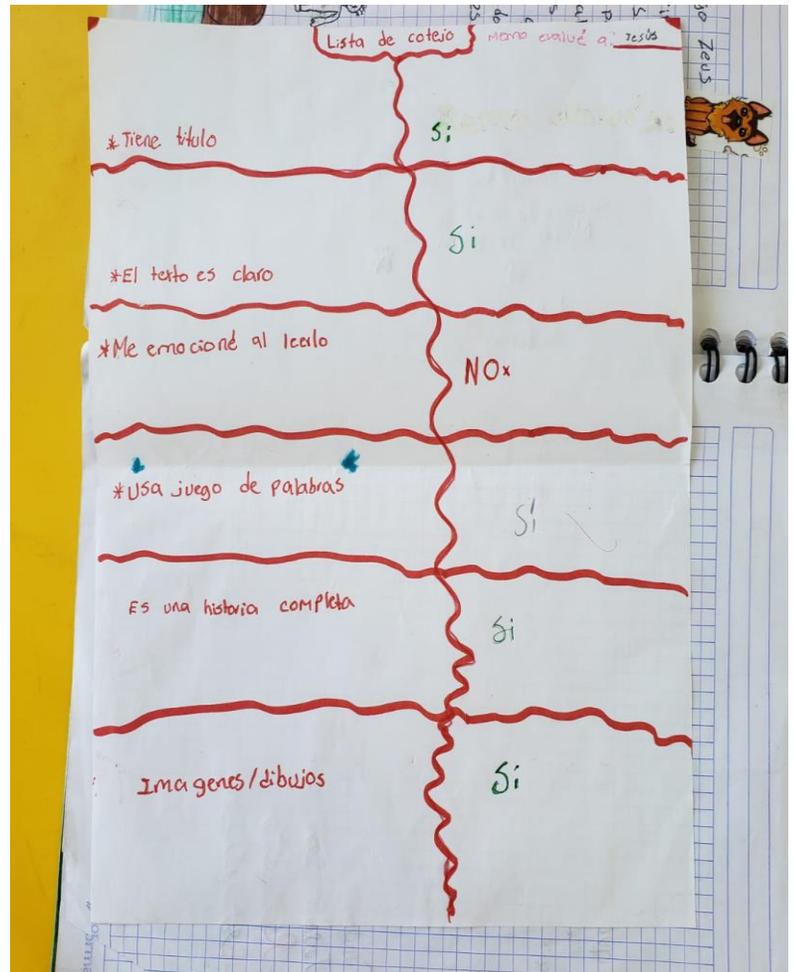
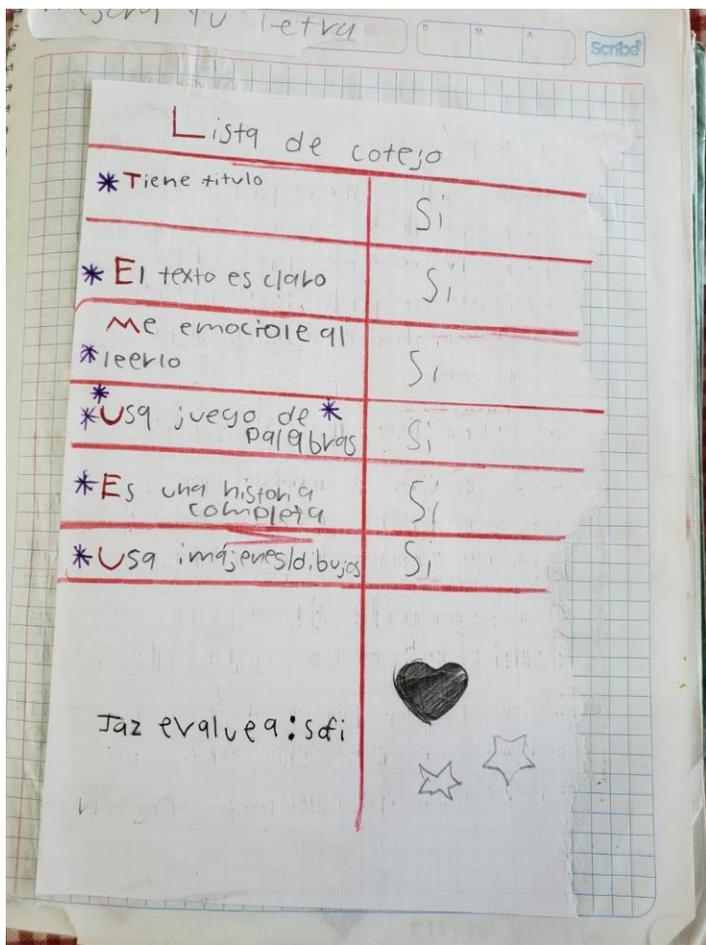
Autora:  
 América Paulina



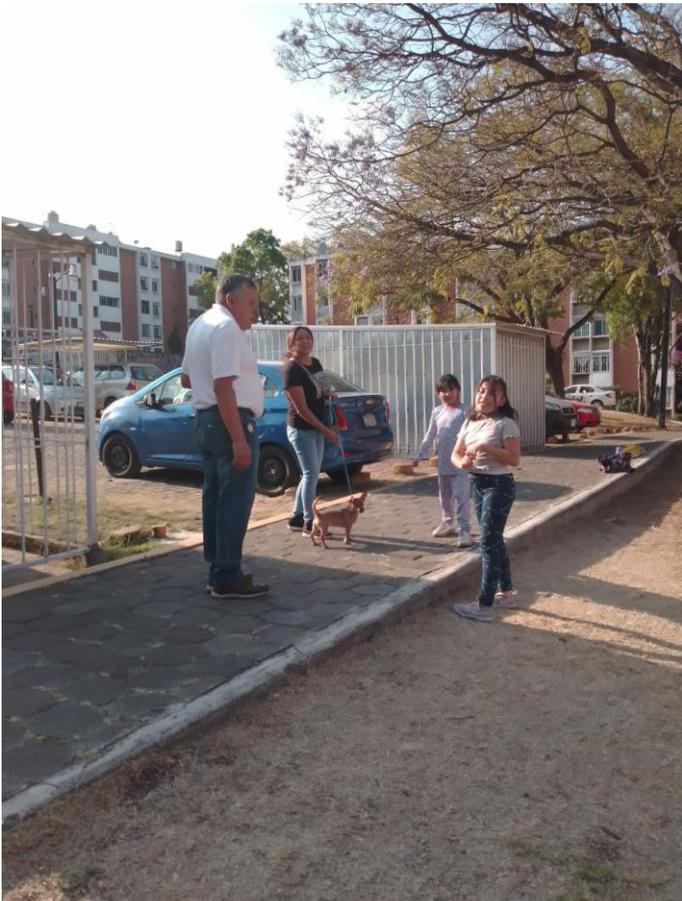
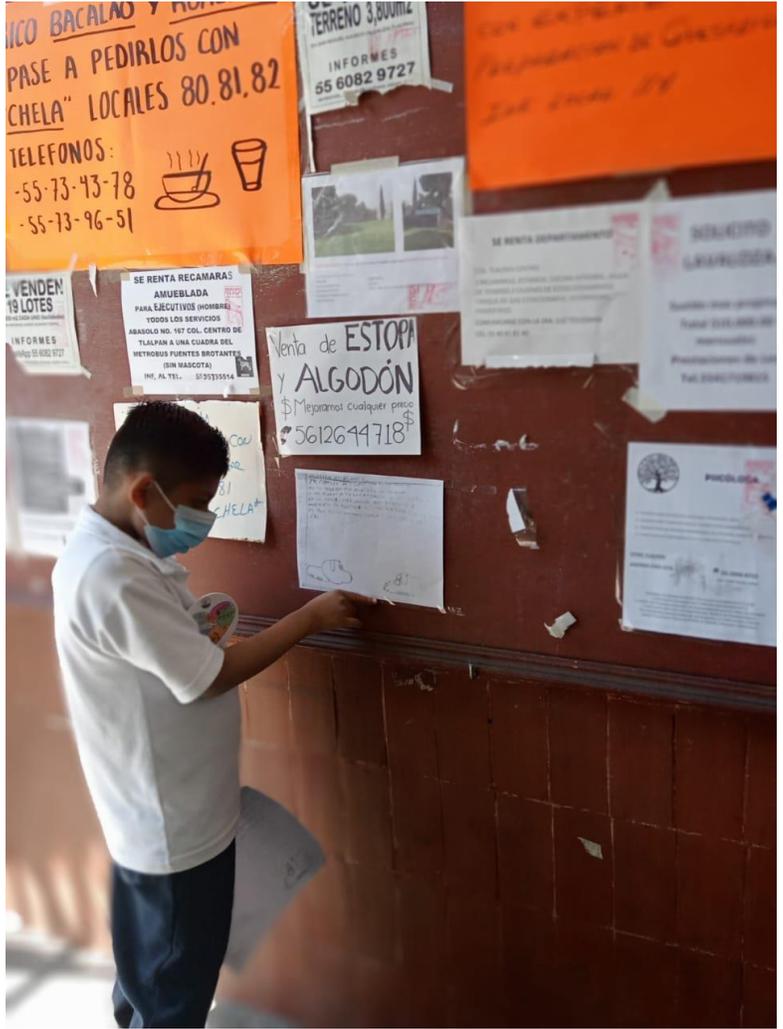
Aca Nald Amid. Cuando conocí a Nala.  
 MitodabecodoleadmiAdi perito cerejedd sio fecidao  
 AbacdPocelajo Peho como sumamad tíoAndid  
 Paha no she desu mihoccho pocel sumamad

No feidemimocofu. Poci mamá hoco jindla  
 ah de ho ldtq co dero No losajo pocel Noteid  
 en micodo

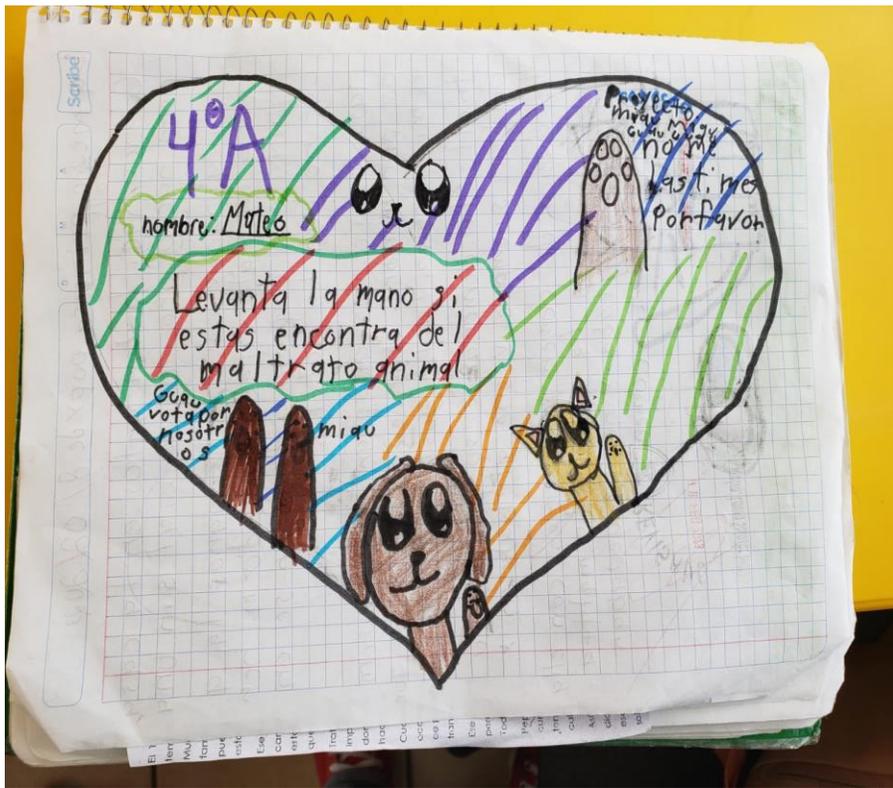
- Su mamá no quería a Nala
- Abandonaron a Nala.
- Mamá recogió a Nala.



Anexo 5.







Anexo 6.

Diseño de botón y estampas.



Botón y estampas impresas con apoyo de los padres de familia.



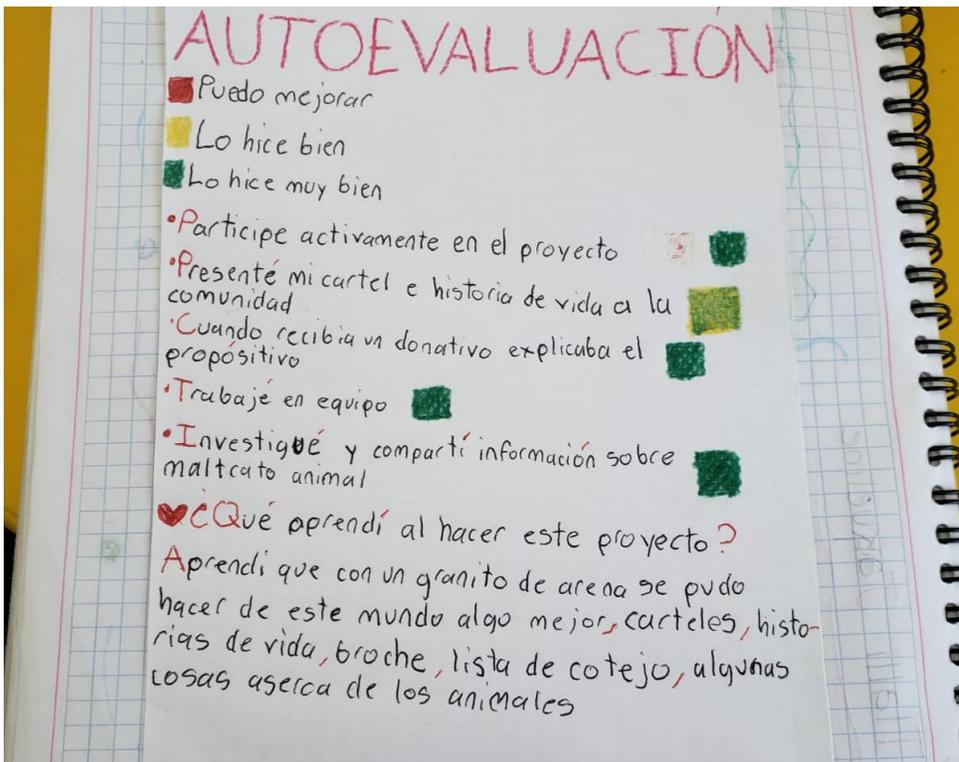
Anexo 7.  
Alumnos organizando los donativos.



Anexo 8.  
Alumnos de la escuela presenciando la entrega del donativo a la fundación.



Alumnos de 4<sup>º</sup>A reunidos con la fundadora de Jardín de perritos “Don Pedro” y el donativo.



Anexo 9.  
Instrumentos de autoevaluación.

